
LOS BOLOS



EN LA LITERATURA MONTAÑESA Y EN LAS ARTES PLÁSTICAS



SELECCIÓN DE
IGNACIO AGUILERA Y SANTIAGO
Y
JOAQUÍN ORIA Y CIFRIÁN



FEDERACIÓN CÁNTABRA DE
BOLOS. SANTANDER 1979

LOS BOLOS EN LA
LITERATURA MONTAÑESA
Y EN LAS ARTES PLÁSTICAS

CUBIERTA Y PORTADA: Tapiz de David Teniers conservado en el Museo de la Catedral de Santiago de Compostela.

LOS BOLOS

EN LA
LITERATURA
MONTAÑESA
Y EN LAS
ARTES
PLÁSTICAS



SELECCIÓN DE
IGNACIO AGUILERA Y SANTIAGO
Y
JOAQUÍN ORIA Y CIFRIÁN



FEDERACIÓN CÁNTABRA DE
BOLOS. SANTANDER 1979

*A la memoria de Viriato Camus Pérez,
ejemplo de amistad, cuyo aliento estimuló
la publicación de este libro.*



Los que jugando a los bolos, si acaso se les tuerce la bola, tuercen el cuerpo juntamente, pareciéndoles que así como ellos lo hacen, lo hará ella, declaráramoslos por hermanos ya profesos.

Ofrecemos aquí el fotograbado de uno, el de Premáticas y aranceles generales, de los manuscritos de Quevedo —más de medio centenar— que reunió Menéndez Pelayo (uno de ellos, el de la Virtud militante, con 146 folios autógrafos del gran escritor), y que se guardan en su Biblioteca santanderina.

En las obras de la época clásica sólo se conservan alusiones al juego de bolos, como esta quevediana o como las que ha registrado el señor Fernández de Gamboa en su reciente libro Los bolos en España (págs. 36 y 37), del también —como Quevedo— madrileño, oriundo de la Montaña, Lope de Vega. Entonces se jugaba a los bolos en casi toda la geografía española. Esta antología literaria se inicia cuando, como hoy, el juego se había constreñido a casi sólo los límites de la actual provincia de Santander.

Aunque la letra dieciochesca del manuscrito quevediano es clara, transcribimos, actualizando la ortografía, las cuatro líneas de Quevedo que hacen referencia a los bolos: "Los que jugando a los bolos, si acaso se les tuerce la bola, tuercen el cuerpo juntamente, pareciéndoles que así como ellos lo hacen, lo hará ella, declaráramoslos por hermanos ya profesos" (ms. 126 de la BMP, fol. 2 r.).

PALABRAS LIMINARES

AL corregir las pruebas de este —más desigual que incompleto— acopio de textos de escritores montañeses —en el más amplio sentido del sustantivo y del adjetivo— sobre el juego de bolos, me asaltó el recuerdo de unas palabras que leí hace unos sesenta años. Acababa de ‘salvar’ el ‘Ecuador’ bachilleril —entre mis trece y mis catorce años—, y pasaba una temporada de cuatro o cinco meses en una ciudad de Francia. Además de jugar (de boxear, sobre todo, pues era en aquellos tiempos de Carpentier el deporte de moda) y, por supuesto, de charlar con los mozos de mis años, dedicaba cada día unas horas a la lectura de libros franceses, de los que no estaba mal abastecida la casa en que viví. En uno titulado, poco más o menos, *Pensées, maximes, caractères et anecdotes*, escrito por un académicien de la segunda mitad del siglo XVIII, más conocido por su seudónimo, ‘Chamfort’, que por el nombre propio, encontré estas palabras, que cito de memoria, aunque sin faltar, creo, al sentido del texto: los antólogos, como los que comen cerezas, empiezan por las mejores piezas y terminan ‘comiéndose’ todas.

No por glotonería, sino por limitación de textos, acaso sorprenda al lector el

contraste entre notorios logros artísticos y páginas que no pasan de ser intentos literarios, en las que la impericia se compensa sólo con el entusiasmo, y que a veces son obra de jugadores o de proselitistas del juego.

Este —con muchas variantes— debió ser, en épocas remotas, tan generalizado y espontáneo como es en nuestros días quintaesenciado y restringido (a casi los límites de la Montaña), y de ahí que se observen saltos en el tiempo y un patente desnivel artístico en versos y prosas, en tallas, pinturas y dibujos.

Y, sin el propósito de postular una absolución para la posible ausencia de tal cual texto u obra plástica de más calidad que algunos de los que hemos seleccionado, estimamos que es justo considerar que 'la mies es poca', ya que se trata de unas manifestaciones artísticas inspiradas en un juego que es nada más —¡y nada menos!— que un juego aldeano, y con un muy corto territorio en la época del gran desarrollo de la literatura costumbrista y de los estudios e investigaciones etnográficas y folklóricas.

Mientras hemos prescindido de algunos textos, insertos en revistas y periódicos relativamente remotos, al no lograr la identificación de sus autores, no hemos dudado en incluir otros de parecida y aun acaso peor calidad literaria, pero que, si no fueron escritos en los corros de bolos, en ellos, sin duda, se comentaron por jugadores y aficionados.

En la página I de este libro, hemos reproducido un brevísimo texto —poco más de tres líneas— en que D. Francisco de Quevedo alude al juego de bolos, y en la nota que se ha puesto a ese texto se hace referencia a otros —también puras alusiones— que se han registrado en escritores de los siglos XVI y XVII. Así, una alusión en Lope de Vega. Y no hay que pensar, por supuesto, que esos dos autores escribieran esas palabras pensando en su ascendencia montañesa, ya que entonces no podía saberse que, unos dos siglos más tarde, poco más o menos, el juego de bolos estaría limitado a casi sólo esta tierra de los antepasados de esos dos grandes escritores.

Nos ha parecido justo que fuese en cabeza de los textos uno de Pereda, que

lleva la fecha de 1882, año en que salió de las prensas **El sabor de la Tierruca**. Es verdad que en obras anteriores del polanquino (en "Suum cuique" y en "Arroz y gallo muerto", de **Escenas montañosas**, 1864; en "Al amor de los tizones", de **Tipos y paisajes**, 1871, y en el capítulo III de **Don Gonzalo González de la Gonzale- ra**, 1879) ya se menciona, expresiva pero sólo alusivamente, el juego de bolos. En el capítulo "Griegos y troyanos" de **El sabor de la Tierruca** nos pinta el novelista con certeros trazos el Campo de la Iglesia de su pueblo natal en aquella tarde de un día festivo, con las viejas entretenidas en sus partidas de barajas, los mozos y las mozas con su baile, los críos, en la mies, jugando a la cachurra y, en fin, los hombres con su juego de bolos. Aunque este cuadro pueda parecer idílico, la verdad es que los de Cumbrales miraban con ojos escrutadores el camino de Rinconeda. A poco de hacer Nisco un emboque a la segunda bolada, la voz de Cabra gritó cerca del corro: —"¡Ahí vienen!".

Tanto como debe alegrarnos que se haya conservado, entre otras muchas cosas, el juego tradicional de los bolos, debemos celebrar que hayan desaparecido las entonces muy frecuentes reyertas entre pueblos vecinos. Contrasta, no sólo la belleza y elegancia del juego de bolos, sino también la nobleza que le caracteriza, con lo que tenía de bárbara esa costumbre de las luchas entre las gentes de lugares próximos.

Y, por lo que nos revela la descripción perediana, cabe pensar que una de las razones que terminaron con esas luchas fue porque sus protagonistas eran, o podían ser, jugadores de bolos. Prueba de ello es que el novelista de Cumbrales nos advierte que ni los de uno y otro bando blandieron en sus manos armas de acero. Y noblemente afirma también que los 'invasores' —los de Rinconeda—, cuando vieron que los de Cumbrales no llevaban garrotes, arrojaron de sus manos los que traían.

Si en Pereda, como novelista que era, no podemos pensar que utilizase el juego de bolos, como otras muchas de las costumbres populares, sino para 'servir' y dar color a la fábula novelesca, no faltan en esta selecta de textos otros en que el

juego tiene carácter de 'protagonista'. Así en Delfín Fernández y González, el escritor cabuernigo. Su "Desafío a los bolos" es uno de los cuadros de su libro **Cabuérniga. Sones de mi valle**, publicado en 1895, en el que dedica el escritor de Sopeña el citado cuadro a describir, con cierta minuciosidad, una partida de bolos. Y, diecinueve años más tarde, Hermilio Alcalde del Río publica sus **Escenas cántabras** y, en ellas, su estampa dialogada "Una partida de bolos". El escritor ya en el subtítulo de la estampa se preocupa de precisar el lugar en que se hace lo que pudiéramos llamar "recogida de datos" o, si se quiere, "de material científico". En efecto, el autor pone la máxima atención en la descripción de cuanto respecta a las normas del juego y en todo aquello que pueda ilustrar al lector sobre los rasgos etnográficos, folklóricos y hasta lingüísticos. Una prueba de ello es que en el libro de Adriano García Lomas sobre el vocabulario de la provincia de Santander, en lo que se refiere a palabras del juego de bolos, el autor más citado para autorizar los términos bolísticos es Alcalde del Río. Y es que en esas páginas de **Escenas cántabras** prima, sin que por ello reste méritos literarios a la obra, la preocupación científica.

Es notorio que el novelista montañés que más páginas ha dedicado al juego de bolos ha sido Francisco Cubría. Tan notorio es esto, que, a la hora de escoger, nos hemos decidido por tres textos (de los años 1935, 1954 y 1956), publicados en la prensa, ya que los contenidos en los libros están siempre más al alcance de los lectores.

Pero no alarguemos más estas simples palabras, que no tienen pretensión de prólogo, ya que los lectores de esta antología —montañeses o conocedores de nuestra tierra— tienen noticia de los autores que figuran en este libro.

Tampoco precisan esos lectores que justifiquemos el 'derecho' a figurar como escritores montañeses a una serie de ellos que no nacieron en nuestra tierra, pero que, en su obra y, sobre todo, que en su vida profesaron un gran amor a la Montaña, y que se han hecho acreedores a la consideración —cuando no al título— de hijos adoptivos de esta provincia.

Así, el escritor extremeño Alfonso Pérez Nieva, que publicó en 1896 su libro *Por la Montaña (Notas de un viaje a Cantabria)*; a Hermilio Alcalde del Río, nacido en Villamediana (Palencia) en 1866, pero que vino muy niño a Torrelavega, donde murió en 1947, después de una vida de esforzado trabajador, como Director de la Escuela de Artes y Oficios de la ciudad del Besaya, y muy singularmente, como infatigable investigador de nuestras cuevas y yacimientos prehistóricos: a Fernández Moreno, el gran poeta argentino 1886-1950), un "clásico" de las letras del gran país del Plata, pero que vivió en el pueblo natal de su progenitor desde 1892 a 1897 y que, a los veinticinco años de haber dejado nuestra tierra, escribe un bellissimo libro, titulado *Aldea española*, en el que recuerda con sentida emoción y con precisión admirable, su vida en Bárcena de Cicero y también en San Pedro de Soba, donde pasó algunas temporadas, además de reconocer en un memorable soneto que la lengua literaria con que el poeta "ennoblece su cantar" es el "parlar montañés"; todo montañés sabe que Víctor de la Serna nació en Valparaíso en 1896, pero también sabemos todos los hijos de esta tierra que, no sólo por su ascendencia, sino por su amor y conocimiento de cuanto se refería a la Montaña, era y es uno de sus hijos más admirados y recordados; de Francisco y de José María de Cossío, ¿qué montañés duda de su prosapia cántabra?; menos conocido es, sin duda, Alfredo Matilla, entroncado, por su matrimonio, con una distinguida familia montañesa, pero —aunque nada o casi nada hayamos logrado saber de su vida posterior al año en que escribió su "Romance del pasabolo"— creemos que esa pieza no debía faltar en este libro: de una parte, porque es poco lo que se ha escrito sobre el juego de pasabolo y menos aún, es claro, tratando este tema, como se indica en su lugar, con la técnica y las imágenes del gran libro —y, en aquellos momentos, de una extraordinaria popularidad— de García Lorca, el *Romancero gitano*; y, en fin, ¿quién ignora que "nuestro" gran poeta, José Hierro, nació en Madrid en 1922 y que muy niño vino a vivir en Santander, y que aquí, en los años en que se publicaba la gran revista *Proel*, se dio a conocer, no sólo en el escenario santanderino, sino en todo el

ámbito nacional, ya que en seguida logró premios nacionales e importantes galardones?

Nos ha parecido de interés, para los aficionados a nuestro juego regional, recoger en unas páginas todo el vocabulario referente a los bolos que se contiene en **El lenguaje de la Cantabria montañesa**, Santander, 1966. Contrasta el número de voces reunida en esta obra, por Adriano García Lomas, con la penuria —sólo cuatro términos bolísticos— recogidos en la conocida obra de E. de Huidobro, **Palabras, giros y bellezas del lenguaje popular de la Montaña, elevado por Pereda a la dignidad del lenguaje clásico español**. Santander, 1907.

Del cancionero de la Montaña, sólo transcribimos una muestra recogida por Sixto Córdova y Oña en su **Cancionero popular de la provincia de Santander** (tomo II, pág. 210):

Deja que ruede la bola,
que rodando me divierte;
también me divierto yo
cuando voy de noche a verte.

Y en el campo lírico-dramático, recordamos esta muestra de la zarzuela **La Romería de Miera**, en la que Eusebio Sierra escribió este diálogo escénico, con música de Angel de las Pozas:

Coro de mozas:

Dejad ya los bolos
y suene el pandero,
que es tarde y yo quiero
bailar.

Coro de mozos:

Es que hoy el partido
fue largo y reñido,
y el pueblo quería
triunfar.

Es notorio el auge actual del juego de bolos. Se acercan a los ocho millares los federados, pese al especial carácter de los nativos de esta provincia. El auge es natural. Débese —aparte de la tarea llevada a cabo por la Federación— a una doble 'motorización': una, la que ha permitido que ahora sea posible, por ejemplo, que los más destacados de una bolera se pueden enfrentar con los de otras, hasta llegar a las selecciones comarcales, regionales y aun nacionales; y la otra motorización es la de las tareas del campo, que permitirá —que ya está permitiendo— un 'ocio' cada día mayor, que tendrá que ser llenado con muchas cosas. Junto a las de orden superior, también con los juegos. Que el por excelencia de nuestra comarca se conserve, se acreciente y hasta se perfeccione, pero sin perder lo que tiene de 'limpio' (libre de apuestas y de profesionalismos), sin perder lo que tiene de pausado y señorial, con normas —es claro—, pero que sean las propias del juego desde su origen, con margen para no limitar la personalidad de cada jugador.

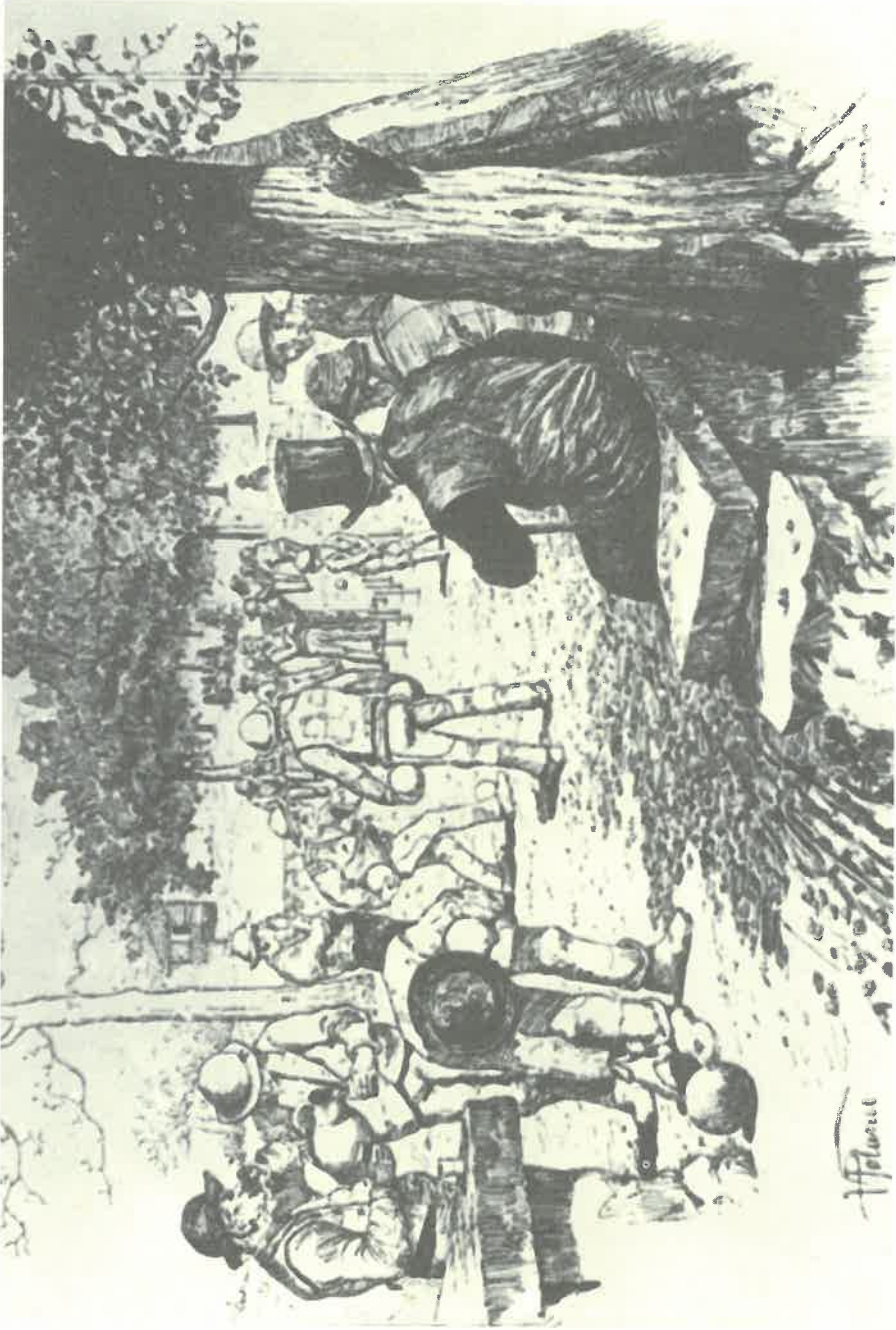
Y no quiero ni debo poner punto final a estas líneas sin dejar constancia de que la junta de reproducciones de las obras artísticas que adornan e ilustran este volumen es obra personalísima —y realizada con un tesón y una generosidad ejemplares— por Joaquín Oria y Cifrián. Esas muestras, sin las limitaciones de los textos literarios, se refieren al juego de bolos en sus varias modalidades, sin restricciones geográficas de ningún género, ni siquiera en lo que se refiere a la patria de los artistas. Debo asimismo decir en este lugar que la Federación Cantabra de Bolos, mantuvo un unánime interés desde el que entonces era su Presidente, mi buen amigo José Antonio Cabrero, que acogió, desde el primer momento y en la sobremesa de un almuerzo, la idea de reunir una serie de textos sobre el juego montañés por excelencia, hasta Juan Alvarez, actual Presidente de la Federación, que inmediatamente se percató del fervor y el total desinterés que se ha puesto siempre en esta empresa. En ella —y por ser testigo muy próximo puedo y debo decirlo— y en su realización se debe una parte importantísima —y que no me corresponde a mí determinar— al entusiasmo, al esfuerzo y la magnani-

midad de Joaquín Oria. No creo equivocarme al afirmar que con este hombre, esencialmente bueno, todos los amantes de los bolos tenemos una deuda de gratitud.

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'Joaquín Oria', written in a cursive style. The signature is positioned to the right of a long horizontal line that extends from the left margin towards the center of the page.

Santander, 6-XII-1979

ANTOLOGÍA



Polanco, Victoriano: El corro de bolos (1889).

José María de Pereda. N. en Polanco el 6-II-1833. M. en Santander el 1-III-1906. La relación de sus libros en Manual de Bibliografía perediana, por el doctor Anthony H. Clarke, Santander, 1974. Obra editada por el Instituto de Literatura José María de Pereda, de la Institución Cultural de Cantabria.

GRIEGOS Y TROYANOS

Continuaba la calma sofocante y el cielo cargado de nubes como peñascos, con unas intermitencias de sol que levantaba ampollas; los desperfectos del Sur, en tejados y cerrajas, iban poco a poco reparándose, y hasta se consolaban las gentes, unas a la fuerza y otras como podían; pero no se olvidaba un punto la anunciada invasión de los de Rinconeda; y hacia el camino de Rinconeda miraban todos los ojos de Cumbrales desde huertas y callejas y tejados, y a voces de Rinconeda sonaban todos los rumores en los oídos de la gente de arriba. Odiosa era siempre una provocación semejante... ¡pero en aquel día!... ¡después de las devastaciones del huracán, apenas encalmado!...

—¡Pues como vengan!...

Y esto decían todas las bocas de Cumbrales.

Pero subieron Cerojas y Lambieta al campanario con otros camaradas que lo tenían por costumbre; hartáronse de repicar a vísporas... y nada. Tocáronse luego las tres campanadas al rosario; acudió la gente; llegó el señor cura; rezole y hasta *echó* su poco de plática sobre la paz y concordia entre los pueblos cristianos; acabose la piadosa tarea, que duró tres cuartos de hora... y nada. Desocupose la iglesia; quedáronse en el porche, murmurando, las mujerucas a ese manjar aficionadas; agrupáronse de cuatro en cuatro, a la sombra de las tapias fronteras al corro del baile, las viejas, acurrucadas en el suelo, a jugar el ochavo a la brisca o al *mayor punto*; avanzó la gente moza; resonaron las panderetas recién templadas; arrimáronse al calorcillo del baile muchos de los mozos aficionados, y los restantes, entre los que estaban Pablo y Nisco, entraron en la bolera; sentáronse los viejos mirones en las paredillas; oyose la voz alegre de las cantadoras acometer la tarea con la tradicional y obligada copla

*Para espenzar a cantar,
licencia tengo pedida,
al señor cura, primero,
y a la señora Josticia.*

Dio principio también el baile; rifaban ya las viejas sobre si se vio o no se vio, si se hizo o no se hizo la prohibida seña del *as* o del *tres* del palo del triunfo; alzo-se regocijada gritería en el corro de bolos por haber hecho Nisco un emboque a la segunda bolada; correteaban Bodoques por aquí, Lergato por allí y Lambieta por el otro lado, reclutando muchachos para jugar a la cachurra en la mies, silbando unas veces, voceando otras y estorbando siempre... en fin, que *el corro*, lleno, co-

mo quien dice, de bote en bote, se había normalizado ya... y nada. Los de Rinconeda no venían; y los de Cumbrales llegaron a no pensar en ellos: como que el cura se fue a rezar vísperas y el alcalde a dormir un rato.

Así estaban los ánimos cuando se presentó Cabra a todo correr por el camino alto de Rinconeda.

—¡Ahí vienen! —gritó cerca del corro de bolos.

Produjo la noticia mucha efervescencia en hombres y mujeres; tanta, que los juegos cesaron y el baile se suspendió.

—¡Eso es una cobardía! —gritó un mozo encaramándose en la pared de la bolera y dirigiéndose a los dos corros. — Si vienen, que vengan. ¿Pensáis que vos van a comer? Pus lo que hagan haremos... yo, por mi parte.

Gustó la arenga, aprobóse, serenáronse los espíritus y continuaron los juegos y el baile, interrumpidos más por curiosidad que por miedo, a mi entender.

En esto, apareció el enemigo en la ancha calleja por donde había venido Cabra. Era una muchedumbre de hombres y mujeres; como una romería que se trasladara de un punto a otro. Provocación como ella no se conocía en la historia del odio tradicional entre ambos pueblos. Uno a uno, tres a tres, ocho a ocho, hasta doce a doce, se habían pegado infinidad de veces los de Rinconeda con los de Cumbrales, allí en Rinconeda y en todas las romerías en que se habían encontrado, porque esto era de necesidad; pero invadir un pueblo entero al otro pueblo, con premeditación y a sangre fría, pasaba con mucho la raya de todas las previsiones.

Venían delante una ringlera de mozas, dos de ellas con panderetas, y traían en medio a Chiscón con ramos en el sombrero y en los ojales de la chaqueta, y un gran lazo de cintas en la pechera de la camisa. Parecía un buey destinado al sacrificio en el ara de los dioses paganos. Esto ya era un dato para creer que la función era de desagravio, y en honor del Hércules de Rinconeda. El cual traía un palo, de *los de pegar*, debajo del brazo: otro dato: y también lo era el verse algunos garrotes más entre la turba, toda de gente moza, que seguía a la primera fila. Si esto no era venir en son de guerra, dijéralo el más lerdo. Pero se notó que abundaban mucho las mujeres en aquella tropa, y que no todos los hombres eran igualmente temibles; se echó una ojeada al corro de bolos y al campo de la iglesia, y se vio que, llegado el caso, podía librarse la batalla con buen éxito. Por supuesto que las mozas de Cumbrales, al ver la actitud provocativa de las de Rinconeda, no acababan de hacerse cruces con los dedos. "¡Mosconazas!... ¡Tarasconas!"... ¡Cómo las ponían, entre cruz y cruz! Pero lo que acabó de elevar la indignación a su colmo fue ver al Sevillano entre los invasores... ¡Con ellos venía el *Opas*, el *don Julián* de Cumbrales!

Pasó la procesión por delante de la bolera, cantando las mozas y con una en cada brazo Chiscón, y llegó al campo de la iglesia, donde hizo alto y relinchó de firme. Pablo dejó entonces de jugar y se encaramó en la paredilla, mirando hacia allá. Estaba algo pálido y muy nervioso. Nisco no apartaba de él la vista, y la gente de la bolera miraba tan pronto a Nisco como a Pablo. Ya nadie sabía allí cuántos bolos iban hechos ni a quién le tocaba birlar. En esto cesó también el baile, porque Chiscón se empeñó en que habían de sentarse las cantadoras de Rinconeda donde estaban las de Cumbrales. Oyéronse voces de riña, Chiscón, después de dejar sentadas a sus cantadoras junto a las del pueblo (pues éstas no quisieron levantarse y él no cometió la descortesía de obligarlas a hacerlo), volvióse a colocar a los suyos en el mismo terreno en que acaban de bailar, y aún estaban, los

de Cumbrales. Con esto creció el vocerío, y Pablo bajó de la paredilla; llegose a las cantadoras de Rinconeda y las preguntó secamente:

—¿Venís de guerra?

—De paz venimos —respondieron las mozas.

—Pues no toquéis entonces, que tocando están quienes deben, y corro hay aquí para que bailen todos, si de divertirse en paz se trata.

—¡A tocar se va! —dijo, en esto, un mozo de Rinconeda, mirando airado a las dos mozas increpadas por Pablo.

Las dos mozas se dispusieron de nuevo a tocar.

—¡Pues no se toca! —dijo Pablo, blanco de ira.

Y hablando así, arrancó las dos panderetas de las manos en que estaban, y rompió los parches sobre sus rodillas.

¡Cristo mío, la que en seguida se armó allí! Pero Pablo, que ya la esperaba, porque de un modo o de otro tenía que venir, con las rotas panderetas en las manos, la cabeza erguida, la boca entreabierta, el pecho anhelante y lívida la tez, examinó el campo con una mirada rápida, y la clavó firme sobre Chiscón, que corría hacia él, apartando la gente, como el oso los matorrales. Estremeciose el joven un momento, arrojó los aros, dio dos pasos hacia el gigante que podía desbaratarle entre sus brazos de roble, y le recibió con una puñada en la jeta, y tal puntapié en la barriga, que el oso lanzó un bramido y necesitó todas sus fuerzas bestiales para no desplomarse, como torre socavada. Nisco, que no había perdido de vista a Pablo, en cuanto le vio enfrente de Chiscón saltó como un corzo desde la bolera al campo, sin tocar la paredilla, y voló hacia su amigo; pero le salió al encuentro un valentón del otro pueblo, y fuéronse a las manos. Creció con esto la bulla; saltaron detrás de Nisco los jugadores de bolos; salieron los hombres que estaban en la taberna; encontráronse con otros del bando enemigo, y la lucha se trabó en todas partes con la prontitud con que se inflama un reguero de pólvora. Acudieron al vocerío las mujerucas del portal de la iglesia, y las viejas que jugaban a la brisca, y los muchachos que correteaban por la inmediaciones, y se llenó de gente el campo, desde el corro de bolos hasta el extremo opuesto.

Toda aquella masa, al principio inquieta, nerviosa y movediza, fue enrareciéndose poco a poco, aquietándose y buscando los puntos más elevados y menos peligrosos, mientras los combatientes, en grupos enmarañados, forcejeaban, iban, venían, se bamboleaban, alzábanse y se agachaban; de manera que todo este conjunto de actores y espectadores parecía embravecido torrente encajonado de pronto entre recios e insuperables muros.

Ya no se oían voces allí, ni amenazas; ni se veía el garrote describiendo rápidas curvas en el aire, porque (justo es declararlo) los de Rinconeda arrojaron los suyos cuando vieron inermes a los de Cumbrales; no brillaba, ni brilló antes, el acero homicida, porque esta arma vil no se conoce en los honrados campos montañeses, si algún descastado no la usa a traición, muy raras veces. Sólo se percibían sordos ronquidos, jadeos de la respiración, desgarraduras de camisas y, de vez en cuando, un *cuajjj* despatarrado, como odre henchido que revienta de pronto: era que un luchador caía de espaldas en el suelo, debajo de su adversario; el cual no abusaba de la ventaja adquirida: no hería a su enemigo, ni siquiera le golpeaba en sitio peligroso; conformábase con tenerle allí como crucificado, y con responder a sus ronquidos y amenazas con sordos y mortificantes improperios; alguna vez se oía también el estampido ronco de un puñetazo sobre un esternón de acero... y poco o nada más se oía; porque, cuanto a los espectadores, ni

se movían ni chistaban: allí se estaban todos con los ojos encandilados y el color de la muerte en el semblante; los muchachos, royéndose las yemas de los dedos; las mujeres, con la boca abierta, y los viejos, dando mandíbula con mandíbula.

Harto claro se vio que las mozas de Rinconeda no contaron con todo lo que estaba pasando al ir a Cumbrales como fueron; y por verse tan claro en la sorpresa y dolor que mostraban, no cayeron sobre ellas las hembras de Cumbrales, y se libró de ser un verdadero campo de Agramante aquel campo de la iglesia.

Si un luchador, al levantar la cabeza, mostraba la faz ensangrentada, alzabase en los contornos un rumor de espanto y de indignación al mismo tiempo; y entonces alguna voz clamaba por la Justicia. ¡La Justicia! ¡A buena puerta se llamaba! Tres concejales, el pedáneo y el alguacil estaban enredados en lo más recio de la pelea, brega que brega, no para poner paz, sino porque eran ellos de Cumbrales y los otros de Rinconeda; el juez municipal, que al empezar la batalla se hallaba en la taberna (cuya puerta trancó por dentro Resquemín, dicho sea de paso, en cuanto quedó desocupada), se escondió en el pajar... con el sobrante de la jarra que tenía entre manos; y cuanto al alcalde Juanguirle, ya sabemos que se fue a dormir la siesta poco después de salir del rosario.

A todo esto, los plúmbeos nubarrones se iban desmoronando en el cielo, y extendían su zona tormentosa, cárdena y fulgurante, hasta la misma senda que recorría el sol en su descenso; y cuando un rayo de él lograba rasgar los apretados celajes y caía sobre los entrelazados grupos de combatientes, relucía el sudor en los tostados rostros manchados de sangre y medio ocultos bajo las greñas desgajadas de la cabeza; y cual si aquel rayo, calcinante y duro, fuera aguijón que les desgarrara las carnes, embravecíanse más los luchadores allí donde el cansancio parecía rendirlos, y volvía la batalla a comenzar, lenta, tenaz y quejumbrosa.

Ya sabemos dónde luchaban Pablo y Chiscón; que éste era grande y forzudo, y cómo recibió su primera embestida el valeroso mozo de Cumbrales, que si no era tan fuerte como su enemigo, tenía, en cambio, la agilidad de la corza y el temple del acero. Así saltaba, hería y se cimbreaba. Eran los dos luchadores el ariete poderoso y la espada toledana. Huir de los brazos hercúleos de Chiscón era todo el cuidado de Pablo, y entre tanto, golpe y más golpe sobre el gigante. Reponíase éste apenas del aturdimiento que le causaba un puñetazo en la boca, y ya tenía otro más recio en las narices; con lo que el salvaje, poco acostumbrado a aquel género de lucha, bramaba de ira; y bramando, esgrimía las aspas de su cuerpo, y cuanto más las agitaba, más se perdían sus derrotes en el espacio, más se quebrantaban sus bríos y más espesos caían sobre su cara, llena ya de flemones, ensangrentada y biliosa, los golpes de su ágil adversario. Pero necesitaba éste terminar de algún modo aquella lucha desigual y expuesta, y tras ese fin andaba rato hacía. No bastaba aturdir al atleta: era preciso derribarle, vencerle. Al cabo logró plantarle un par de puñetazos entre mejilla y ceja, y con esto y otro puntapié hacia el estómago al humillar el bruto la cerviz, quedóse éste como Polifemo cuando Ulises le metió por el ojo el estacón ardiendo. Entonces se abalanzó Pablo a su cuello de toro; hizo allí presa con las manos, que tenazas parecían; sacudíole dos veces, y a la tercera, combinada con un hábil empuje de la rodilla, *acaldó* en el suelo al valentón de Rinconeda. Frigor produjo esta caída; pero no por el choque de las armas, como cuando caían los héroes de la Ilíada, sino por el peso de la mole y el crujir de los pulmones y costillas. Cayó el gigante con el rostro amoratado y medio palmo de lengua fuera de la boca, porque Pablo, sin aflojar la tenaza de sus dedos, se encaramó a su gusto sobre el derribado coloso.

No muy lejos de Pablo andaba Nisco, que tampoco peleaba al uso de la tierra, como su adversario quería; es decir, pecho a pecho y brazo a brazo, con variantes de zarpada y mordisco, sino a puñetazo seco y a empujón pelado; mas no procedía así porque su contrario fuera más fuerte que él, pues allá se andaban en brío y en tamaño, sino porque en el hijo de Juanguirle obraba la vanidad y la presunción lo que en Pablo la necesidad aquel día. Es de saberse que hasta para luchar a muerte era vanidoso y presumido el demonio del muchacho aquel. Así se le veía rechazar a su enemigo con un golpe seguro y meditado, y aprovechar la breve tregua para atusarse el pelo y acomodar el sombrero en la cabeza. Sus brazos, antes de herir con el puño, describían en el aire elegantes rúbricas, y no tomó actitud su cuerpo que no fuera estudiada. Parecía un gladiador romano. Estaba un poco pálido y se sonreía mirando a las muchachas que le contemplaban. Otras veces recibía con las manos la embestida del enemigo; le sujetaba por los brazos, le zarandeaba un poco, y después le despedía seis pasos atrás; y vuelta a componerse el vestido, a colocarse el sombrero, a sacudirse el polvo de las perneras, y a sonreír a las muchachas, entre las que estaba Catalina a tres varas de él, anhelosa, conmovida y siguiendo con la vista, y en la vista el alma, todos sus ademanes y valentías.

Cuando una sonrisa de las de Nisco era para ella, parecía decirle la gallarda moza con los ojos: —“¡Animo, valiente!, que en cuanto las fuerzas y la serenidad te falten, aquí estoy yo para morir a tu lado defendiendo tu vida”. Era digno de estudio y de admiración aquel bravo mozo! En su cara risueña, y mientras se acicalaba, entre embestida y sopapo, se leían claramente estos pensamientos:

—No quiero mal a este enemigo; no tengo empeño en causarle daño; peleo con él porque soy de Cumbrales y él es de Rinconeda, y para que vea que ni le temo ni es capaz de vencerme;... pero que no me toque en el pelo de la ropa. ¡Eso sí que no lo tolero yo!

Al fin apareció por el lado de la iglesia el bueno de Juanguirle, a quien había ido a despertar Cerojas. Subió a lo más alto de la peña, recorrió con la vista azorada el campo de batalla y se llevó ambas manos a la cabeza; luego pateó y se lamentó y se mesó las greñas. Algunos espectadores se le acercaron encareciéndole la necesidad de que la lucha terminase; y la digna autoridad, sin hacer caso de consejos que no necesitaba, alzó el sombrero hasta donde alcanzaba su diestra, bien estirado el brazo después de ponerse sobre las puntas de los pies, y gritó así, con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Alto!... ¡a la Josticia!... ¡a la Ley!... ¡a la Costitución!... ¡al mesmo Dios, sí a mano viene; que a falta de otro mejor, a la presente su vicario soy en este lugar!... ¡Ténganse, digo, los de Cumbrales!... ¡Respeten mi autoridad los de Rinconeda!... o si no... ¡voto al chápiro verde!...

Como si callara. Volvió a patear el digno alcalde, y cambió de sitio, y tornó a mesarse los pelos. Dos mozos de Rinconeda, que no habían hallado con quién pelear, o no lo habían intentado con gran empeño, le miraban de hito en hito.

—¡A la Ley!... ¡A la Costitución!... ¡A la Josticia! —volvió a gritar Juanguirle.

—¡A la Josticia!... ¡A la Costitución!... ¡A la Ley! —repetieron algunas personas consternadas, recomendando así a los combatientes las amonestaciones de la autoridad.

La misma desobediencia.

—¡A mí los de josticia! —insistió el alcalde, gritando: —¡A mí los que estén por el sosiego!... ¡Déjalo ya, Bastián!... ¡Suelta tu parte, Braulio!... ¡Debajo le tie-

JOSÉ MARÍA DE PEREDA

nes!... ¡Sin camisa y machucado está!... ¿Qué más quieres?... ¿Qué más queréis los de Cumbrales por esta vez?... ¿No me oís?... ¿No vos entregáis?... ¡Voto a briosbaco y balillo, que se han de acordar de mí los peces de Rinconeda! ¡Ellos son los rebeldes a la autoridad!... ¡a la Ley!... ¡a la Constitución!... ¡Viva Cumbrales!

Oído esto por los dos de Rinconeda, dijo uno de ellos al alcalde, encarándose a él y tirando al suelo al mismo tiempo la chaqueta que tenía echada sobre el hombro izquierdo:

—¡Pus nos futramos en Cumbrales, en la ley y en usté que la representa!

—¡Hola, chafandín pomposo! —replicole Juanguirle, volviéndose al atrevido y echando el sombrero hacia el cogote, con un movimiento rápido de su cabeza.— ¿Con que todo eso sois capaces de hacer?... Pues mírate tú, hombre: paso lo de mi persona, y no riñamos por lo de la ley, pero relative a lo de Cumbrales, me reciera ser yo de Rinconeda si no me pagaras el agravio.

Y con esto se fue sobre el mozo, y le alumbró dos sopapos. Contestó el de Rinconeda; quiso ayudarle el que le acompañaba; impidióselo un espectador de Cumbrales, y agarráronse también los dos, con lo que se animó bastante por aquel lado el campo de batalla.

Al mismo tiempo llegó don Valentín a todo correr, con los pábilos erizados, la gruesa caña al hombro y el sombrero bamboleándosele en la cabeza. Acometió valeroso al primer grupo, y no pudo desenredarle; acometió al segundo, y lo mismo; buscó de varios modos el cabo de aquella enmarañada madeja, y no dio con él. Al último, subiose a la altura donde había predicado el alcalde, y desde allí gritó:

—¡Nacionales... digo, convecinos!... Es una mala vergüenza que mientras el perjuro amenaza vuestros hogares malgastéis las fuerzas que la patria y la libertad os reclaman en destrozarnos como bestias enfurecidas... ¡Convecinos!... basta de saña inútil... de valor estéril... ¡guardadlo en vuestros corazones para el enemigo común!... ¡daos el fraternal abrazo... y seguidme después!... ¡Yo os llevaré a la victoria!... ¡yo os devolveré a vuestros hogares, coronados de laurel!... ¡Os lo aseguro yo!... ¡yo, que vencí en Luchana!

Mientras así hablaba don Valentín, llegó por el extremo opuesto don Pedro Mortera buscando a su hijo.

—¡Pablo! —gritó con voz de trueno, cuando estuvo junto a él.— ¡Qué haces!

Y Pablo, como movido por un resorte, incorporose de un brinco al oír la voz que le llamaba, y dócil acudió a ella; pero sin perder de vista a Chiscón, que, al librarse del suplicio en que le había tenido como clavado el valiente joven, se alzaba a duras penas, derrengado y maltrecho, con la faz cárdena y monstruosa. Sentía el vencimiento como una afrenta, y más pensaba en meterse donde no le viera nadie, que en buscar un desquite en buena ley; en buena ley, porque es de advertir que el coloso de Rinconeda no era traidor ni capaz de una villanía, aunque, por efecto de su rudeza, no se ahogara con escrúpulos de otro género; era, en suma, de los que querían, llegado el caso,

*jugan en injusto juego;
pero jugar lealmente.*

No creyó don Pedro Mortera cumplido su deber con tener a Pablo apaciguado y junto a sí; quiso también pronunciar el *quos ego* de su respetabilidad indis-

cutible sobre aquel mar embravecido. Pronuncie más de una vez, pero no adelantó nada. Este fracaso amilanó a los angustiados espectadores, y más se amillanaron cuando vieron tan desobedecido como don Pedro al señor cura, que llegó inmediatamente.

—¡Esto es obra del mismo demonio! —dijo entonces una voz desconsolada.

¡Del mismo demonio!... No necesitaron oír más cuatro sujetos de los desocupados para ponerse de acuerdo en un instante y echar a correr hacia la casuca de la Rámila.

En tanto, don Pedro Mortera, que acababa de ver a Nisco, se dirigía a él llamándole a la paz; a lo que el mozo respondió con una sonrisa, después de pegar un bofetón a su contrario. Volvía otra vez la cara hacia éste, cuando una piedra le hirió en la frente y le tendió de espaldas, sin decir Jesús. No se supo cuál fue primero, si la pedrada, la caída del herido, no en el suelo, sino en los brazos de Catalina, y el lanzar ésta un grito como si la hubieran atravesado el corazón de una puñalada.

Vio que la sangre fluía en abundancia de la herida, y pensó volverse loca.

—¡Muérame yo! —gritaba, haciendo trizas su delantal y su pañuelo para cerrar aquella brecha por donde creía ver escaparse la existencia del valiente mozo.— ¡Mate Dios cien veces al traidor que te ha herido!... ¡Mate otras tantas al bruto que amañó esta guerra; pero que no te mate a ti, que vales el mundo entero!... ¡Virgen María de los Dolores, la mejor vela te ofrezco con la promesa de no bailar más en mi vida, si ésta conservas, aunque yo jamás la goce!

Uníase a estos gritos el vocear del contrario de Nisco, negando toda participación en la felonía; chispeaban los ojos de Pablo buscando entre la muchedumbre algo que delatara al delincuente; ordenaba don Pedro lo más acertado para bien del herido; acudían gentes aterradas a su lado; y mientras esto acontecía, y se buscaba a Juanguirle entre los combatientes, las tintas de los celajes iban enfriándose; desleíanse los nubarrones, cual si sobre ellos anduvieran manos gigantes con esfuminos colosales; una cortina gris, húmeda y deshilada, como trapo sucio, se corrió sobre los picos más altos del horizonte; brilló debajo de ella la luz sulfúrea del relámpago, y en el campo de la iglesia de Cumbrales comenzaron a caer lentas, grandes y acompasadas gotas de lluvia, que levantaban polvo y sonaban en él como si fueran de plomo derretido.

(En *El sabor de la tierruca*, Barcelona, 1882.)

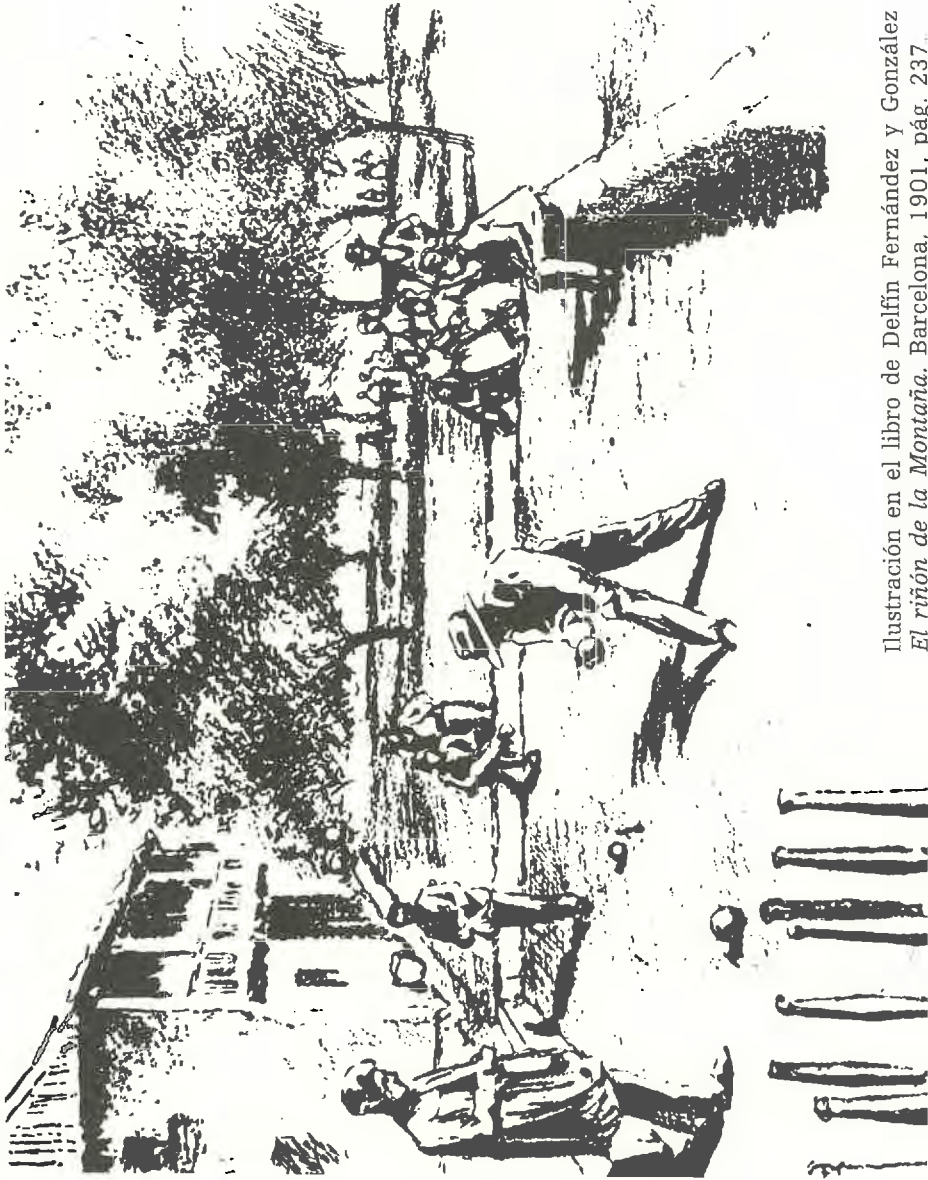


Ilustración en el libro de Delfín Fernández y González
El riñón de la Montaña. Barcelona, 1901, pág. 237.

Delfín Fernández y González. N. en Sopeña (Cabuerniga) el 24-XII-1871. M. en Sopeña el 1-IV-1955. Autor de los libros: Las grandes catedrales de Europa, Barcelona (s. a.). Cabuerniga. Sones de mi Valle, Santander, 1895. Pos veréis, Barcelona, 1899. El riñón de la Montaña, Barcelona, 1901. Alternando, Valladolid, 1906.

UN DESAFÍO A LOS BÓLOS

¡Qué hermosa tarde estaba! Ni una nube empañaba el azul del cielo. Por entre las ramas de tres nogales que había allí, cerca, colábanse los rayos del sol, que producían mil fantásticas figuras en la pared de una casa inmediata. Corría un airecillo que se había refrescado algo al pasar por las nevadas montañas de Sejos, pero apenas se notaba: sólo conseguía poner amoratadas las caras de dos chiquillos encanijados, que jugaban a "las estampas" en el campo de la iglesia.

Como domingo que era, notábase bastante concurrencia en la bolera y sus alrededores. La pared de aquélla estaba llena de viejos que, allí sentados, se pasaban la tarde viendo jugar a los bolos.

Jugábase, cuando yo llegué, un desafío, consistente en una cántara de vino tinto, entre dos mozos de Barcenillas, Quilino y Marcos, contra otros dos de Sopeña, Joseón y Cequiel.

El tío Andrés era contador, y Camilo el encargado de echar, a todo el que quería tomarlo, un vaso del Rioja que se jugaba. "Armador" era *Cuco*, un chucuelo de diez o doce años, más listo que un gato.

En un extremo de la bolera misma estaba el baile, en el que a la sazón tomaban parte diez parejas, que lo hacían tan mal como bien cantaban Pana y Sofía, cuyas frescas voces y una colosal pandereta, llena de cintas y cascabeles, que tocaba cada una, era la orquesta que marcaba los compases de la jota a aquellas diez parejas de malos bailadores, que maldito el caso hacían de esos compases.

Contemplaban este cuadro desde el pórtico de la iglesia unas cuantas viejecillas, y otras que, bien a su pesar, andaban cerca de serlo. El cura del pueblo, apenas visible por su extremada pequeñez, estaba allí también, hablador y bromista, formando grupo con su eterno acompañante *Alcornoque*, así llamado porque empleaba siempre esa interjección; con *tiu Antoñucu*, y otros varios.

En el portal de la taberna, en el *mentidero*, que caía al otro lado de la bolera, estaban los señores: don Telesforo, don Luis Puerta, carlista furibundo, que hablaba siempre que podía —y podía siempre, porque hacía callarse a los demás— de sus proezas en la última guerra civil; don Alfredo, a cuyo alrededor saltaban una docena de chiquillos tirándole unos de la americana, los que alcanzaban, y los que no, *esquilando* por sus piernas, con lo que, y con promover discusión entre otros dos señores que había allí, gozaba lo indecible. El tabernero acercábase de vez en cuando y metía su cuchara en aquel sabroso plato, siempre que le dejaban un momento de reposo los que jugaban al rentoy en el *cuartucu de la derecha*. Y algunos más, lector, pudiera presentarte; pero por miedo a que te duermas no lo hago.

DELFIN FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ

Despidiéronse Pana y Sofía, cantando una perogrullada:

*Adiós que me despido,
adiós que me voy.
Si no me has conocido,
no dirás quién soy,*

dieron un buen par de puñetazos cada una en su respectiva pandereta y se acabó aquel baile, yendo a sentarse las bailadoras en la pared de la bolera, teniendo gran cuidado al hacerlo de que los curiosos las vieran solamente los pies, y los mozos se aproximaron a la *caja* de los bolos, a ver cómo *iba* el partido.

Hagamos igual nosotros, puesto que nos obliga a ello el título de estas líneas, y dejemos "cortar trajes" a toda prisa a las mujerucas del pórtico; al cura que hable cuanto le plazca, y que digan y hagan, los del portal de la taberna, "lo que les viniere en gusto".

Concertose el desafío a dos partidos, con bolos de *panza* y tres bolas cada jugador. Nombraron contador al tío Andrés, porque era hombre que lo entendía, y además no tenía interés por unos ni por otros; no era de Sopeña ni de Barcenillas, y no estaba "comprendido en ninguna de las generales de la ley". Alguna duda que ocurriera, la resolvería él "en primera y última instancia".

Cuando nos acercamos nosotros, lector más que pacientísimo, habían ganado ya un partido, el primero, los de Sopeña y otro sus contrarios. Acababan de *ponerse chico a chico* en el partido decisivo. No podía *ir* el partido más igual. Pocas veces se había visto así. Los cuatro jugadores estaban silenciosos. Al empezar, seguramente todos pensarían ganar, y entonces ya pensaban perder todos, pero seguían jugando.

Uno de los de Barcenillas tiró al alto una moneda preguntando a la vez: —"¿Cara o cruz?". —"¡Cruz!", contestó Cequiel, un instante antes de caer al suelo la moneda. Y los cuatro jugadores fijaron en ella la vista, con una ansiedad indescriptible.

—Cruz es, exclamaron los cuatro, inclinándose a recogerla el dueño de ella.

Cequiel, como había acertado, tenía derecho a elegir y eligió la raya, marcando una con la punta del *emboque*, en forma de caldera, cuyas asas llegaban hasta los bolos del medio de las calles de afuera, alzándose luego el centro, lo menos un metro sobre la *caja*.

—Pos tiru el último, exclamó Marcos, un poco disgustado con aquella raya tan especial.

Tanto Joseón como Cequiel eran pulgaristas, por lo que no dudaron en poner el *emboque* a la derecha de los bolos, separado de éstos cerca de media vara. Aunque "con bolos gordos no hay emboque cerrado", aquél lo era porque estaba muy largo el *tiro*. Bien valía cuarenta, y eso le *pusieron*.

Tiraron los de Barneillas, y "subieron" una *bolada* tremenda: quince bolos, que eran una atrocidad, desde aquel sitio. El *birle* no les *pintó* tan bien, pero esto no es decir que "le desperdiciaran" del todo.

Detrás fueron los de Sopeña, y sin que se les quedara ninguna bola, hicieron nada más que diecisiete, la mitad que los otros. Por la *cuicia* de sacar el *emboque*

tiraron a que las bolas *cutieran* en la caja, y, claro, llegaron todas *esforzadas* y derechas "como balas", de manera que no cogieron un bolo.

Volvieron a tirar los de Barcenillas, y no lo hicieron tan bien como en la *bolada* anterior, pero, sin embargo, concluyeron cómodamente y aun les sobraron muchos bolos. Resultado: que los de Sopeña, para ganar el desafío, necesitaban hacer cerca de cuarenta, cosa punto menos que imposible. No había más salvación que sacar el *emboque*. Y ¡sí que estaba fácil!

Joseón y Cequiel fuéronse a tirar, porque no se dijera que se habían entregado, no más que por eso. Esperanza de ganar no les quedaba.

—¡Me valga Dios! —murmuraba Joseón, escogiendo tres bolas pequeñas al lado del *tiro*.— ¡Cualquiera le acierta dende aquí a un bolu!

Estaban los dos compañeros hasta pálidos. Es verdad que la cosa no era para menos. Lo que ellos decían: "El pagar el vinu impórtanos na; pagáramoslo contentos con tal de ganar, pero porque no se diga que hay quien gana a dos de Sopeña". En tanto, los de Barcenillas, seguros ya del triunfo, mandaban a Camilo echar vasos de Rioja a toda prisa, para cuantas personas había en la bolera.

Joseón tiró e hizo una *pértiga*: pasaron las tres bolas por fuera de *calles*. ¡Con qué ojos le miraba todo el mundo! ¡Hasta le llamaban *chanqueta!*... Y lo peor era que tenían razón, porque a *ojos cerraos* lo hubiera hecho mejor cualquier otro día.

Cequiel fue al *tiro* algo más sereno que su compañero, aunque, como él, sin esperanza ya de ganar. Despidió la primera bola, que no hizo nada de particular: dos bolos que de nada valían. La cuestión era el *emboque*. Un buen *calvazo*, y terminado. Sin esto no había remedio posible. Tiró la segunda como él sabía hacerlo en casos así: alta, muy alta, y con un efecto que daba gusto verla por el aire, pero la desgracia les perseguía: cayó la bola sobre el *dos del medio*, cogiéndole tan de lleno que retrocedió. Fue *queda*.

Faltaba una bola nada más. Mientras el *Cucu* armaba los tres bolos tirados con la anterior, Joseón estaba poniéndose la chaqueta *pa ise* en seguida y librar-se así de mil recriminaciones, y Cequiel daba vueltas y más vueltas a la bola en sus manos. Había un silencio increíble. Parecía que se jugaba la vida de todo el pueblo.

Por fin, estuvieron armados los bolos, y viose salir de la mano de Cequiel la bola en que cien individuos cifraban sus esperanzas de salir victoriosos. Viósela luego, un momento nada más, a una altura inmensa, pasmosa, y luego..., luego no se vio más que una cosa que caía sobre el lado derecho del primer bolo de la calle del medio, y rápida como un cohete, fue a tirar el *emboque*.

Era el triunfo de los de Sopeña.

(En *Cabuérniga. Sones de mi valle*, Santander, 1895.)



Bolera en los pinares del Sardinero, 1890.

Alfonso Pérez Nieva. N. el 19-V-1859. M. en Badajoz el 24-XII-1931. Autor de los libros: El valle de lágrimas, Madrid, 1883. El año (semblanzas de los meses), Madrid, 1885. Esperanza y caridad, Madrid, 1885. Historias callejeras (2.ª ed.), Madrid, 1887. La última lucha, Madrid, 1888. La clase media. El alma dormida, Madrid, 1889. El señor Carrascosa, Madrid, 1889. Los gurriatos, Madrid, 1890. María sin pelo, Madrid, 1891. Un viaje a Asturias pasando por León, Madrid, 1895. Mundanas, Madrid, 1895. Por la Montaña (Notas de un viaje a Cantabria), Santander, 1896. Diminutas (col. de artículos), Valencia, 1897. Tomás el torrero, Madrid, 1897. La tierra redentora, Madrid, 1897. Ágata, novela, Barcelona, 1897. Por las rías bajas, La Coruña, 1900. Mi muerte, Madrid, 1903. El juez real, el duque y la comedianta, Madrid, 1931. La dulce oscuridad, Madrid (s. a.). El buen sentido, Madrid (s. a.). Por la rama épica, Madrid (s. a.). Viajando por Europa, Madrid (s. a.).

UNA BOLERA

Es el juego predilecto de estos montañeses, pero no sabía que llegara la afición hasta poseer ya locales públicos, por decirlo así. En una de las carreteras que conducen a Comillas, y próximo al pueblo, levántase el que mencionado queda, y es un edificio de madera pintado al óleo, con grandes ventanones, sencilla crestería y muy bonito aspecto; en su interior hay una especie de pista, más larga que ancha, con bancos detrás de su valla; por arriba corre un largo corredor con barandilla de listones; los bolos se colocan en uno de los extremos de la pista. Y los domingos por la tarde llénase la bolera de aficionados, vestidos con su traje de fiesta, corriendo de mano en mano la jarra con la sidra. No me embucharé, por cierto, un pensamiento surgido en mi mente ante la bolera. Cuando vi por primera vez el Jai-Alai de San Sebastián, aun no existía en Madrid ningún frontón; hoy se cuentan cuatro o cinco. La montaña santanderina es poco conocida por falta de comunicaciones; algún día la cruzarán los ferrocarriles secundarios, y como las pelotas pasarán, que nada hay eterno en el mundo, ¿serán los bolos sus sucesores en el favor del público madrileño?

(En *Por la Montaña. Notas de un viaje a Cantabria*. Santander, 1896.)



Boleras de Puente San Miguel y de Selaya.

Hermilio Alcalde del Río. N. en Villamediana (Palencia) el 13-I-1866. M. en Torrelavega el 2-VI-1947. Para su biografía y bibliografía, vid. el libro de B. Madariaga de la Campa: Hermilio Alcalde del Río. Una escuela de prehistoria en Santander. El Astillero (Santander), 1972.

UNA PARTIDA A LOS BOLOS

(Orillas del Besaya)

PERSONAJES DE ACCIÓN

TASIO.—Dueño de la bolera.
TIQUIO.—Jugador: formador de partida.
CHIRRI.—Jugador.
MINGO.—Jugador.
PRÓSPERO.—Jugador.
NINO.—Jugador.
TIU PEDRO.—Jugador y director de plaza.
MUNDO.—Jugador y director de plaza, contrario.
CONTRARIOS.
PINCHE.—Armador de bolos.
PANCHO.—Indiano de agostera.

Público en general

La escena pasa en una bolera, de las varias que posee una pintoresca villa de la Montaña, allá en el comienzo de la última década del pasado siglo. Rodeada aquélla de frondoso arbolado, en que dominan robustos castaños y robles, procura al sitio agradable estar de frescura en días de caluroso estío, a la vez que honesto esparcimiento a las gentes aficionadas al noble e higiénico juego de los bolos.

Comienza a desarrollarse la acción de la presente escena en aquellos momentos en que está terminándose una interesante partida de bolos entre jugadores de *talla*, presenciada por numeroso público de aficionados, entre el que se destacan señores curas del vicariato e indianos.

Tiq.—¿Cómo andamos de *partido*, Tasio?

Tas.—Están *chico* a *chico*: decide esta *mano*.

Tiq.—Entonces voy a tratar de reunir gente, para *echar arriba* a los *gananciosos*.

Tas.—Quédate con las ganas, ya otros antes que tú están en la bolera esperando a hacerlo.

Tiq.—No importa, formaré en ese caso partida *por fuera*. Lo que es yo sin jugar no me quedo, aunque lleve las de perder.

Tas.—No diré que no puedas jugar, si encuentras gente que se te asocie; mucha, en verdad, no queda en que escoger.

Tiq.—Verás qué luego la encuentro... Mira, ahí viene uno...

¡Chirris! ¿Te *arrimas*, para *echar arriba* a los gananciosos?

Chi.—¡Sí, hombre, sí!

Tiq.—Ya cuento con uno...

¡Mingo!... ¿Cuento contigo?

Ming.—Cuenta.

Tiq.—Van dos.

¡Próspero! ¿Entras en la que se está armando?

Prós.—¡Pch!... Como quieras.

Tiq.—Ya somos cuatro... ¿Quién más andará por ahí descabalao que nos preste servicio, Próspero?

Prós.—Hombre, mayormente no barrunto gente que valga un petillo; el que más y el que menos de los que andan por aquí... estoy por decir: no saben tener una bola en la mano...

Tiq.—Calla..., por la puerta de la taberna asoma tiu Pedro, voy corriendo a hablarle sobre el particular...

¡Tiu Pedro!... Con la encomienda de los demás compañeros me acerco a su presencia para requerirle forme parte a nuestro lado en la partida que vamos a jugar contra los *gananciosos*, o bien formando *partido por fuera*.

Tiu P.—Home, déjame en paz y sosiego, que la mí vejera no está pa metela en esos trotes. Si apenas pueo moveme, ¿cómo queréis póngame a lanzar una bola? Bien vos agradezco el cumplimiento y recordación que hacéis de mí..., pero ¡non pueu, home, non pueu! Yo ya di lo suyo... (Home, dispensa la interrupción...). Agáchate a cogeme la cachava, que se me ha caído y cuéstame trabajo el agachame... Dios te lo pague.

Pos como íbamos diciendo: Si en algún tiempo naide atreviose a poneme "la ceniza en la frente" largando una bola: bien fuere a la *mano* o al *pulgar*; a tiro *corto* o *largo*; a *emboque* o *arreglar*: hoy, que los tiempos hanse alargao aposándose sobre mis hombros, sólo tócame presenciar las jugadas; y eso con rabia y desazón, por lo mal que lo hacéis vosotros, los jugadores... ¡Ah, jinojo!... ¡A mí podían venir esos mocitos de Cerrazo o Puente San Miguel echándose las de arrogantes...! ¡Jinojo, si no llevarían que rascar tras de la oreja!...

Tiq.—Tiu Pedro, esos razonamientos que me hace, respecto a su persona, ya de antemano nos los hemos hecho entre los demás compañeros; habiendo entre todos acordado, si acepta, el otorgarle la dirección de la plaza: no poco orgullo para nosotros será tenerle de director. Por otra parte, hemos también convenido, para mayores facilidades tuyas: que si nos toca *mano*, poner el *tiro corto*; si *raya*, ésta a *arreglar*.

Tiu P.—Si no es más que por esi placer de darvos gusto vos lo daré, ¡qué reconcho!, manque tenga cacer un esfuerzo.

Tiq.—Voy a comunicar su decisión a los demás compañeros, los que seguramente se alegrarán el saberla...

¡Muchachos, contamos con tiu Pedro!

Comp.—¡Mos alegramos, hombre, mos alegramos!

Prós.—Menos yo, porque ya tiu Pedro es un roble ajuriacao por los años que poca maera puei dar. Lo que hace falta aquí es contar con gente que me ayude algo pa poder contrarrestar el empuje de los contrarios; de no ser esto tened entendio que si pierdo no pago; allá vosotros vos las entendáis con el amo la bolera.

Tiq.—Oye, Próspero, cualesquiera que oyéndote hablar no te conociera pensaría eras un Miján o un tragabolos, decididor solo tú de los partidos.

Prós.—Yo no sé si seré un tragabolos, u lo otro, pero lo que sí vos puedo decir que mano a mano a todos vosotros vos juego hasta la cabeza, cuando queráis.

Ming.—Aunque vale bien poco déjala en su sitio, Próspero...

Tiq.—No perdamos tiempo, que sólo faltan de por birlar dos bolas a los que tiran, que son los últimos, y aún nos falta un compañero para el completo de la partida.

Ming.—Ahí viene el indiano, háblale, Tiquio.

Tiq.—Oye, Pancho, ¿quieres tomar parte?

Panch.—¿Con quiénes cuentas?

Tiq.—Con Chirris, Mingo, Próspero, tui Pedro, tú (si quieres) y yo.

Panch.—Carape... Vaya una gentesilla con quien quiere asociarme el amigo, ¿cómo no?, buena para ir en prosesión, ¿cómo no? Chirris, un pulquero; Mingo, un pinturero; Próspero, un guanajo pelao; tui Pedro, una ruina; tú, muy desigual...

Tiq.—Y tú, ratón pelao, un fachenda sin la menor pizca de hacienda, que te duele perder una perra más que si te sacaran un diente...

¡Nino! Vente p'acá... Sólo nos falta uno, ¿contamos contigo?

Nin.—Contar. Llego a tiempo, pues que veo ahora tiran la última bola.

Tiq.—¡Arriba!... ¡A los gananciosos!

Gan.—¡Arriba está!

Cont.—¡Partido por fuera!

Tiq.—Arriba, sea dicho.

Cont.—¡Cara!

Tiq.—¡Salió cruz!... ¡Ponemos tiro!

Tui Pedro, ¿qué tiro le conviene más?

Tiu P.—El que mejor vos parezca: no sea mu largo pa no tener que esforzame.

Tiq.—Pondremos la tercera estaca, por ser arreglado para usted.

Vocéase lo a los contrarios, Próspero, tú que tienes buenos pulmones.

Prós.—¡Chachos!... ¡Queda puesto el tiro en la tercera estaca!... ¡Vosotros, ¿qué raya ponéis?

Cont.—¡La que marca: el emboque al pulgar: el que lo saque lo bautiza!

Tiq.—Tui Pedro, usté ordena.

Tiu P.—Tira tú el primero, Chirris... Ya sabes: *altas* y *pingonas*, que la raya va *corta*.

Chi.—A su salud brindo la primera, tui Pedro...

Arm.—¡Se quedó!...

Tiu P.—Pus, hombre, si la mi salud dependía del resultado de la bola t'aseguro que bien mal pará hásmela dejao. No me brindes más, Chirris, que puei en ello haber algún maleficio.

Chi.—No se apure, tui Pedro, procuraré con la segunda emendar la plana: ya sabe el dichu: "bola queda, emboque espera". Conque... ¡ahí va...!

Tiu P.—Bien poco ha faltao pa que mates al armador. ¡Qué mal lo haces, condenao!... ¡Comenzamos con güen aquel, a Dios gracias!

Tira, Mingo, que a ti correspóndete ir en turno.

Ming.—Vamos allá.

Tiu P.—Home, si el pulseo que das a la bola y lo jaque que t'acolocas pa tirar corresponde a la intención, cuenta sacas del primer golpe el *emboque*.

Ming.—A eso vamos, tui Pedro...

Arm.—¡En blanco!

Tiu P.—Ya icía yo que era mucha la tú pintura pa que diera güen resultao. Amira de ver si metes, siquiera, por *caja* la segunda.

Arm.—(...).

Prós.—¡Pinche!... ¡Haz el p... favor de cantar más alto, que te oiga la gente!

Arm.—¡Unoo!

Tiu P.—Vaya, home, ya hiciste algo... ¡Próspero! ¿Qué diantres haces en media hora que ha véote escarabajar el suelo? ¿Es que no encuentras bolas a tu gusto, o qué?

Prós.—¡Si toas son unas castañucas, tiu Pedro! ¡Si por too el corro ando mirando y no encuentro una de razón que sea digna de mi mano!

Tiu P.—Más vale así suceda; si de reglamento fueran, como debíanlo ser, a güen seguro verías mu apurao pa lanzarlas por el aire.

Prós.—Eso pasaría a quien, como usted, no le queda otro remedio que tirarlas rodando por el suelo, pa no quedarse.

Tiu P.—Allá lo veremos cuando llegue el momento; por más que puei te dé la razón, porque ya con los años se hacen pesadas las bolas.

Prós.—Fíjese, tiu Pedro, fíjese lo que es *marcar* bien una bola...

Arm.—¡Se quedó...!

Prós.—¡No puede ser!... ¡La bola pasó la raya!

Tiq.—Tira la segunda, Próspero, que a la primera faltola una cuarta, lo menos, para alcanzar la raya.

Prós.—Si en ello están conformes los compañeros nada más digo; pero conste, que bien pasada estaba: no acostumbran a quedárseme las bolas a mí...

¡Pinche!... Arma bien el bolo de el medio, y coloca uno más gordo de delantero...

Arm.—¡Se quedó...!

Tiu P.—Asiéntate, home, asiéntate y descansa.

Tiq.—¡Sabes, Próspero, que podías irte a jugar a la calleja de *Las piedras*?

Prós.—Vosotros debíais iros onde yo sé, y por prudencia me callo... ¡A qué comprometéis a hombres como yo a jugar, poniendo tiro de chiquillos?...

Tiq.—Cállate y no hables, más cuenta te tendrá el ser mudo. Si con tiro corto y raya a arreglar se te quedan, ¿qué no sucedería alargando uno y otra?

Prós.—Pos sucedería que no habría necesiá de apretar galgas, como he tenido que hacer ahora, para no echar la bola fuera del corro.

Tiu P.—Lo que hácete falta es untu, ¡mucho untu!... Mas no gastemos tiempo en conversaciones imperfeutas...

Ponte a tirar, Nino, y amira de emendar la ruta porque de lo contrario esto lleva mal camino...

Arm.—¡Uno y dos, tres!...

Tiu P.—Ábrela un poco más, que las cierras en demasía.

Arm.—¡Tres y tres, seis!

Tiu P.—Tiquío, ¡a las armas!

Tiq.—Vamos allá, tiu Pedro...

Arm.—¡Vale cuatro y seis, diez!

Tiu P.—Un poco más altas y aplomás, a caer sobre la estaca. Ojo y pulso no te falta, que cazador bueno eres de verdá, por que si...

Tig.—¡Me caso con mi suegra, que poco faltó para darle en mitad de la *cresta*!

Arm.—¡Diez y tres, trece!

Públ.—En mal número le dejan, tiu Pedro.

Tiu P.—Malu, malu, no barrunto cosa buena d'él.

Públ.—¡Tiu Pedro, recuerde sus buenos tiempos!

Tiu P.—Asentarvos toos, es lo que vos digo. No es pa tanta admiración la mí presencia al pie de esta estaca, que de sobra me tien conocido...

Arm.—¡Cuatro y... siega!

Públ.—¡Muy bien, tío Pedro, pero muy bien!... ¡Eso es tirar bolas!...

Tiu P.—Homes, ca uno hace lo que puei... Vamo a ver qué tal surte esta otra...

Arm.—¡Tres y... ¡¡emboque!!...

Públ.—¡Bravo!, ¡bravo!... ¡Viva tiu Pedro!

Comp.—¡Vivaaa!

Tiq.—¡Chóquela, tiu Pedro!... ¡Choque esa mano!

Comp.—¡A pasearle por el corro en hombros!... ¡Arriba con él!...

Tiu P.—Homes, déjame en paz y sosiego, que ya el mí cuerpo no está pa recibir esmengones y apreturas, no sea que de tantu júbilo se m'altere el pulsu y aluego non puea birlar.

Tiq.—Tiene razón tiu Pedro... ¡A ver, gente, abran corro!...

Prós.—¿Cuántos bolos llevas contaos, *pinche*?

Arm.—Veinte, más el encache.

Prós.—¡Eso no puede ser! ¡A contar, sea dicho!

Nin.—No te molestes, Próspero, que el armador los lleva bien contados.

Prós.—No, señor, este chiquillo no cuenta con legalidad. Ahora veréis si tengo razón o no. Vamos a contarlos.

Chirris, ¿cuántos bolos tiraste?

Chi.—A cencia cierta, no lo sé, pero creo fueron dos con la primera y tres con la segunda.

Tiq.—¡Mentiroso! Si la primera se te quedó, y la segunda pasó por fuera de calles, tanto que a poco matas al armador con ella... Sí, ráscate la cabeza, mal zapatraco, a ver si brota más inspiración de ella.

Tiu P.—Vamos a ver si cuentas tú de la misma manera, Próspero.

Prós.—Yo bien sé los que tiré: cuatro, con la primera y...

Nin.—¡Rediós, patrona, éste deja corto a Chirris...!

Ming.—Si se te quedaron las dos ¡so merluzo!

Prós.—¡Bah! ¡bah! ¡bah! Por lo que veo, aquí todos vos habéis puesto al habla en contra mía.

Tiq.—No gastemos tiempo... Tiu Pedro, usted que sacó el *emboque*, ¿cuánto le pone?

Tiu P.—Eso allá vosotros, los que queráis ponele.

Tiq.—No, a usted corresponde bautizarle, que es quien le saca de pila.

Tiu P.—Pus pondrelo el *jueu*, menos unu... que se le regalo a Próspero, pa que tenga que contar.

Prós.—Oiga, agüelo, no tanto, no tanto, que con menos guasa y más pan me crió mi madre.

Tiu P.—Güenu, home, güenu, por esu no t'incomodes.

Tiq.—¡Muchachos! ¡A birlar, sea dicho!

Tiu P.—Chirris, birla tú la tuya. Dale a *media corteza* al primero, si aciertas.

Chi.—¡Chusss!... ¡Se me escapó!... ¡Qué bien enfilá iba!

HERMILIO ALCALDE DEL RÍO

Tiu P.—La asaura del cuerpu es la que se te escapa a ti, ¡condenao!... Siéntate, home, siéntate y descansa...

¡Nino!, a birlar...

Arm.—¡Vale tres y veinte, veintitrés!

Tiu P.—Tira la otra. *Ábrete*, si puedes, y enfila la *calle de fuera*, procurando dar al *oído* al primer bolo...

Públ.—¡Buena, en verdá!

Arm.—¡Vale cinco y veintitrés, veintiocho!

Tiu P.—Mingo, tú que tienes *buen compás*, amira si alcanzas a *segar* esta.

Ming.—Probaremos...

Arm.—Vale cinco y veintiocho (la edad de Cristo), treinta y tres

Públ.—Ha salido espabilao el *pinche*, que sabe acontar bien.

Tiu P.—Acaba de birlar, Mingo.

Arm.—¡Dos y treinta y tres, treinta y cinco!

Tiu P.—Tiquio, *siega* tu estas bolas.

Tiq.—No, tiu Pedro, hágalo usted que son suyas; yo *birlaré* la del medio y la de la orilla.

Tiu P.—Pus ponte hacelo, quedareme yo el último.

Arm.—¡Vale dos y treinta y cinco, treinta y siete!

Tiq.—Voy a tirar la otra.

Arm.—¡Treinta y siete y tres, cuarenta!

Tiu P.—Ahora me toca a mí... Vamos a ver qué tal surte ésta... Mal me arreglo a segarla...

Tiq.—Yo, en su lugar, la tiraría metiéndola por dentro la caja.

Tiu P.—Eso estoy probando, peru no m'arreglo bien... Allá va, lo que diere el tejo...

Arm.—¡Vale cuatro y cuarenta, cuarenta y cuatro!

Tiq.—No surtió mal del todo.

Tiu P.—Vamo a ver esta otra, que está más placentera...

Arm.—¡Vale seis y cuarenta y cuatro, cincuenta!... ¡Cincuenta y uno y el emboque, a ganar!

Públ.—¡Muy bien, tiu Pedro!

Id.—Amigo, ha quedado usted como un héroe.

Id.—Como que él sólo ha hecho la tercera parte... ¡más el *emboque*! Me parece que en esta ocasión no llevan frío los contrarios.

Mund.—Aún no es tarde si la dicha es pronta: después que tiremos hablaremos. ¡Tendría gracia que nos dejásemos ganar por esta gente!...

¡Muchachos! ¡A tirar sea dicho!

Mund.—¿Cuántos bolos llevamos hechos, pinche?

Arm.—Veintidós, con tres bolas siegas. Falta usted de tirar.

Mund.—Ya lo sé, que falto yo.

Públ.—Si sacas el *emboque* tenéis ganao el *chico*, Mundo.

Mund.—Se procurará hacer lo que se pueda... ¡Muchacho, arma bien el primer bolo, reemplazándole por uno más gordo!

Públ.—¡Me caso con Brena!... ¡Ni un pelo faltó para sacarle!

Id.—En esa está, Mundo. Afina lo que puedas la puntería, que cerca le andas.

Mund.—¡A su salud, tiu Pedro!...

Chuss!... ¡Maldito bolo que se atravesó...!

Tiu P.—¡Chócala, Mundo!... Pa qué no ha de icirse la verdá: has tirao un par de bolas... ¡güenas, porque sí!: las dos merecían *emboque*.

Arm.—¡Primer chico!

Tiq.—Echar *arriba* al otro.

Cont.—¡Arriba está!

Tiq.—¡Cara!

Cont.—¡Ella es!

Tiq.—Ponemos *raya*, ir a poner vosotros *tiro*.

Mund.—Tiu Pedro, pa que vea que no hacemos uso de venganzas ponemos un tiro que sea acomodao a su deseo.

Tiu P.—Pos yo en pago pondrevos la *raya* asemejá a la otra, aunque esta vez a la *mano*, pa que no tengáis que icir.

Cont.—Estamos conformes.

Tiu P.—Esu me apetece, que estemos toos conformes, asina a quien Dios se la dé San Pedro se la bendiga... Conque, a tirar sea dicho... Por si se me olvida: vale quince el *emboque*.

Arm.—¡Sesenta y cuatro!... ¡sesenta y cinco a *mayores*!

Tiu P.—Amigos, vos digo de veras que habéis tirao más bolos que hace un tornero en un año. Lo que es de esta no mos escapamos, si Dios no viene en ayuda nuestra...

¡Vaya, genti, a tirar sea dicho!

Tiq.—Tiu Pedro, no nos queda otro remedio que tirar al *encache*. Si estos chancletas que llevamos de compañeros supieran dejaer *caer* la bola, poniendo siquiera dos a *segar*... ¡quién sabe!

Tiu P.—Déjalo llegar, Tiquio, que ello vendrá de por sí...

¡Comience la genti a tirar!... ¡Ya sabéis, dejándolas a *arreglar*!

Tiq.—No nos queda otro remedio que tirar a *emboque*, tiu Pedro; aun así, andaremos muy apretaos: sólo llevamos ocho bolos, y quedas dos bolas. En fin, allá voy yo...

Arm.—¡Vale tres y ocho, once!

Tiu P.—*Vuelve* más la bola, Tiquio, no tan *altas*.

Arm.—¡Vale tres y... quince del *encache*, diez y ocho; más once que llevaban, veintinueve!

Públ.—¡Muy bien, Tiquio!

Tiu P.—¡Chócala, hombre, chócala de veras!... ¡Contigo pui decirse que llevo gente!... Ahora lo que me corresponde hacer a mí, es tirar a *arreglar*.

Arm.—¡Van dos y veintinueve, treinta y uno!... ¡Siega!

Tiq.—Como surta de igual manera que la anterior esa que ahora va a tirar, son nuestros, tiu Pedro.

Tiu P.—Ahora lo veremos.

Arm.—¡Uno y treinta y uno, treinta y dos!

Tiu P.—¡Qué lástima haberseme escapau!...

¡Vamos a birlar, muchachos!

Públ.—Esto va mal, tiu Pedro. Fuera de Tiquio y Nino, los demás compañeros le ayudan bien poco.

Tiu P.—¡Qué se le va a hacer, pacencia y barajar...! ¿Cuántos bolos llevamos, muchacho?

Arm.—Llevan ustedes cuarenta y nueve, faltando de por birlar cuatro bolas: corresponde a cuatro por bola para ganar, y tres con una para iguala.

HERMILIO ALCALDE DEL RÍO

Tiu P.—Mucha es la obligación pa ver de alcanzales.

Birla, Tiquio... ¡Hijucu miu, birla bien, que en nuestras manos está el honor de la familia...! Tú procura estar sereno.

Arm.—¡Vale cuatro y cuarenta y nueve, cincuenta y tres!

Tiu P.—¡Ah, corzo!... Por esi camino son nuestros... ¡Jala pa con ellos, Tiquio!

Arm.—¡Vale tres y cincuenta y tres, cincuenta y seis!...

Tiu P.—Aun no estamos perdíos, tou es como me surta la bola que está en el rincón... poca, poca confianza tengo en ella... no sé, no sé. Sin con ella tiro siquiera tres, con la de siega es fácil tire cinco, y enestonces los igualamos... A mí santo patrón encomiendo mi brazo...

Arm.—¡Vale dos y cincuenta y seis, cincuenta y ocho!

Tiu P.—¡Malu, ¡malu! ¡malu!... Ya esto gústame poco...

Públ.—¡Seis, tiu Pedro, seis para igualar!...

Cont.—¡Aquí de los hombres, tiu Pedro!...

Tiu P.—¿Sabéis lo que vos digo? Que vos quitéis de aquí y vos vaigais a sentar, que no necesito estorbos en mí derredor.

Tiq.—¡Muy bien dicho, tiu Pedro...! ¡Vaya, abra plaza todo el mundo!... Ya puede tirar.

Tiu P.—Estoy amirando si meterla por drento de caja, a coger el *dos*, o tirarla por juera a meter bolos por drento. En fin, allá va... ¡San Pedro me valga!...

Arm.—¡¡Vale siete!!! ¡¡Partido ganado!!

Públ.—¡Viva tiu Pedro!

Comp.—¡Vivaa!

Todos.—¡A pasearle en hombros por la bolera!

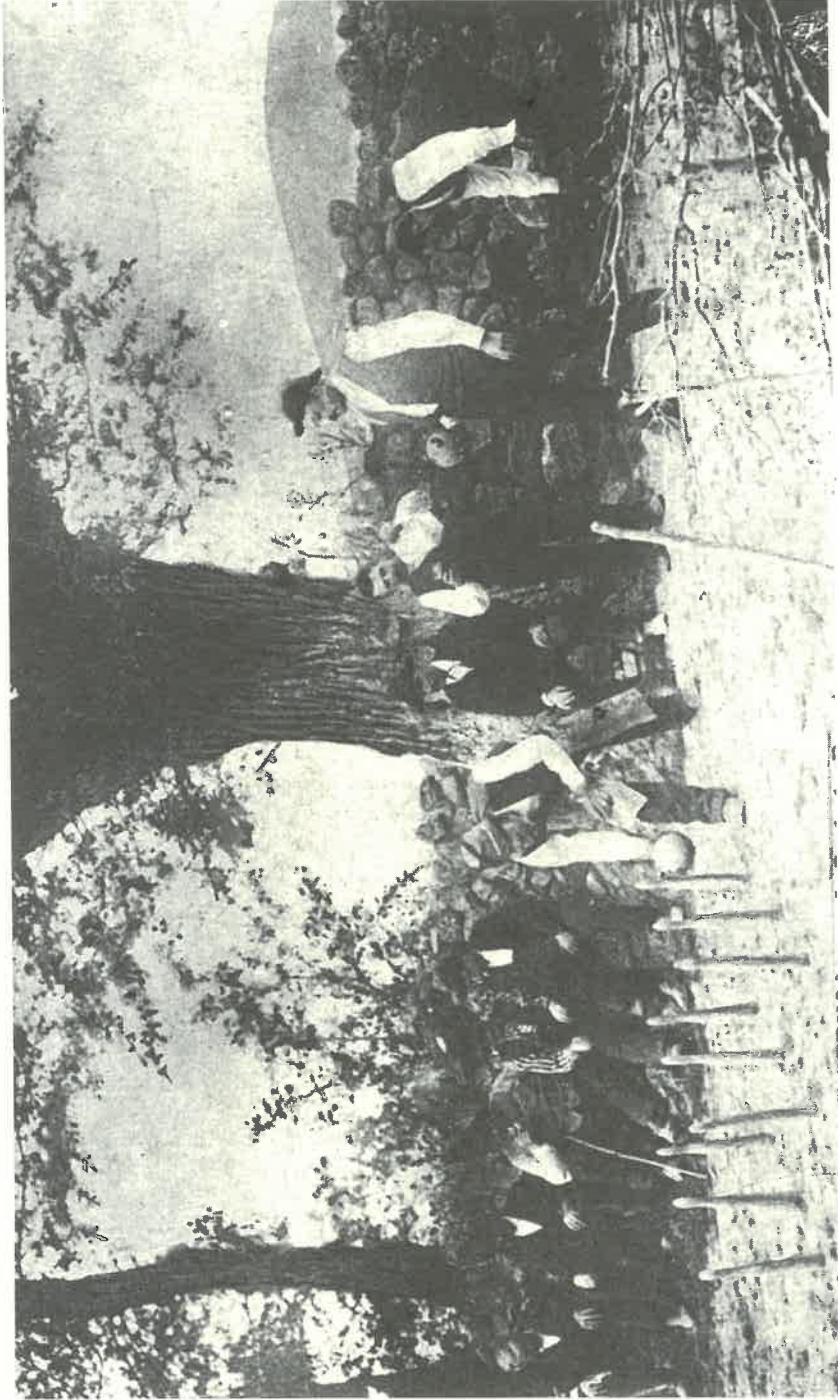
Tiq.—Vaya, muchachos, entremos en la taberna a tomar una azumbre de vino, que la cosa bien lo merece.

Públ.—¡Próspero!... ¡Sea enhorabuena, por lo bien que lo habéis hecho...!

Prós.—¡Amigos, es que sé bien trabajar y dirigir!

Públ.—¡Adiós, Briján!...

(En *Escenas cántabras*, 1914, págs. 227-250.)



Un birle a barrer dos calles.

José María Eleuterio Ortiz Obregón. N. en Llerena (Santander) el 20-II-1860. M. en Cartes (Santander) el 14-II-1918. Además de su copiosa colaboración en la prensa de Santander y Torrelavega, publicó, como médico, dos obras: Folleto de propaganda, Torrelavega, 1897, y La hidroterapia en la Montaña, Torrelavega, 1909.

EL JUEGO DE BOLOS

Esta simpática y popular diversión montañesa arrastra, desde hace tiempo, vida lánguida y decadente; el año último, sin embargo, pareció resurgir con nueva vitalidad, debido al movimiento iniciado ya en algunos de los anteriores, merced a los concursos y especialmente a la reseña de éstos, constituyendo las noticias de los diarios santanderinos tema interesante de discusión para los muchos y buenos aficionados de la provincia.

La bolera tiene sus mayores enemigos en los establecimientos de bebidas y en la baraja; por consiguiente, en nombre de la cultura, de la higiene y hasta de la moral se debe estimular la afición al juego de los bolos, particularmente en las aldeas, declarando con ello guerra sin cuartel a los naipes y al embrutecimiento de la taberna.

Afirman algunos que nuestra típica diversión carece de interés y emoción, pero los que tal cosa dicen ignoran sus múltiples e imprevistos incidentes: bolos son demonios. En efecto, más de cuatro veces, estando los presuntos gananciosos poniéndose la chaqueta y recibiendo felicitaciones por su triunfo, la última bola de los contrarios mete un cuarenta, causando allí el mismo efecto que produce en las peleas de circo el espolazo con que mata a su rival en las convulsiones de la agonía un gallo moribundo: otras, el resultado de un desafío interesante depende de la caída de un bolo, y éste es lanzado fuera de la caja, oscila, se tambalea y vuelve a su posición vertical después de haber estado en el aire como la torre de Pisa.

Ciertamente que en el corro no suena la plata como en otras "diversiones"; en cambio, se bate el cobre por la negra honrilla de localidad o el amor propio de la persona; se hace un ejercicio moderado sin llegar a la sofocación y al cansancio; entra en actividad la vista, midiendo distancias para calcular por ellas la potencia impulsiva y el músculo al despedir la bola, echando al mismo tiempo el guardafrenos de la serenidad a la rebeldía de los nervios; no tiene tampoco los peligros que amenazan al torero, al hockey, automóviles, etcétera, los cuales necesitan llevar a todas horas el credo en la boca y el árnica en el bolsillo.

Por las circunstancias referidas, ora relacionadas con la salud y la higiene y aun algunas de muy elevada consideración, se puede recomendar en ciertas condiciones (corro particular con bolera adecuada, cuarto tocador, botones para entregar las bolas, etcétera) a las mismas señoras, tan poco sobradas de buenos entretenimientos, pues ellas no se van a poner en ridículo y peligro de muerte ante la cabeza de un Miura, sentar plaza de Amazonas o lanzarse en vertiginosa carrera automovilista facturadas en doble velocidad para Ciriego.

Hasta en cuestiones de indumentaria es preferible el gallardo juego montañés a los sports exóticos; toreros, hockeys, ciclistas, pelotaris, etcétera, usan como distintivo en el ejercicio de su profesión diversos colorines (algunos bien arlequinescos), mientras nuestros jugadores salen a la plaza con su traje de gala y en mangas de camisa o camiseta escotada, luciendo la arrogante cintura del cuello, músculos de atleta y un perímetro torácico que no les exime del servicio de las armas ante la comisión mixta de reclutamiento.

Con mayores y mejores títulos, pues, que la inmensa mayoría de los números del programa de verano, debe figurar en éste por derecho propio el concurso de bolos, pues tratándose de festejos populares en la capital, únicamente puede reconocer prioridad y supremacía, en honor al puerto, a los relacionados con la afición náutica, los demás... hagan el favor de irse retirando para la cola.

Quienes sientan entusiasmo por la idea pueden ampliarla, difundirla y defenderla en los periódicos, interponiendo su valiosa influencia con la comisión de festejos; de ese modo, contando con la "palanca" de la prensa y el "punto de apoyo" de la comisión, se tiene en la mano las dos cosas que pedía el célebre matemático de Siracusa para mover la Tierra.

¿Existirán dificultades? Seguramente, no; si surgen se arrollan y vencen. ¡Pues no faltaba más que encuentren facilidades todos los sportistas y haya obstáculos para el juego de bolos!

Aprovechando la ocasión de encontrarse en la capital por la época del certamen muchos forasteros e ilustres veraneantes, y en el muy fundado supuesto de que quieran presenciar el simpático entretenimiento montañés, convenía iniciarlos antes en sus variadas y hábiles incidencias, pues pudieran figurarse, viendo tirar bolas y más bolas, era aquello muy monótono y el ejercicio, autómatas y mecánicos; el asesorar particularmente a las personas aludidas, pues no "pega" en la plaza un explicador público lo mismo que en el cinematógrafo, corresponde a los vocales competentes de la repetida entidad encargada de escribir la brillantísima página de los concursos en la historia del arte que inmortalizó Perico el Campengo, el más grande de los colosos que ha pisado boleras.

Conforme todos en la conveniencia de los concursos, siquiera por el alto interés social que representa el contrarrestar con ellos la desmedida afición a los naipes y su silueta, el embrutecimiento tabernario, vamos a emitir, respecto a dos puntos esenciales de ellos, su duración y número de partidos, una opinión particular y personal, quizá un poco atrevida y sin quizá un algo temeraria: generalmente se prolonga por varios días debido al exceso de partidas; pues bien, en nuestro humilde concepto con un día festivo del mes de julio o de agosto es suficiente, y con tres partidas, bastante; es más, no dudamos en nombrarlas: las de Ricardo Rivera, Tomás Varillas y Darío, es decir, Santander, Torrelavega y el Puente de San Miguel. En el próximo número razonaremos la propuesta, defendiendo la enmienda por el orden que siguen los diputados en el Congreso, empezando por las más radicales y descabelladas... ¡y más descabelladas y radicales!

II

Se habló ayer tarde en una concurrida bolera del artículo publicado por la mañana en *El Diario Montañés*, haciéndose entre los presentes muchos y variados comentarios que pueden condensarse en el diálogo sostenido por dos jóvenes inteligentes, cuyos nombres corresponden a las iniciales A. y B. Decían así:

A.—Protesto contra esa limitación de partidas y más todavía del señalamiento de ellas; conste que donde yeguas hay potros nacen, y aquí mismo, sin salir de la plaza, pueden presentarse tan buenos jugadores como lo sea el primero de esos caballeros del monopolio.

B.—No lo dudo, al contrario, lo creo; así y todo, me parece bien lo de restringir el número, pues de ser libre la inscripción todo el mundo se considera capacitado para acudir a ella y resultando muy difícil en la práctica las selecciones, presenciaríamos un interminable desfile con vistas al hastío y al aburrimiento. Excelentes jugadores —añade—, ¡ya lo creo!, hay muchos; pero lo verdaderamente difícil es la agrupación de cuatro de ellos en forma tal que resulte una partida completa; la inmensa mayoría de éstas, algunas precedidas de gran fama, desarrollan en el campo del honor el juego siguiente: uno de los concursantes resulta fenómeno, está archisuperior y queda allí como los propios soles; otro cumple, hace su parte y aun le sobra de ella para ayudar a sus compañeros; el tercero, por ignorancia o falta de serenidad, se aturde, no da pie con bola, lo echa todo a perder y se pone, ante el público, pasmado o perlático; el último es un excelente jugador que en el momento crítico, “por presumir y lucirse”, contra el consejo de sus compañeros, pega un estacazo, resultando “morra”, perdiendo de este modo la partida, cuando pudo ganarla tirando al dos con golpe atrás y sobre abierto; de este modo birlaba, además, su bola desde cerca de “siega”; desde las orillas “al castro”; en el centro, buscando la “panoja”, pues de ir a “oído” podía resultar “conejo”.

A.—Chico, si hablan de ese modo en la plaza, los forasteros y muchos curiosos pensarán que se ha declarado el griego el lenguaje oficial de la bolera.

B.—Ese tecnicismo lo conocen en la Montaña los chiquillos de pecho y sería la misma extrañeza del portugués asombrado de que supieran hablar el gabacho en Francia ¡hasta los niños!, cuando costaba tanto aprenderle mal a los viejos fidalgos de su tierra.

A.—¿Se puede saber qué méritos extraordinarios tienen esas partidas para otorgarles el indiscutible honor?

B.—El haber ganado premios en muchas ocasiones; la fama respectiva de las localidades que representan, y el de estar muy entrenadas, mejor dicho, zurridas, pues la inmensa mayoría de estos maestros pueden escribir, sin menoscabo de la verdad, la palabra “jugador de bolos” como su oficio en la casilla correspondiente a la profesión en las cédulas de empadronamiento.

A.—¿Por supuesto, esos señores “estancarán” la contrata a perpetuidad?

B.—Tampoco; durante las grandes fiestas de agosto se puede convocar a oposición en la bolera de La Llama, otorgando a las partidas que obtengan los tres primeros premios el honor de alternar con las referidas en el concurso provincial del año próximo venidero. ¿Parecen poco la media docena?, pues nueva convocatoria para cubrir otras tres plazas, con las mismas condiciones, durante las famosas ferias de septiembre en el Puente de San Miguel, llegando de ese modo al número máximo de jugadores y aun pueden quedar algunas partidas de reserva (las que obtengan accésit) para sustituir a las que se disuelvan o por cualquier motivo no asistan a la inscripción.

Hasta aquí el diálogo; después de las explicaciones correspondientes convinieron todos en que sería un espectáculo muy hermoso ver a esas partidas disputarse los números de orden, y de gran efecto sugestivo la proclamación del campeonato provincial; respecto a la forma de llevarse a cabo proponían en hipóte-

JOSÉ MARÍA ORTIZ OBREGÓN

sis, claro está, lo siguiente. Calculando en una hora la duración del partido puede jugarse, previo sorteo, seis al día, tres por la mañana y otros tantos en la tarde, con esta combinación, por ejemplo:

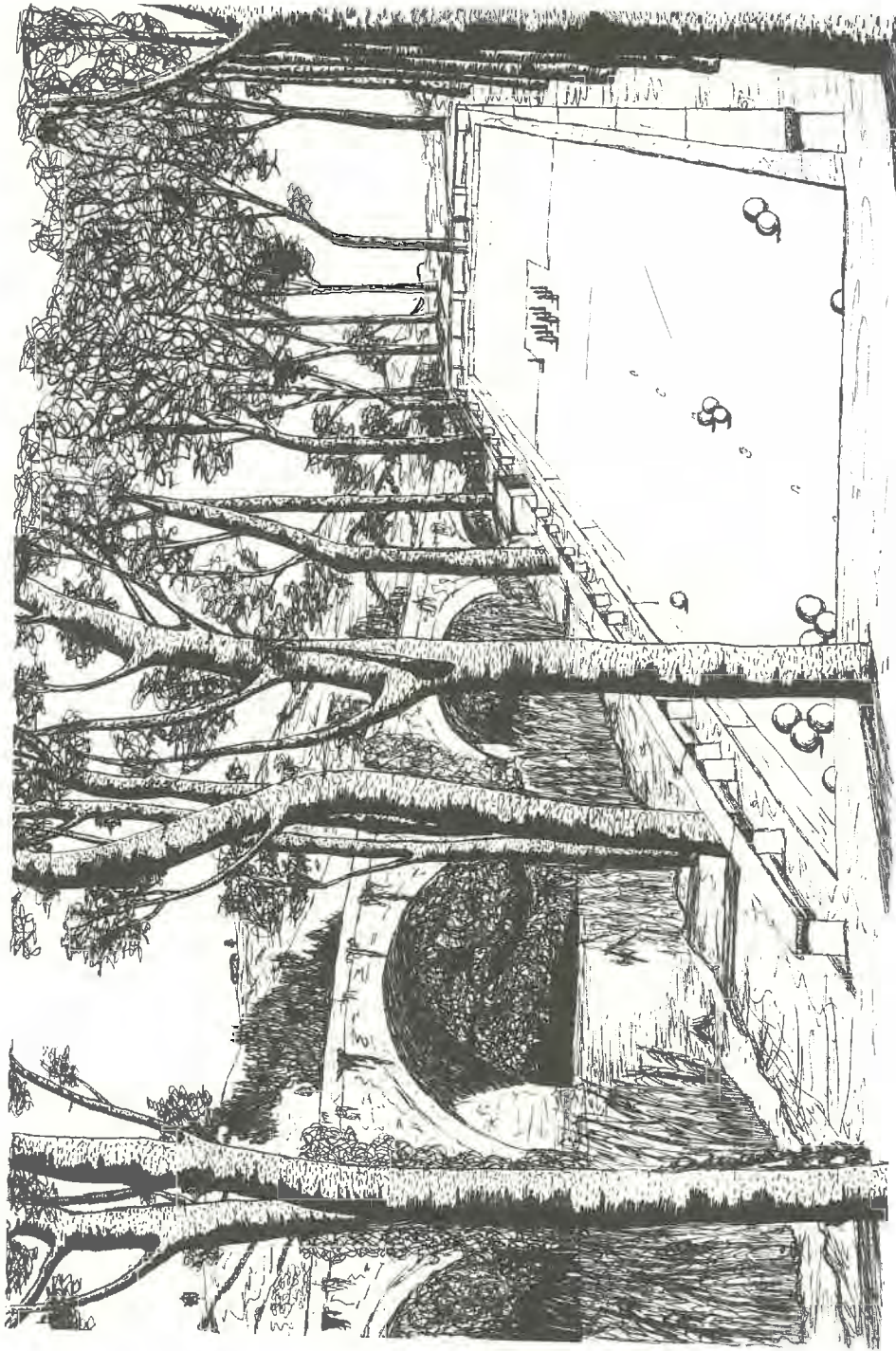
Mañana.—Primera con tercera, tercera con segunda, segunda con primera.
Tarde.—Primera con tercera, tercera con segunda, segunda con primera.

Si se presentan otras partidas con mejores títulos que las mencionadas, ¡bien venidas sean!, redundando su intervención en beneficio de este recreo higiénico e inofensivo, de rancio abolengo regionalista y castizo sabor montañés; no dejemos perder las tradicionales costumbres cántabras que forman una parte curiosa de nuestra historia provincial; procuremos retornar a los benditos tiempos de nuestros mayores, cuando las bebidas alcohólicas se despachaban en las boticas por medio de receta, y los hombres, en las aldeas, después de rezar el santo rosario en la parroquia las tardes de los días festivos, marchaban a divertirse, honesta y "parcialmente", en la plaza de bolos. Constituiría una vergüenza que no se celebrase el concurso oficialmente en la capital de la provincia, pues, al fin y al cabo, no es incompatible tampoco con el fomento de la raza caballar. ¿No encontrará la idea un "padrino" para presentarla en la comisión de festejos?

A última hora, si todo lo escrito se reduce a caldo de borrajas, el autor de estas líneas recitará en sus soledades el conocido y famoso balance de indumentaria hecho por el padre de un estudiante:

*Lista de la ropa blanca
que mi hijo Crispín
llevó a Salamanca.
Primeramente un calcetín...
y aquí dio fin
la ropa blanca
que mi hijo Crispín
llevó a Salamanca.*

(En *El Diario Montañés*, 23 y 24-IV-1917.)



Bolera "El Muelle", en Oruña de Pielagos.

Ezequiel Cuevas. N. en Santander, el 3-III-1885. M. en Santander, el 26-VIII-1965. Popular periodista en la prensa santanderina: El Pueblo Cántabro, El Cantábrico, Alerta y Hoja del Lunes, y como colaborador de El Norte de Castilla, ABC y la revista Blanco y Negro. En su juventud publicó dos libros: Cachos de vida, Barcelona, 1906, y Amadoras, Santander, 1907.

DEL NATURAL. LOS BOLOS

Como nos da lo mismo, pongamos un pueblo cualquiera. Espinilla, por ejemplo, en el corazón del admirable Campoo. Junto a la bolera hay un campo verde, luego otro, después otro, y diez, y ciento y mil. Todos tienen yeguas y vacas y borregos pastando, y árboles pequeños y gordos, en cuya copa ha hecho su nido la cigüeña.

Al final de los campos comienzan a escalar las nubes las montañas, unas montañas grandes, inmensas, ingentes, con las faldas cubiertas de verdor y las cimas pintadas de blanco por la nieve. El cielo es azul, y hay sol para sudar, sol para achicharrarse, sol para gozarle intensamente, desde el pie de un chopo, cubiertos por la sombra. A la taberna llegan coches de Reinosa con gentes que vienen a merendar al campo, y mientras las bestias y los carruajes aguardan en el camino, los que en ellos llegaron se esparcen por los prados, tendiendo en ellos manteles y viandas.

La bolera está cuajada de jugadores y aficionados, y el vinillo corre de boca en boca, cayendo a chorritos desde el pitón de la bota repleta, refrescando los gaznates que se abrasan por el calorazo del día y el ejercicio del juego. Pasa una motocicleta volando hacia Proaño y su ruido estúpido pone una nota anacrónica en el vetusto paisaje montaños.

Uno que juega.—Pide a ver quien es mano.

El otro.—Cara...

Un mirón.—Es más cruz que la de Dimas...

El jugador.—Tiramos nosotros... Poner el cache...

Un contrario.—Pónsele a la mano y bien difícil, que hay que defender la quartilla de vino.

Un mirón.—Igualito que ese se le vi yo meter a Mallavia en Torrelavega.

El cura de Villacantid.—Tira baja la bola y que dé de plano. Así no, hombre de Dios... ¿Lo ves? ¡Conejo!

El que tira.—Si es que la cansera no da ánimos para nada... Allá va esta otra...

El chico que arma.—Unooo..., y..., dooos..., treeees...

Otro que tira.—Esta va por usted, señor cura...

El cura.—Pues sí que te has lucido, hijo mío... "Ego te absolvo...".

Uno de Mazandrero.—¡Pero si no jugáis ni tanto! Iros al mostrador y pagar, que estáis perdiducos...

Otro tirador.—Ya lo veremos eso, por lo pronto ahí va esa bola.

El chiquillo.—Trees y trees... seiis...

EZEQUIEL CUEVAS

El cochero de la línea.—Si desengacho al Reverte y le meto en el corro juega más que tú.

Un jugador.—Ahora veras tú al birlar.

Un indiano.—Buena voz tiene la de Emerencio.

Un mozo.—Por eso no baila..., porque la gusta lucirse.

El cura.—Vamos a ver que hacéis vosotros ahora... Al que haga el cache le convido de mi cuenta.

Un jugador.—A verlo vamos, señor cura... Fíjese usted en la bola: "alta y picona...". ¡Le ha pasao rozando!... ¿Y esta otra?...

El indiano.—Si no subís treinta bolos, estáis perdidos.

Don Pepín, el canónigo.—¡Buena bolada! A poco más te siegas la caja... Ya he dicho yo que en toda la redonda no hay otro jugador...

El cura.—Pero desde el tiro no hace nada... y ya sabe usted, don Pepín, que el emboque no se mete desde aquí...

El boticario de Espinilla.—Así es, señor cura, pero bueno son los tantos para contar.

El chiquillo.—Seeeis... y... sieeete... trece...

Un vaca.—¡Muuu!...

Una moza de Riaño (en el baile): Me tiraste una flor, me distes en el pelo. Sólo lo paga el amor el daño que me has hecho...

Uno que tira.—Si no le mete, me como la nuez... Ahí va... ¡Hecho!

Todos los que hay en la bolera, jugadores y comentaristas, se lanzan a estrechar la mano de aquel hombre que ha metido el cache. Él sonrío feliz, como si hubiera hecho una hazaña heroica. Vuelve a pasar la bota por los labios de todos y se detiene más que en ninguno en los del triunfador. El cura le paga la convidada, el indiano le da palmaditas, los que con él jugaban le acarician y le estrujan, los contrarios le felicitan.

Con el final de la partida coincide que se va el sol y los coches de Reinosa y las mozas del baile.

Así ha pasado una tarde de domingo en la aldea. Todo ello se ha reducido a un juego de bolos y a un baile casto en el camino. Cuando sale la luna y la paz de la noche cubre los campos y las montañas, la voz de la cantadora del baile vuelve a sonar, pícara y maliciosa:

*Caminito del amor,
tiene la luna dos cuernos
y uno de ellos es traidor.*

(En *El Pueblo Cántabro*, 14-XI-1920.)



Boleras de Ontoria y de Cabezón de la Sal.

Manuel González Hoyos. N. en Ontoria (Santander) el 1-IX-1900. Aparte su labor como periodista, publicó los siguientes libros: La Roma inmortal, Santander, 1934. Hervores (poesías), Santander, 1935. Esto pasó en Asturias, Burgos, 1938. Italia imperial, Madrid, 1940. Poema de las piedras rotas, Santander, 1944. La soledad sonora, Santander, 1945. Alabanza del buen amor, Santander, 1949. Canción de boda, Santander, 1949. Cancionero de la España eterna, Santander, 1949. Las pisadas de los días, Santander, 1949. Santillana del Mar, libro de piedra, Santander, 1949. Alejandro Nieto. Selección y estudio. Santander, 1950. Lluvia de estrellas, Santander, 1950. Maitines de la trapa, Santander, 1950. Por los caminos de España, Santander, 1950. Cuando la vida empieza, Santander, 1951. En la paz del camino, Santander, 1951. El lenguaje de las piedras, Santander, 1952. El mastín de Castilla, Santander, 1953. Cuando los celos lloran, Santander, 1956.

DEPORTES REGIONALES

Es una añoranza, es un recuerdo de mis tiempos de estudiante. No había llegado a mi aldea el exotismo en modas ni en deportes. A la sombra de los castaños y nogales, en derecha hilera colocados, se abría el rectángulo del corro de bolos.

Sobre una piedra a medio labrar, colocada a semejanza de un dolmen driúdi-co en una bandeja de latón, veíanse vasos de vasta reciedumbre, llenos de vino sangrante y una jarra panzuda y desportillada era una como fuente improvisada del preciado licor.

Los señoritos del pueblo —generalmente estudiantes, que gozaban de las delicias de unas vacaciones en su aldehuela—, despechugados, arremangadas las mangas de la camisa, dejando ver un brazo blanco, recio y musculoso, rendían culto entusiasta a nuestro deporte, al deporte genuinamente montañés.

Era su mayor placer jugar a los bolos en las tardes soporíferas de verano, en que arde el campo, crepita el heno; crujen, se doblan y desfallecen las panojas en los maizales.

Era grato el tableteo de los bolos al rodar entrelazados, torpes y alborotadores, al impulso machacador de la bola diestramente tirada.

La voz del zagal que al armar de nuevo la baraúnda, iba cantando con tonillo isócrono el número de los caídos, sonaba bajo el toldo de la nogalera como el canto de un malvís.

A veces también, cuando la bola, certera y maligna, después de golpear en seco el primer bolo de la calle del medio, torcía rápida hasta volcar violenta el agazapado emboque, era de ver los palmoteos, chocar de manos, risas y comentarios de aquellos mozalbetes bulliciosos, que sabían mejor emocionarse ante un emboque limpio y marcado, que ante una faena tauromáquica de Belmonte o un "chut" formidable de Zabala.

¡Oh, mis tiempos de estudiante! ¡Oh, el nunca bien ponderado juego de bolos! ¿Quién dijo que no era artístico? ¿Quién afirma que es plebeyo? ¡Si era una delicia ver el gesto elegante del discóbolo al afianzar el pie en la estaca, fijar la vista en el punto de ataque, encoger los músculos, alzar la frente, contener la respiración... y luego, como un muñeco a quien se le rompe el escondido mecanismo, desdoblar rápido el brazo, doblar el busto a medida que la bola cae, y luego, allá en la caja, el ruido de los bolos arrastrados y zarandeados!

De toda aquella belleza campesina, no apreciada lo bastante por no ser conocida, sólo nos queda en los pueblos una memoria al amparo de los ancianos, y cuando éstos desaparezcan...

Los jóvenes de hoy gustan más del deporte inglés, medio desnudos, en los

MANUEL GONZÁLEZ HOYOS

prados en que el sol abrasa y les deshace en sudores y cansancio. ¿Más higiénico? Concedido. ¿Más español, acaso, o más montañés? ¡La filiación, por lo visto, es lo de menos!...

Yo quisiera que si algún montañés queda que ame como se debe amar a este deporte, exponga en estas columnas su parecer al lado del mío. ¿No dicen que la unión es fuerza? Las columnas de *La Región* están a todos abiertas. Vengan, pues, las adhesiones, el plebiscito de los montañeses y quizás logremos interesar a *esos muchos* en aquello en que *unos pocos* estamos interesados.

(En *La Región*, 18-VI-1924.)



Bayeu, Ramón: Tapiz conservado en el Palacio de El Pardo.

Baldomero Fernández Moreno. N. en Buenos Aires (Argentina) el 15-XI-1886. M. en Buenos Aires (Argentina) el 1-VII-1950. Autor de los libros: Las iniciales del Misal, B. Aires, 1915. Intermedio provinciano, B. Aires, 1916. Ciudad, B. Aires, 1917 (reedición en 1949). Por el amor y por ella, B. Aires, 1918. Antología. 1915-1918, B. Aires, 1918. Campo argentino (provincia de Buenos Aires), B. Aires, 1919. Versos de Negrita, B. Aires, 1920 (Ed. red. de 1920 y otra, ordenada, de 1956). Nuevos poemas: Ciudad, Intermedio provinciano, Campo argentino, B. Aires, 1921. Canto de amor, de luz y de agua, B. Aires, 1922. Mil novecientos veintidós, B. Aires, 1922. El hogar en el campo, B. Aires, 1923. Aldea española, B. Aires, 1925. El hijo, B. Aires, 1926. Poesía, B. Aires, 1928. Décimas, B. Aires, 1928. Ultimo cofre de Negrita, B. Aires, 1929. Sonetos, B. Aires, 1929. Cuadernillos de verano: Córdoba y sus sierras, Mar del Plata y Montevideo, B. Aires, 1931. Dos poemas: La tertulia de los viernes. Epístola de un verano, B. Aires, 1935. Seguidillas, B. Aires, 1936. Romances, B. Aires, 1936. Continuación, B. Aires, 1938. Yo, médico; yo, catedrático, B. Aires, 1941. Buenos Aires: ciudad, pueblo, campo, B. Aires, 1941. Antología 1915-1940, B. Aires, 1941 (hay otras ediciones, hasta seis, con más o menos variantes. La última es de 1954). San José de Flores, B. Aires, 1943. La mariposa y la viga: Aire aforístico, Aire confidencial, B. Aires, 1947 (hay otra edición de selección y estudio por Raúl Gustavo Aguirre, de 1955). Viaje del Tucumán, B. Aires, 1949. Parva, B. Aires, 1949. Suplementos, B. Aires, 1950. Penumbra. Libro de Marcela, B. Aires, 1951.

En el t. I de la *Antología de escritores y artistas montañeses*, págs. 9 y ss., se justificó razonablemente la inclusión de este escritor entre los de la Montaña, no sólo por su ascendencia paterna, ni por su estancia en tierra cántabra desde 1892 hasta 1897, en el pueblo paterno de Bárcena de Cicero, ni siquiera por su reconocimiento de que su instrumento literario —la lengua— era la de

*Un hablar montañés de viejecita bruja,
que narra una conseja mientras mueve la aguja.
El mismo que ennoblece, hermanos, mi cantar.*

(*Genealogía. Inicial de oro*, en id., pág. 5.)

sino además porque veintiocho años después de dejar para siempre Bárcena de Cicero, vuelva a recordar ese pueblo, y también el de San Pedro de Soba, con emocionada precisión. Y de ese libro de recuerdos, *Aldea española*, nos ha parecido que sería bien traer aquí los textos (apenas si un verso suelto, si unas breves frases) alusivos al juego montañés de los bolos. Estas memorias, las de *Aldea española*, de 1925, y las de *Vida. Memorias de Fernández Moreno*, en 1957, “aunque recordadas por un hombre, están hechas con sustancia infantil... son páginas españolas por el recuerdo que las informa, argentinas por la mano que las trazó”, como dice su autor. En Bárcena cursó las primeras letras —como en Madrid inició brillantemente sus estudios bachilleriles— y en Bárcena jugó con los demás colegiales al marro, a las cuatro esquinas (en el porche de la iglesia), a la tigre, a la peonza (en la carretera), a las nueces, juegos que describe con justeza y galanura en sus memorias.

No era todavía (de cinco a ocho años) la edad de jugar a los bolos. Pero el juego la impresionó. Así, en su soneto a Bárcena, pese al cuarto de siglo largo transcurrido entre su infancia en Bárcena y la fecha (1924) de la composición, no falta —en el segundo verso del primer terceto— su recuerdo de la bolera:

*Me dicen que ahora el tren hasta Bárcena llega,
antes era un puebluco retuerto y a trasmano:
un barrio viejo y pobre, barrio de la Bodega,
y el caserón flamante de alguno que otro indiano.*

*Una tienda espelunca llamada la Pasiega,
con bártulos de mar y avios de aldeano,
una botica, pura belladona y senega,
y la casa del párroco y la del escribano.*

*Barbería y fielato; parador y taberna
con la bolera al lado y la cajiga eterna...
Yo, poeta argentino y autor de este soneto,*

*he habitado este pueblo, vivido entre sus hombres,
mirado sus paisajes, trabucado estos nombres:
Santillana, Escalante, Reinosa, Limpias, Treto.*

Además de esta alusión poética, hay en su *Vida* una prueba de que, si no practicar el juego, como espectador distinguía el

pasabolo —“el violento ejercicio montañés”— del emboque —“juego también de bolos, pero más de personas graves” (pág. 24).

B. FERNÁNDEZ MORENO

Y en la descripción del "Palacio" de los Gutiérrez, en San Pedro de Soba —donde el poeta pasó temporadas—, alude al lugar

"entre montones de rozos, sacos de salvado y aperos, donde guardaban los críos "los juguetes mayores: un juego de bolos que nos habíamos fabricado, hondas davídicas, trallas de carretero, algún cuchillo cachicuerdo y otros objetos, que no queríamos que nos descubrieran".

Y no deja de anotar que

"frente al Palacio estaba la bolera. Sobre un tablón resbaladizo se erguían tres bolos pesados y altos como trinquetes; las bolas, desmesuradas, pasaban zumbando delante de nosotros. Siempre había algún partido, y no sé de dónde salían los jarros blancos y floreados con su azumbre de vino pendenciero. Todo estaba sombreado por hermosos árboles"... "Tal cual partida de bolos, como se jugara en aquella región: tres muy pesados sobre un tablón angosto y regado. Bolas con agarradera muy lustrosa..."

(En *Aldea española*. Buenos Aires, 1925.)



González Ruiz, Antonio: Tapiz en el Palacio de El Pardo.

Victor de la Serna y Espina. N. en Valparaíso (Chile) el 15-I-1896. M. en Madrid el 25-XI-1958. Además de su fecunda y brillante obra en revistas y periódicos, publicó los siguientes libros: Doce viñetas, Santander, 1929 (2.ª ed., Santander, 1975). Nuevo viaje de España. La ruta de los Foramontanos, Madrid, 1955 (y nuevas ediciones en los años 1973 y 1979). Nuevo viaje de España. La Vía del Calatraveño, Madrid, 1959 y 1976. España, compañero, Madrid, 1964 (una segunda edición de 1976).

LOS DISCÓBOLOS

Hay algunos movimientos viejos y estilizados del cuerpo humano que han quedado hechos línea y canon en una decena de aciertos del arte universal. Cada uno de esos movimientos es como la expresión cinematográfica de una época, como el trazo rotundo que la define. En la Grecia arcaica el auriga de Delfos y el discóbolo de Mirón; en la Grecia clásica, el Apoximomenos de Lissipo, y en la Grecia decadente, el Laocoonte.

Quién sabe cuál será la síntesis de nuestra época. Yo quiero pensar que la obra maestra que la defina esté más cerca del Pensador Rodin que de otra cosa.

Quiero tan sólo hoy hacer resaltar como un bello caso de supervivencia de un viejo movimiento ya estilizado, el caso del jugador de bolos.

El jugador de bolos adopta bajo las frondas de las boleras montañesas, la bellísima y venerable línea del discóbolo que captó Mirón en su bronce inmortal. Ni una línea más ni una línea menos. Tan sólo una belleza más a favor del discóbolo rural de nuestras boleras; que mientras el atleta de Mirón concentra el pensamiento y la vista en el disco que va a lanzar, el discóbolo montañés pone la atención en el horizonte, dándole una nobleza más a la expresión.

El juego de bolos montañés, a fuerza de practicarse siglos y siglos, a fuerza de arraigarse en el alma de la raza, ha llegado a su período de clasicismo. Hoy el juego de bolos es algo consustancial a la Montaña. Pero, además de esto, ha dejado de ser un divertimento rural y bárbaro para convertirse en un verdadero deporte, con su estilo, su técnica, su gracia trascendente y universalizada, capaz de interesar a quienes no sean montañeses. De aquí que comience a extenderse, trasvasando las fronteras históricas de la Montaña, y a tener inclusive una "escuela" en Ultramar, de manera muy especial en Cuba.

El juego de bolos es un deporte señorial y noble, que ha suprimido la trampa y la ventaja, en que forzosamente se es caballero. Algún tiempo fue un deporte de señores, y era rara la casona o el palacio montañés que no tenía su corro. (Aquí quiero hacer un alto para que ustedes, lectores, observen cómo la palabra corro no es otra cosa que la forma romance de una palabra latina "cors, cortis", que, en inglés hace "court", palabra que nuestros "tennismen" usan muy orondos, acaso sin saber que la montañesísima y únicamente montañesa palabra "corro", aplicada al concepto de campo de juego, quiere decir lo mismo.)

Aun hay algunas casas, como la finca de los Mac Lennan, en Luzmela, en que lo mejor del parque está destinado a corro de bolos. Yo he visto a muchos huéspedes ingleses —entre ellos recuerdo un obispo irlandés— entusiasmados en aquel corro viendo jugar y aun practicando magistralmente el deporte montañés.

VÍCTOR DE LA SERNA

Yo me pregunto cómo es posible que entre los deportistas montañeses haya tardado tanto en nacer la idea de reglamentar y fijar el juego de bolos, dándole cabida dentro de las Federaciones de deportes o creando una Federación Española de este deporte exclusivamente.

Cualquier otro pueblo de personalidad más definida que el nuestro (nosotros no es que no estemos definidos, que lo estamos, sino que no acertamos a expresar nuestra personalidad de una manera seria), cualquier otro pueblo más preocupado de hacer trascender su propio espíritu a los demás, hubiera hecho del deporte de los bolos, no voy a decir yo que una bandera de regionalismo, porque esto sería ridículo, pero sí un escabel de tantos para aupar su personalidad entre el resto de las comarcas españolas.

Yo estoy bien seguro de que si los vascos, por ejemplo, tuvieran regional el juego de bolos tal como se practica en la Montaña, con esa perfección y esa "estilización" de que hablaba antes, a estas fechas España entera jugaba a los bolos.

Exaltar este deporte tan fino, tan elegante, es deber de los artistas en primer lugar, de los señores montañeses, en segundo lugar, porque de esta manera vuelven por los fueros del deporte de sus abuelos. Y, por fin, es deber de los deportistas.

Yo recuerdo que hace años un muchachote montañés, fuerte como un roble, que hizo estar a raya a la puerta de la Universidad de Madrid a un batañ de bigardos en una ocasión, Manolo Garnica, que hizo famosos sus puños y sus espaldas en la generación del año 14, consiguió que hubiera una bolera en el campo del Athletic Club de Madrid. Acabó habiendo dos boleras, y ya empezaban los deportistas madrileños a interesarse por el deporte montañés, que ignoro al fin cómo desaparecieron de aquel lugar.

Es triste que lo que pudo conseguir un montañés entusiasta, entre vascos, no lo pueda hacer el Racing Club, por ejemplo, en sus Campos de Sport.

Los discóbolos montañeses, dibujando su silueta airosa, tan antigua casi como la civilización occidental, sobre el tapiz de los corros, esperan que alguien les exalte por encima de la batahola pedestre del "fútbol", que se tambalea ya por inútil, porque ni siquiera satisface el instinto circense de las masas.

Regatón.—Moncho Lavín y Mariano Lastra, los dos unidos por la noble artesanía de vuestra carrera y por vuestra afición al deporte de vuestros mayores, en el que también sois maestros: Por el recuerdo de nuestra mocedad en aquella boleruca de la calle de Leganitos, frente a aquel potroso "cine" de la Flor, donde jugaron Varillas y Roviralta y donde nosotros gastábamos unas horas a la semana, por vuestra arraigada y seria veta de montañeses, a vosotros dos pido que contribuyáis a la exaltación de este viejo deporte, que pareció adivinar Mirón el fundidor de Atenas.

(En *El Faro*, 3-X-1928.)

UNA TERTULIA Y UNA PARTIDA DE BOLOS

Esta excursión dominguera que emprendo casi todas las semanas sin rumbo fijo y "a donde caiga", me suele traer de pronto una rociada, una "rosada", como diría un campesino, de montañesismo auténtico y cordial, muy lejano de ese otro montañesismo convencional, lleno de falsedades y de ignorancias que tienen por ahí algunos.

Convencido cada día más de que nuestro espíritu y nuestro carácter son algo definido y concreto, algo típico y diferenciado, que únicamente tarda en hallar formas de expresión, busco el contacto con hombres que sientan como yo siento este fenómeno de la raza y quieran contribuir a dotarla, dentro del mapa regional de España, de una coloración propia y digna, todo lo lejos posible del ruralismo de los preparadores de festivales. Estos hombres que yo busco he de confesar que se hallan muy pocos en la ciudad de Santander.

En cambio, se hallan muchos en Torrelavega. Yo confieso sin rebozo que soy un apasionado de Torrelavega. Puede que Torrelavega no sea una ciudad perfecta. Seguramente no lo es, pero que es la que guarda en su seno las más puras esencias de montañesismo histórico y actual, eso no cabe duda alguna. He escrito mucho sobre Torrelavega y todavía no he empezado como quien dice. Hoy no es sobre Torrelavega sobre lo que quiero escribir, sino sobre lo que allí aconteció el domingo.

Como yo estoy convencido de que —como dice el gran poeta y excelente persona Chus Cancio— "al fútbol, con el tiempo, no jugarán más que las criadas madrileñas", creo que lo más interesante que pasó el domingo en Torrelavega no fue el triunfo de la Gimnástica sobre el Eclipse, sino el concurso de bolos en la bolera de Mallavia, y una tertulia de seis amigos en el café de Cabrillo.

¡La bolera de Mallavia, el Longchamps de las boleras montañesas, la bolera donde se lanza el nuevo estilo o la nueva regla que va depurando el noble y bellissimo juego! El domingo yo he jugado una partida en la bolera de Mallavia, llevando de compañeros a su hijo, el famosísimo "as" y campeón de España, a otro discóbolo torrelaveguense y a Adriano García Lomas, ese atleta escritor, ingeniero y erudito a quien tanto debe la Montaña y de quien tanto espera todavía. Frente a nosotros jugó una partida formada por unos bravos muchachos, jugadores de bandera, que nos las hicieron pasar muy amargas, llevándonos de calle, a pesar del esfuerzo del campeón.

Nuestra visita llenó de alborozo al viejo Mallavia, que quiso solemnizarla con "una convidada", en la que ese formidable poeta ciego que siente por la Montaña y por el mar un fervor ascético que le adelgaza y le espirita, ese gran Chus

Cancio, que para mí siempre será "Chus", hizo el gasto de elocuencia encendida, una elocuencia de la que parecía que iba a surgir de pronto un himno. No comeré yo la cursilería de comparar a Cancio en aquellos momentos iluminados con Rouget de l'Isle. El caso es otro. Pero Cancio es, sin duda, en ese ejército de montañeses serios y sanos que avanza del campo a la ciudad, el Tirteo que anima con sus estrofas campesinas y marineras la marcha.

Por cierto que quiero transcribir la amargura de Mallavia padre porque un osado jugador de Pañacastillo se atrevió a pronunciar en la bolera famosa la palabra "penalty", aludiendo a una bola queda. Es algo indescriptible lo que este viejo montañés siente pensando que esa costumbre puede prosperar y se puede manchar el noble juego con esa palabrota. Todos participamos de su indignación y yo le prometí ocuparme de este caso insólito públicamente.

Pero con ser muy importante esto de una partida de bolos en la bolera de Mallavia un domingo, en Torrelavega, lo fue mucho más la tertulia previa en la que se habló de la Montaña con fervor apasionado y con la seriedad científica que garantizaba la presencia de García Lomas. El punto central de la conversación fue el de la falta de unión de los que pueden exaltar el espíritu regional, la falta de "escuela" o de "academia", la diseminación de elementos que rara vez se juntan y la conveniencia de provocar reuniones de esta índole, más numerosas y con un plan trazado.

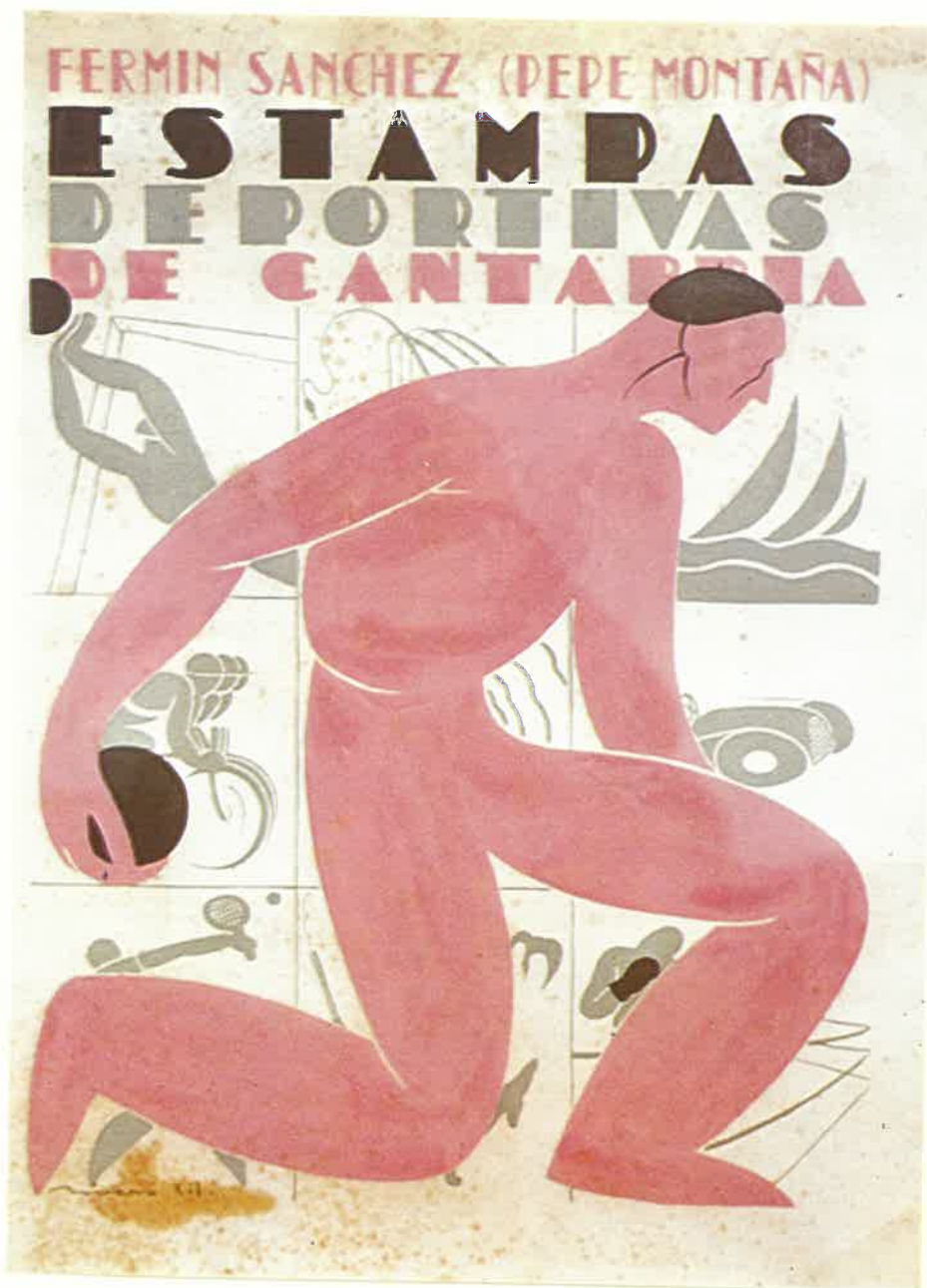
Yo tengo la esperanza de que algún día esas reuniones se llevarán a cabo y que de ellas surgirá la definición del espíritu regional de la Montaña. En esas reuniones figurarán todos aquellos que puedan aportar algo interesante para conocer integralmente la tierra, que es lo primero que hay que hacer. Alguien habló de que esas reuniones debieran celebrarse en Santillana del Mar. No está mal esta idea de homenaje a la capital histórica de la Montaña; sería un hermoso espectáculo el de esta asamblea de notables en la villa de las piedras doradas. Y sería digno y noble que de allí, donde quedó estancada en un pozo de siglos la personalidad geográfica, histórica y política de la Montaña, surgiera de nuevo bien estructurada y definida en todos sus aspectos.

Porque no pretendemos hacer una cosa puramente literaria o científica. Mu-chísimo menos... "¡vade retro!" queremos hacer una cosa de partido político. Si algún día llamamos "a concejo" a esas reuniones de Santillana, pediremos la asistencia de las tres o cuatro docenas de personas que tengan algo que aportar al conocimiento íntegro de la Montaña. Lo mismo llamaremos al jugador de bolos que al pescador de salmones, que al cazador de osos, que al cura aldeano, al erudito de pueblo o al recitador de romances. O al ganadero, o al fabricante, o al agricultor. El caso es exprimir en el vaso venerable de Santillana las esencias montañesas más variadas y ofrecer a España un rasgo más, original y bello, de su prodigiosa variedad.

Y no permitir ya más que nuestras originalidades o nuestras bellezas sean manoseadas por cuatro "atorrantes" en coros de zarzuela y revistas gráficas.

El domingo, en Torrelavega, se ha dado un primer paso en una tertulia de amigos. La voz poderosa y sana de Adriano García Lomas nos ha llamado a todos. Y los que tengan oídos para oír, que oigan.

(En *El Faro*, 9-X-1928.)



Rivero Gil, Francisco: Portada para un libro de Fermín Sánchez.

José del Río Sainz. N. en Santander el 6-III-1884. M. en Madrid el 29-I-1964. Además de su ingente y brillante tarea de periodista en diarios y revistas, hizo popular su seudónimo de Pick y publicó los siguientes libros: Versos del mar y de los viajes, Santander, 1912. La belleza y el dolor de la guerra, Valladolid, 1922. Hampa. Estampas de la mala vida, Santander, 1923. Versos del mar y otros poemas, Santander, 1925. La amazona de Estella, Santander, 1926. Aire de la calle, Santander, 1933. Zumalacárregui, Madrid, 1943. Nelson, Madrid, 1943. Churchill y su tiempo, Madrid, 1944. Yo vi la caída de Filipinas, de Carlos P. Rómulo (trad. de J. del R. S.), Madrid, 1945. Escolta del Norte, de J. E. Taylor (trad. de J. del R. S.), Madrid, 1946. Literatura inglesa, Madrid, 1946. Soy un superviviente, de Alexandre Barmina (trad. de J. del R. S.), Madrid, 1946. Las naves de Cortés. Poema, Santander, 1948. Eusebio Sierra. Selección y estudio, Santander, 1949. Angel de Castanedo. Selección y estudio, Santander, 1951. Antología. Poesía, Santander, 1953.

AIRE DE LA CALLE

EL SÍMBOLO DE LA BOLERA

La bolera es un bosque pequeño. Un bosque de nueve árboles próceres y un arbolito que es el emboque. Aquel que juega es el leñador que derriba troncos, un día y otro, de un modo incansable. El hacha es la bola que se mete en la selva y la derriba. Las bolas, como el hacha, necesitan ser esgrimidas con vigor y habilidad. El novato o el torpe derribarán pocos árboles en el bosque y pocos bolos en la bolera. El armador es la Naturaleza que repara constantemente los daños causados por los hombres. Gracias a él, el bosque de nueve árboles y un arbolito torna a surgir y a florecer apenas una bola da con él en tierra.

El símil nos ha salido un poco complicado y la imagen —lo reconocemos— no es como para ponerla en un altar. Pero más que hacer un juego de palabras, tratábamos de llamar la atención del lector acerca del origen y de la significación forestal del villano juego de bolos.

Hemos dicho villano y hemos de justificar el uso de esta voz. Así, a fuerza de digresiones, se irá nutriendo nuestro artículo. Pero esta digresión es obligada. Hace tiempo que sentíamos el deseo de rehabilitar la palabra villano. Villano quiere decir hombre de villa; es decir, honrado menestral, practicante de alguno de los oficios que el feudalismo vedaba a los nobles. El villano o el hombre de la villa era la antítesis del señor del castillo. Toda la moderna burguesía, el banquero, el fabricante, el hombre de profesiones liberales, procede del antiguo villano. Villano era el tejedor que hilaba en los telares, el forjador que labraba el hierro, el comerciante que cambiaba sus mercaderías por metal acuñado, el labrador, el menestral... De no haber existido el villano, los nobles señores que daban lanzadas, cobraban pechos y asolaban las tierras no hubieran tenido armas que blandir, pan que comer ni seda y lana con que cubrirse. Por lo tanto, la Reconquista es lo mismo obra del villano que atendía a las necesidades del guerrero como del guerrero mismo. Y, sin embargo, una tradición feudal que aun perdura, a pesar de siglo y medio de democracia, continúa atribuyendo a la voz villano ese sentido vergonzoso que la da el valor de un grave insulto.

Cuando queremos provocar a alguien le llamamos *villano*. Las voces antitéticas *villano* y *noble* siguen teniendo el mismo valor de lucha de clases que en los tiempos de las Cruzadas. Y es que hay poco tan retardatario como el lenguaje. Para moverle hay que ser un Shakespeare, un Cervantes o un De Montaigne.

Y en nuestro empeño de que villano deba significar lo que significó siempre: hombre o cosa de villa, en contraposición a hombre o cosa de castillo o palacio, nosotros, en esta crónica de hoy, enderezada a ensalzar el viejo y castizo juego

de bolos, le calificamos de villano. Sabemos que sonaría muy bien, que sabría más a cliché —y sin cliché no hay apenas literatura posible en el periódico— decir *el noble juego de bolos*. Se sacrificaría la verdad, pero se salvaría la rutina. Porque el juego de los bolos fue siempre un juego villano. Lo jugaron los siervos de la tierra, mientras los señores perseguían al corzo, al jabalí o al hereje. A veces también lo jugaba un señor; pero era haciéndose villano el tiempo que duraba el juego. Del mismo modo que María Antonieta de Francia se disfrazaba de pastora y trocaba el Trianón en una *bergerie*. Y no porque una reina de Francia se dignase ser pastora por juego, el oficio de guiar rebaños dejó de ser oficio de humildes. Así, el viejo juego de los bolos, aunque lo jugasen los engolados hidalgos que Pereda coloca en sus obras, no dejó de ser juego del pueblo. Fue y es un juego villano, y en eso estriba su mayor gloria.

Es juego del pueblo, y del pueblo del Norte, en que el árbol tiene tanta importancia. De ahí nuestra alusión al bosque, del que la bolera es un esquema, una maqueta al uno por mil. Por eso los más tenaces y obstinados jugadores de bolos son los *indianos*. Porque pocas veces el pueblo se define tanto como en el *indiano*, que es entraña y es sangre suya. El *indiano* es el chico pobre que sale del pueblo y que cruza el mar y a quien la lejanía trueca en un rico cosechero de nostalgias. A fuerza de añorarlo todo, parece que el terruño se simboliza en él. Cuando el emigrante se trueca en el *indiano*, es decir, en el vencedor, y retorna a su tierra, lleva almacenadas ansias indestructibles destiladas en el alambique de la ausencia. Hay pocos que sientan el amor al terruño como el *indiano* repatriado. Ese sentimiento religioso se manifiesta de un modo elocuente: construyendo escuelas; pagando mantos para la Virgen de su pueblo; edificando en el pueblo, por miserable y esquivo que sea, una casa-palacio... y jugando a los bolos. Todas las aficiones del villano: del tejedor, del tundidor, del comerciante y del alfarero de los tiempos feudales, renacen en él depuradas y aquilatadas por el tiempo. La bolera, en medio de la aldea, es el ágora del villano y el foro del pueblo. Allí están el cura, hijo casi siempre de la gleba y nieto del arado; el médico, cuyos padres o abuelos fueron aparceros de los señores; el *indiano*, que anduvo de niño con los pies descalzos por las sendas del monte; los trabajadores, que riegan con sudor suyo el surco; todo el estado llano, el Tercer Estado, que, según el abate Sieyes, no era nada y lo sería todo. Y bien sabe Dios que la voz del abate Sieyes fue voz de profecía.

Todas estas gentes lanzan la bola en solemnes parábolas, como si dibujasen su rúbrica en el aire. Así todos los días en los centenares de boleras de la Montaña, oscuros montañeses cubren el aire de autógrafos de raza. Y cuando cae la bola entre un fracaso de madera y el diminuto bosque se derrumba, una alegoría forestal se insinúa entre la letanía del viejo rito:

—¡Chico a chico!

—¡Ponemos la raya!

—¡Vale veinte el *cachi*!

Es como las voces de los leñadores en el bosque:

—¡Afila más el hacha!

—¡Dale por el pie!

—¡Buen año de leña!

DIRECCIÓN.—A ti, Gonzalo Roviralta, que juegas desde niño este juego de tu pueblo. Tú, que lo jugaste en la bolera de tu fábrica con tus hermanos y tus obre-

EL SÍMBOLO DE LA BOLERA

ros y que hoy tratas de darle un valor literario al organizar con un grupo de amigos un certamen que es un grito de afirmación de tierra y de raza. A ti y a los que contigo colaboran como un anhelo de que el éxito os acompañe, dedica este elogio de la bolera uno que te admiró de niño y te aplaude de hombre.

Por más señas

(En *La Voz de Cantabria*, 1-VIII-1929.)

TARDE DE BOLOS

Estamos todos los que debemos estar, aunque el doctor Solís se lamenta a voces, como él habla, de la poca asistencia del pueblo al noble empeño de los organizadores del certamen. Están todos los que son, y acaso alguno que no es, como nosotros, ripio metido en la página de estilo puro que la *Cuerda Royalty* quiere escribir. ¿Para qué más? Ya digimos en una ocasión que el juego de bolos perdía en calidad folklórica todo lo que ganaba como espectáculo. En los corros de bolos de los pueblos no hay más gente nunca: los dos largos bancos de tabla, bien colmados: el cura y el médico; el *indiano* viejo y el *indiano* joven; los tres señoritos que estudian en Madrid; los cuatro soldados en el pueblo en uso de licencia; *Colás*, el del Puente; *Pedritín*, el de la tienda; *Juanón*, el de los güeys, y cinco o seis más que se pasan, de mano a mano, el jarro de blanco con sangría. Y ante este concurso, que varía poco, salvo en las ocasiones sonadas, el juego de bolos cobra su inconfundible valor de folklore.

Ahora, en una de estas tardes de certamen —el domingo, el miércoles, cualquier día—, estamos muchos más. Están la suma de los incondicionales de las mejores boleras de la provincia. Es decir, que hay veinte médicos de aldea, y veinte *indianos*, y treinta taberneros rurales, y todos los *Lines*, *Quicos*, *Colases* y *Juanones* de traje de lanilla, camisa historiada, flor en la oreja y boina de lado. Todo lo bellamente racial de la montaña. Y alguna que otra blusa larga de tratante en ganado. Una blusa y una vara largas que uniforman un gremio.

Santander ha enviado también su contingente. Es el viejo público de bolos, que con la afición a su juego guarda el culto a la vieja ciudad. Gentes que se reúnen en las tertulias de establecimientos antiguos. Ex concejales republicanos, el ebanista del pequeño taller, el pequeño industrial, el viejo contable que se ha pasado treinta años sobre el polvo del mismo pupitre, entre sacos de café y cacao... La mayoría, santanderinos de cincuenta años, contemporáneos de Gonzalo Roviralta y que en las pausas de partido a partido evocan con nostalgia el viejo Santander.

Todos vieron jugar a Regalado en los días buenos de este gran jugador, y hablan de la bolera de Cenizos, que tenía la particularidad de estar en un primer piso sobre una tienda y dotada de luz para jugar de noche. Allí se jugaba a principio de siglo, época también de las boleras del Reganche, aula bolística de toda una generación.

¿Para qué quiere más gente el doctor Solís? Los organizadores del Certamen han conseguido su triunfo mayor: juntar a todos los elementos que racialmente tienen algún interés. Ha sido como una leva montañesa. Ha acudido toda la co-

marca que juega al *emboque*, que es como si dijéramos una montaña de denominador común. El juego del *emboque* une y define tanto como una raíz lingüística. Gentes que juegan lo mismo, equivale a gentes que hablan lo mismo. La montaña está definida geográficamente por sus dos modos de jugar a los bolos: por el pasabolo y por el *cachi*. La porción mayor es la que juega al *cachi*. Ello es un reflejo de la unidad étnica. Y este concurso de tarde de bolos que al doctor Solís le parece poco como número, pues en su montañesismo desbordante quisiera ver a toda la Montaña interesada y reunida, es un concurso de asamblea regional. Están representados todos los Ayuntamientos montañeses que juegan al *cachi*. La calidad suple en este caso a la cantidad. Están todos los que se precisan para que el juego de bolos tenga relieve. Empezando por don Darío, el de Puente San Miguel, es decir, el más alto prestigio de la afición bolística de la Montaña.

¡Cuenta bien, *pinche!* ¡Arma un buen bolo, que voy por el *cachi!*

Cae la bola y suena un aplauso cerrado. Se gana un *chico*. Los viejos aficionados exultan de alegría.

—¿Has visto? ¡Es el mismo emboque de hace treinta años contra los de Puente San Miguel!

—¡El mismo! ¡Está como siempre!

—¡Mejor que siempre!

—¡Por él se sigue jugando todavía a los bolos en la Montaña!

Probablemente exagera el viejo aficionado. A los bolos se seguiría jugando aun sin él. Pero es lo cierto que él presta al juego un valor de nostalgia, del que carecería si jugasen sólo los elementos nuevos. Y para no abusar más del equívoco, digamos que cuantas veces hablamos de *él*, nos referimos al extraordinario jugador don Gonzalo Roviralta. Es decir, a un caso de cincuenta años de edad en la cédula y de treinta y cinco por lo menos en las boleras, sin apenas la deserción de un día. Es imposible ser más sincero practicante de ningún deporte. Gonzalo, pleno en estos días de autoridad, prestigio, experiencia y portentosas facultades, no reconoce rival superior en ningún corro de bolos montañeses. Rivales que se midan con él tiene algunos, por fortuna para que el juego conserve su actual interés de emulación. Pero superiores, no. Donde surja otro gran jugador, un Mallavía, un Varillas, un Zamanillo, encontrará en Gonzalo la digna réplica. Juega el juego antiguo, el de las boleras del Reganche. Viéndole tirar, se asiste a un curso de historia del juego de bolos. Es como si viéramos torear ahora a Guerrita en una recuperación de todas sus portentosas facultades. Y le encerráramos, mano a mano, con un estilista del toreo, con un Belmonte o con un *Cagancho*.

Como nota de contraste para los partidos de este certamen, Gonzalo Roviralta lleva de compañero al estilista joven, al Belmonte del juego de bolos, a Zamanillo.

Es difícil hallar línea más bonita que la línea de este muchacho cuando tira a emboque. Aquí vienen bien las alusiones a la estatua y al mármol que tanto se prodigan y tan injustamente en ocasiones. Todo en él es armónico, clásico y perfecto. Un amigo nuestro, hombre de muchas humanidades y muchas letras, nos decía que el juego de bolos es la fórmula más acabada de clasicismo que puede hallarse. El clasicismo es el impulso refrenado y sujeto a leyes, en contraposición

con lo romántico, que es el ímpetu ciego y el agua sin cauce. Así, en el juego de bolos, la bola, aparentemente libre en el aire, va encadenada por la voluntad del jugador. Un hilo invisible la amarra a su puño. No caerá medio metro más lejos de donde debe caer. A esto se llama mandar la bola *trabajada*. El jugador trabaja su bola como los poetas del clasicismo trabajan sus estrofas. Y este muchacho, Zamanillo, el compañero del veterano Roviralta, es un magnífico cincelador de estrofas de madera. Hay pocos placeres estéticos semejantes al de verle jugar.

En esta tarde montañesa de bolos, con sus emboques obligados, ha arrancado el aplauso ardoroso de la vieja afición. Se comenta:

—¡Jueega como no ha jugado nadie!

Pero luego se rectifica melancólicamente:

—¡Como no ha jugado nadie... salvo Gonzalo!

... Salvo Gonzalo Roviralta, que no fue nunca un estilista de su escuela, pero que ha sido y sigue siendo un extraordinario jugador.

El sigue siendo Gonzalo Roviralta —fue siempre un jugador largo, de incontables recursos, de certero golpe de vista— un jugador sabio, el Joselito de los bolos, para apurar el símil taurino.

Ahora, en esta última época suya, estas cualidades aparecen más acusadas y sus recursos más eficaces. Quien juegue contra él, tiene que jugar contra treinta y cinco años de inteligente experiencia. Bien lo comprenden todas las partidas que en esta tarde montañesa de bolos se le oponen. Aun las más fuertes; aun las mimadas actualmente por el versátil favor popular. Mientras Gonzalo conserve una bola en la mano y haya un emboque armado en la bolera, es temerario vender la piel del león. En esta tarde se ha pretendido venderla varias veces. Y siempre un último zarpazo suyo ha dado cuenta de la presunción moceril. Y los aplausos suenan como truenos.

—¡Bien! ¡Bravo!

—¡Arriba, *abuelo!*

Es el Santander de hace treinta años que sale de su injusto confinamiento y busca su revancha en el arte de este portentoso jugador.

(En *La Montaña*, de La Habana, 15-X-1929.)



Teniers, David: Cuadro en el Museo del Prado.

José María de Cossío y Martínez Fortún. N. en Valladolid el 25-III-1892. M. en Valladolid el 24-X-1977. Aparte sus numerosas colaboraciones en diarios y en revistas científicas y generales, publicó los siguientes libros: Epístolas para amigos, Valladolid, 1920. Los toros en la poesía castellana (Estudio y antología), Madrid, 1931. Romancero popular de la montaña. Colección de romances populares recogidos y ordenados por José María de Cossío y Tomás Maza Solano, Santander, 1933-1934. Los sonetos amorosos de Camoens, Madrid, 1934. La obra literaria de Pereda. Su historia y su crítica, Santander, 1934. Notas y estudios de crítica literaria. Poesía española. Notas de asedio. Madrid, 1936. Notas y estudios de crítica literaria. Siglo XVII. Espinosa, Góngora, Gracián, Calderón, Polo de Medina, Solís, Madrid, 1939. Notas y estudios de crítica literaria. El romanticismo a la vista. Tres estudios, Madrid, 1942. Los toros. Tratado técnico e histórico, Madrid, 1943-1965. Los toros en la poesía (Antología), Buenos Aires, 1944. La fiesta de toros, Barcelona, 1946. Romances de tradición oral, Buenos Aires, 1947. Los toros en la poesía, Buenos Aires, 1947. Don Pedro de Cossío y Celis. Selección y estudio, Santander, 1949 (es el tomo III de la Antología de escritores y artistas montañeses). Rodrigo de Reinosa. Selección y estudio, Santander, 1950 (es el tomo XVI de la Antología de escritores y artistas montañeses). Gumersindo Laverde Ruiz. Selección y estudio, Santander, 1951 (es el tomo XXIV de la Antología de escritores y artistas montañeses). Fábulas mitológicas en España. Prólogo de Dámaso Alonso, Madrid, 1952. Fr. Antonio de Guevara. Selección y estudio, Santander, 1953 (es el tomo XXXV de la Antología de escritores y artistas montañeses). La obra literaria de Pereda, Santander, 1954. Menéndez Pelayo en el Santander de su tiempo, Santander, 1956. José María de Pereda. Selección y estudio, Santander, 1957 (es el tomo XLVIII de la Antología de escritores y artistas montañeses). Cincuenta años de poesía española. 1850-1900, Madrid, 1960. Rutas literarias de la montaña, Santander, 1960. Estudios sobre escritores montañeses, Santander, 1973 (3 volúmenes en ed. de homenaje al autor del Instituto de Literatura José María de Pereda, de la Institución Cultural de Cantabria).

APUNTACIONES DE BOLERA

He aquí que hemos sometido al juego de los bolos a la más peligrosa experiencia. Un juego rústico, de tradición aldeana, del que la mayor parte pensamos siempre que en él valía más el escenario que el deporte, ¿resistiría la dura prueba de encerrarle entre paredes y bajo techo y rodearle de las gradas mismas que sirvieron al público de luchas pugilísticas y peleas de gallos? La prueba ha sido decisivamente victoriosa. El juego en este ambiente ha destacado mejor sus virtudes de puro deporte, y hasta la añoranza de los rurales escenarios acaso haya sido más beneficiosa que ellos mismos para el despertar de nuestro sentimiento montañésista. Cada espectador con su imaginación ha fingido sobre los muros inexpresivos la bolera predilecta de sus recuerdos, los parajes privilegiados de su afecto; y así se ha creado una atmósfera espiritual, un ambiente de bolera montañesa más querido por ausente, más hondamente sentido por deseado.

Bueno es gozar la placidez del paisaje montañés, subrayada por el correr de las aguas y de las nieblas, pero es buen ejercicio espiritual este de atraerle con el esfuerzo de nuestro deseo y de nuestro cariño: y para no distraernos de él, como avisos familiares, los golpes secos de los bolos derribados o de las bolas al chocar con las bandas de la bolera: el puro juego sin anécdotas ni accidentes afirmando su valor absoluto de deporte.

Títulos tiene para ocupar su sitio entre los más nobles. Primero, sus virtudes negativas. No se trata de un pugilato directo en el que uno de los adversarios impone, con la violencia o con la maña, el ritmo y el tono del juego. Cada jugador, sinceramente, le practica según su saber y aptitudes e impone su técnica superior por sus meras virtudes, no por desviar o bastardear las del contrario.

Suprimida la pugna directa, la pasión del público se encauza y ennoblece, y es la pura pasión deportiva la que prevalece. No caben ciertamente en el juego de bolos las malas pasiones que azuzan o insultan a los jugadores desde la "inconsciencia" del espectador arrebatado.

En estas columnas ha dicho "Pick" que el de los bolos es un juego clásico y conviene insistir en este concepto, virtud capital del deporte montañés. Cree alguno que lo que define tal cualidad es la serie de bellas referencias a obras escultóricas de la antigüedad clásica que en el lanzar la bola pueden encontrarse sin esfuerzo. No: el "discóbolo" es una escultura clásica, pero no posee tal virtud el acto del lanzamiento del disco. El clasicismo es ímpetu y pasión, pero disciplinados, sometidos. El no clasicismo es impulso ciego, desbordamiento de energía: cabe clasicismo en la esgrima de la espada, pero nunca lo será un a fondo desesperado.

JOSÉ MARÍA DE COSSÍO

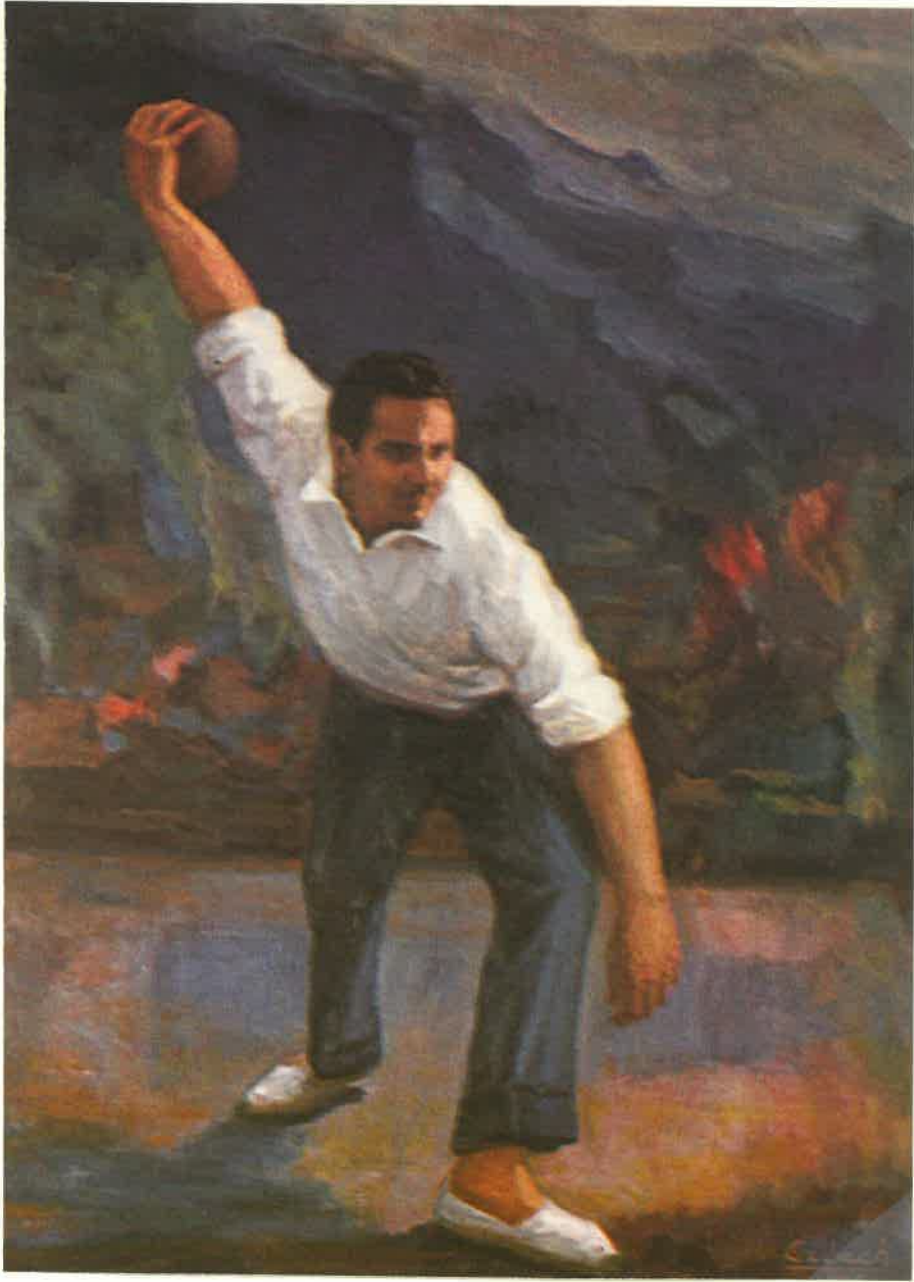
En el juego de bolos con emboque, el lanzamiento de la bola requiere una técnica de contener definidora de su clasicismo: no es virtud la fuerza, sino la medida. De aquí su superioridad educadora sobre la barra, sobre el pasabolo, sobre todos los deportes en que es la energía puramente animal la que decide el triunfo. La escultura del discóbolo es clásica, pero no su asunto: los bolos paralelamente pueden dar lugar a una representación artística no clásica.

Pero no todo es reglas en los bolos. Aun no ha nacido el jugador que domine tan exactamente su juego que pueda garantizar el acierto constante. Este grano de azar, de suerte, es lo que ennoblece el juego al humanizarle, lo que le presta su pleno interés deportivo. Cuando en un partido la tasa de bolos es muy pequeña, aun siendo buenos los jugadores, el aldeano espectador —la cátedra del juego de bolos es aldeana— suele decir: —“Son pocos, pero hay que hacerlos”. Y el fracaso en tan menudo empeño no descalifica ni avergüenza. Aún, sobre la técnica y la destreza, hay algo incoercible e indomitable que hace palpar de interés lo que parece ya resuelto y sin lance posible.

Al lado de estos puros valores de juego quedan todavía los de orden plástico, los de denuncia psicológica, los de disciplina pedagógica del carácter. El temple de jugador es punto de sazón psicológica, como lo es el de equilibrio en el diario vivir, el de serenidad y fortaleza en los peligros de la lucha, el de moderación en las peripecias de la fortuna.

Envío a Marcelino Botín.—He querido sugerir trazos para un panegírico del juego de bolos, cuya casa solariega es El Puente de San Miguel. Aunque frustrado el intento, quiero dedicarte a ti el ademán; a ti, que pudiendo sacar la bola con desahogo, románticamente, desde veinte metros, sabes “arreglar” clásicamente desde quince.

(En *La Voz de Cantabria*, 7-IX-1929.)



Fernández Criach, Enrique: Retrato de Modesto Cabello.

Francisco Cubría y Sainz. N. en Pámanes (Santander) el 13-IV-1900. M. en Santander el 3-IV-1968. La sangre pródiga, Santander, 1930. Tríptico de la Montaña, Santander, 1932. El pleito de la perra gorda, Santander, 1934. Juana y Nel, Santander, 1935. Fantasía y realismo de Pereda, Santander, 1935. Nardo el de Somonte, Santander, 1937. Entremontes, Santander, 1939. La maravillosa doña Ana de Humanes, Barcelona, 1942. Rita, Santander, 1945. La vuelta de Nardo, Santander, 1948. La nagulina, Santander, 1950. El tesoro, Santander, 1952. Un hijo en la mano (comedia), Santander, 1952. Tercer libro de Nardo el de Somonte, Santander, 1956. Cuarto libro de Nardo el de Somonte, Santander, 1957. La verdad prohibida, Santander, 1962. Quinto libro de Nardo el de Somonte, Santander, 1963. Sexto libro de Nardo el de Somonte, Santander, 1965. Séptimo libro de Nardo el de Somonte, Santander, 1965.

EL JUEGO OCULTO

En alguna ocasión, Nardo Cabezos, el de Somonte, me había hablado de los bolos. Sabía yo que él era un arduo defensor de este juego de palma, que la palma se lleva entre las diversas modalidades que tal deporte ofrece en el mundo. Y cuando unos amigos demasiado amables recabaron algo más que mi aplauso —que éste nadie tenía que pedirmele, porque dado estaba— al decano de los jugadores montañeses, Telesforo Mallavia, y me requirieron para que hablara en su homenaje, yo me acordé en seguida de Nardo y pensé que era una verdadera lástima no conseguir su presencia en Torrelavega. Como no estaba autorizado para ello, no me atreví a invitarle de mi cuenta y riesgo, pero sí tuve la idea de llamarle hace días a mi casa con el exclusivo propósito de que me diera una inyección de sabor montañés en torno a este noble y sano deporte norteño, y voy a contar “ce por be” lo más destacado de nuestra conversación.

Presentose Nardo ante mí, como tiene por costumbre, pisando fuerte, hablando recio y “asentándose” con la boina colgada de una rodilla, y esperó a ver qué se me antojaba, disimulando bien su curiosidad, si es que la tenía.

—Amigo Nardo: En ocasiones, yo te he echado una mano. Hoy te llamo para que me la eches tú a mí. Aunque poseo mis opiniones particulares sobre el juego de bolos, quiero contrastarlas con las tuyas. Así, pues, necesito saber cómo piensas tú.

—Hombre, yo pensar... como pensar mayormente, no pienso pa los demás, y usté me dispense. Me satisface más ver yo los pensamientos de los otros, y los míos, tan y mientres, tenelos en payota, que madurando están bien pa un sí es caso.

—No me refiero a tu pensar en general, sino a lo que pienses sobre los bolos precisamente.

—¡Jorria! ¿Y pa qué ellu, hombre? —exclamó Nardo.

—Pues para hablar yo de ellos después.

—¿Y quién le manda a usté hablar di eso, si se puéi saber?

—Me manda un deber de buen montañés, me manda mi misma afición y me manda mi admiración a un gran entusiasta, a quien se va a rendir un justo homenaje. ¿No has oído tú hablar de Mallavia?

—¿No he de oír? ¿Uno que es di esa parte de Torlavega?

—Justamente.

Como vele, no le he visto jugar, pero en Somonte, cuando un tío arrastra bolos de largo o mete el cache, pinto el caso, o se le anima pa meterle se le dice: —“¡Ay tú, Mallavia!”.

—Bueno, pues yo pienso elogiar a Mallavia y al juego de bolos. Y para que veas que tengo en estima tus palabras, quiero que me des tu opinión, que yo haré valer allí como la de un caracterizado trasmerano.

Llegó con esto el momento consabido de todas mis entrevistas con Nardo, en que éste, vacilante, perplejo o desconfiado —según el caso—, se echa una mano hacia el cogote, muévase la boina y se urge y zarandea los pelos del flequillo. Y después de hacerlo como de costumbre, me dijo:

—Vaya, vaya. Ya veu que hoy está usté de güen humor y ha dicho: “Amos a llamar pa acá a Nardo y tener un rato de jolgorio”.

Protesté de esta suspicacia del hombre, sin ofenderme mucho con ella, por venir de quien venía, que yo sé que Nardo en el fondo no dice estas cosas ni otras más graves con la idea de ofender. Pero sí le hice ver que era injusto y le exigí en compensación que entrara en materia.

—Pus yo que voy a decile que no esté a la vista del juego mesmo. Que pa mi concepto, bien jugao no tiene comparanza con ninguno el juego esí. Cuando yo veu a un tío que se planta en el último pas y coge las bolas y aguanta los pies bien machambraos al suelo y se echa el brazo pa atrás y le saca pa alante y sale la bola borneá hiciendo en el aire un retorneo que paece que quiere runflar y cae bien canteá en el golpe o en la anilla, ¡Dios! ¡Esu es raza y arti y untu de muñeca!

—¿Y tú dices que no has visto jugar a Mallavia? Pues parece que le estás pintando tal como él lo hacía.

—¿No lo hace ya u qué?

—No lo hace, pero ha hecho quien lo haga por él, que tiene un heredero —y más de uno— que le aventaja sin quitarse la corbata, ¿qué te parece?

—¡Ah, jorria! Esi es el que trajo el día pasao el papel con una corbatona muy larga que paece un tapabocas, tanto que decía yo: “Esti no será con semejanti engorro”, y como no cría que era él, andaba yo buscando a esi Mallavia pol retrato y no le alcontraba, como pensé pa mí: “Algún equívoco ha tuvido el retratista”.

—Pues ese era un sucesor de Mallavia, justamente, que también hace con la bola lo que tú dices que hacen los jugadores de verdad.

—Amigo, si con corbata se porta, ¿qué no haría echando a un lau ese impedimentu? Pus debo alvertile que no es cosa que se vea muchu abora, que los jugadores dende el último pas paece que ya no se alcuentran. No digo que en particular, porque habrá Mallavias y algún otro, pero de antes, jumío, había que ver qué brazos y qué saque pa ellu. Si hoy en día no ponen más que tirucus de críos, y encontró de arreglos no hable. ¡Bolas templás, altas y pingonas como las que yo vi, qué poco se vein ya! ¡Qué árboles hacían falta, amigo, en las boleras de enestonces! Así es que segar, ¿quién siega ya? Hábleles de segar debidamente, acuclaus en forma y los dos brazos buscando aire a los jugadores de hoy. ¡Si resulta que es un compromiso dejar una siega; que aluego te la echan peor que birlá!

—¿Y tú a qué atribuyes todo eso?

—Digo yo si será a que el mocerío se ha hecho muy señorito. Cuando el corro de bolos se hace corro de baile, mal acaba la cosa. Hasta pa mí que tanto panceau va quitándole fuerza al brazo de la juventú, hombre. Empues, que les da por otras aficiones, hijo, y eso de los bolos les resulta cansao pa mí que. Aluego me se hace también que está aseñoritao el juego mesmo. ¡Qué bolos hey visto que se estilan abora, oiga! Si no tien panza, hombre, ni ruedan ni caen y les da usté con una bola conforme es debido y no le surte. Una cosa es que no se les tumben por

cutilos y otra que paezcan clavaos a la estaca. ¿Y desapareaos? Bien está lo güeno, pero ¡tanto, tanto! Abora que, pa mi cuenta, tou esto que li digo no va a servirle. ¿Onde va usté a contalo si allí estarán los pocos que juegan bien y puei que pienser lo contrario?

—No, no, Nardo. Te interpreto bien tu opinión. El juego de bolos debe ser de modo que el derribar bolos necesite destreza, pero no se haga penoso. Si la caja tiene nueve bolos, es porque se desea que por entre los nueve juegue la bola con cierto lucimiento. Yo he visto muchas veces a buenos jugadores luchando no sólo con un día de mala suerte, sino con una caja exageradamente difícil. Y esto es lo que tú quieres decir: que no se convierta el juego de bolos en juego de circo, en una palabra. Diré tu opinión, que a mi entender no es despreciable.

—Bien está, pero a mi moo de ver, don Paco, en tratándose de lo que se trata, que es de festejar a un jugador que a lo que se ve, él y los de su familia lo mesmo, enredan las bolas, aunque coja un rodal por entre las calles, no es ocasión de pedir que se ponga la cosa más llana, de no ser por buscar el modo de defenderse de los que juegan como ellos. ¡Más a cuento me se hace a mí que viene el hacele al hombre el rindibú del caso!

—¿Y para esto, qué se te ocurre?

—Hombre, ocúrreseme por lo tocante a ello, que diga usté si a mano viene que aonde hay afición, aplausos tié que haber pa quien los tenga ganaos, y que por acá tamién le tenemos a los bolos más aquél de lo que aparenta lo poco que los jugadores trasmeranos lucen. Pero esto dependi, a mi moo de ver, de que nosotros, en esu como en lo demás, tenemos el juego oculto, como dice que tenía el Centello. ¡Va un tío que era aquel! Estaban unos, pinto el caso, en daque pueblo, echando un partido y pasaba el Centello por allí y se arrimaba al corro y escomenzaba que si él estu, que si él lo otro, que si siete, que si setenta, y venga a tentales la pacencia a los que jugaban, y claro que a quien más a quien menos, le entraban ganas de velo y le decían al fin: “¿Quié echar un partido, güen hombre?”. Y venía el Centello y se quitaba la chaqueta y espenzaba a tirar... ¡y lo que paecía era que no bía vistu nunca las bolas! Cuándo cortas, cuándo caídas, esta alventá, la otra chorra, como dicen en San Roque; ellu que no hacía labor el hombre y entoavía seguía diciendo por aquella boca, que no siendo al caer la bola, paecía talmente que no tenía parigual. Hasta que a anguno le jorobaba ya el oile o le entraba la cubicia o él se dejaba decir que apostaba esto o lo otro, ello que se enredaba la cosa y salía un desafío mano a mano pusiendo algo de qué, ¿me comprende? ¡Amigo, bía que ver al Centellu enestonces! No había quien le metiera mano, hijo. Sacaba el juego oculto y boca abajo too el mundo. Perdiendo le jue ron conociendo. Pus a lo que le iba. Quería yo decile que en eso del juego oculto los trasmeranos entendemos y con ello vamos tirando. A los bolos, puéi que no se haiga visto entavía, pero a lo que sea, ¡vaya, vaya!

—Sin embargo, como aquí se trata de bolos, ¿no será mejor que, con el juego oculto y todo, enfrente a Mallavia nos callemos, amigo Nardo?

—Sí, señor, sí; no mos vaigamos a meter en una con farolear. Y además, pa que alvierta él que por Trasmiera le tenemos respeto en el juego y estima en el personal, me paece que no hay mejor palabra que acordarle lo que decimos por aquí a los güenos: “¡Ay tú, Mallavia!”, que dicho cuando lo decimos, algo quedrá decir, ¿nordá?

Calló aquí Nardo e hizo bien, porque iba a ser demasiado que siguiera. De modo que lo que él opinó del juego, dicho queda, y en cuanto al jugador que hoy

FRANCISCO CUBRÍA Y SAINZ

festejamos, yo, en nombre de Nardo y en el de los trasmeranos que me lo permitan, le digo como decimos por allá a los hombres que juegan de verdad: "¡Ay tú, Mallavia!". Y si supiera hacerlo, echaría uno de esos relinchos que son los hurras castizos de la mocedad montañesa.

Hasta aquí conté el domingo, animado por la paciencia de los asistentes al banquete en honor del veterano de los bolos don Teleforo Mallavia. Y con esto daba yo por terminada la intervención indirecta de Nardo en este acontecimiento, cuando hete que ayer me le encuentro camino de su pueblo.

—Amigo Nardo —le dije—, tus opiniones no cayeron mal. Hasta me mandaron para ti unos aplausos, y mira este purito...

—Bueno, hombre, se agradece. Hoy toca a más, que no tie parte la tía Sebia. Pero dígame una cosa y dispense la curiosidá: ¿Contó tamién lo del juego oculto?

—Todo, todo.

—¡Lástima! —exclamó Nardo, contrariado, dando a entender que se le malograba con ello alguna idea.

—Tú dirás por qué.

—Tenía yo un pensamiento a esi respetu, y, claro, abora levantá la liebre, no estará ya güeno de sacalo alante.

—¿Pues qué te proponías?

—Que iba yo a dir a Torlavega en la primer feria y pensaba llevar a otro de Somonte pa ver si entre yo y él pescábamos a mano a los Mallavia.

—¿Pero te hubieras atrevido a desafiarlos?

—A los bolos, taday; pero la mi idea era cogelos en una partida de mus... Siempre biera sío una honrilla el belos ganao a algo, ¿no le paece?

(En *La Voz de Cantabria*, 10-IX-1935.)



Jesús de Cospedal y Jorganes. N. en Santander el 16-I-1875. M. en Santander el 1-II-1948. Este escritor, colaborador asiduo del diario El Cantábrico y asiduo de la tertulia de este periódico, de la que formaban parte, con Estrañi, los hermanos Segura, Ricardo León, etcétera, no publicó que sepamos más libro que el que tímidamente intituló "ensayo de novela" con el título muy santanderino de Cosucas que se cuentan, Santander, 1897.

POR LA VIDA CAMPESINA
ELOGIO DEL JUEGO DE BOLOS

En la existencia monótona y simplísima de la gente del campo ha de haber, es necesario que haya, al igual que en la vida de las ciudades, alguna manera honrada y honesta de entretenimiento y distracción; algún recreo sano, que, como decía a su reina el ilustre alcalde de casa y corte de Madrid, don Pedro González de Salcedo, allá por el siglo XVII, "habilite a los hombres en acciones corporales, con garbo y destreza, constituyendo en ellos fuerza, agilidad, conocimiento y templanza, con utilidades al cuerpo, conveniencias al entendimiento y gloria y deleite al ánimo".

Nos vienen a las mentes estas ideas por el "torneo" provincial de bolos, el de mayores estímulos de premios que jamás hasta ahora se conoció en la Montaña, cuyas gallardas pruebas se están celebrando este año, con gran concurso de público, en la bolera de la Feria de Muestras de Santander. Sobre su ambiente típico, castizo, evocador de mejores constumbres y más felices tiempos, se nos aparece como un símbolo, como la personificación del juego viril, la figura, recia y venerable a la vez, de don Telesforo Mallavía, el viejo patriarca fundador de una dinastía de atletas; el gran jugador, todavía elegante y fuerte, el que ha merecido de la admirada devoción de sus paisanos de Torrelavega los honores de una perpetuación escultórica; el del grave andar, en fin, que recuerda lo recomendado a los Reyes por la ley castellana: "ni mucho de priesa, ni mucho de vagar, e que cuando se moviese, con hermosura y garbo, executase los pasos de suerte que causasen respeto e veneración e que non fuese mucho enhiesto ni acorbado".

Nos parece muy bien, muy bien, la exaltación del juego de bolos, recreo prudente y sano de la antigua gente de estas montañas cántabras. Organizando anualmente competiciones importantes, como la de la Feria de Muestras de este verano, en todos los Ayuntamientos de la provincia, en muchísimos pueblos, surgen otras más modestas, complementarias de ellas, en las que se van formando jugadores, seleccionándose partidas, probándose la clase de los campeones, descubriéndose los nuevos "ases" que han de igualar o mejorar las "marcas" sorprendentes de los Mallavias de Torrelavega y de los Zurdos de Bielva. Podrá muy bien llegar día en que de los certámenes de bolos de Santander se hable en los grandes periódicos de España, como se habla de los juegos y juntas atléticas tradicionales de las aldeas y villas eúscaras.

Alguien habrá que sonría un poco despectivamente ante este entusiasta elogio del primitivo juego campesino montañés. Hay que reconocer que pesa mucho

en las cosas del mundo la influencia de lo material, por una parte, y por otra, las costumbres y las aficiones nuevas que vienen con los tiempos. Pero no importa ahora, como no importó otras veces, a nuestros propósitos, en trances de mayor empeño, la indiferencia, el desdén o la censura de quienes dicen estar en absoluto acuerdo y conformidad con todas las manifestaciones de la vida moderna, considerando por ello que debe ser enterrada y olvidada la tradición. Nosotros seremos siempre reverentes con ésta, en cuanto represente conservación de usos y modos que puedan contribuir a más sencillos y menos peligrosos divertimientos de la población aldeana, a más positiva y prudente salubridad, a más pacíficos y tranquilos recreos. De la misma manera que entendemos respetables las tradiciones en el arte y en la literatura y en muchos postulados de ciencia, cuando no contradicen la belleza, ni se oponen al verdadero bien decir, ni repugnan evidentes verdades puestas a la clara luz de la razón humana por el estudio de cerebros privilegiados. ¡Quién duda de que la tradición pueda ser y deba ser, en no pocos aspectos, digna de acatamiento respetuoso!

En esto de la renovación de ciertas costumbres aldeanas, de los recreos honestos, de los sencillos juegos varoniles sin gasto y sin riesgo, hay, además, un sentido de nobilísima democracia, que es cada día de mayor interés, porque el llamado snobismo, la moda loca, el afán de la distinción, viene dando carta de naturaleza en todas partes, aquí también, a distracciones carísimas, a deportes de gran lujo, a entretenimientos importados del extranjero cuya práctica es inaccesible en aboloto a todos aquellos que no hayan sido extraordinariamente favorecidos por la fortuna. Una infranqueable valla económica aísla de modo radical a quienes los cultivan, porque no hay manera posible de categorías en su disfrute. En cambio, aquellos otros, al alcance de todos, mezclan y confunden amistosamente, en su contemplación y en su ejercicio, a las clases sociales. En los pueblos, singularmente, bajo la fronda amable de los añosos árboles que por lo general sombrean los corros de bolos, se reúnen, sin distinción, los vecinos. El hidalgo terrateniente acaudalado, el rentista que reside los inviernos en la ciudad, el médico, el párroco, el dueño del almacén de piensos, los labradores, los obreros de la cercana fábrica: todos participan, turnando, en las partidas que disputan la plaza a los gananciosos.

Había ido languideciendo año tras año la afición. Poco a poco, la concurrencia a las boleras disminuía. La contemplación de las partidas de bolos iba quedando reducida en muchos pueblos a unos cuantos viejos, fieles a sus lejanas memorias. Pero renace. La notabilísima destreza del Zurdo de Bielva, que sabe derribar, uno a uno, sin perder golpe, los nueve bolos de la caja, desde un tiro lejano. La habilidad del viejo Mallavia, "torneador" prodigioso de las bolas, para conseguir los más difíciles emboques. Los birles fantásticos anotados en los buenos concursos... La afición ha vuelto.

Se ha venido a caer en la cuenta de que este ingenuo y primitivo deporte aldeano tiene tanta elegancia, tanto arte, tanta gallardía como el que más. El jugador, plantado en firme, sopesada la bola en la diestra mano, al doblarse levemente por la cintura, al echar atrás el poderoso brazo, con la musculatura tensa, lanzando por el aire el redondo proyectil de madera con el efecto mágico de una bola de billar bien "picada", recuerda las hercúleas efigies de las medallas y las estampas griegas y romanas de Olimpiadas y Coliseos.

Séanos permitido recordar que Aristóteles —la Historia lo cuenta— aconsejaba "ejercitar a los mozos en juegos y ejercicios, pero tan proporcionados y me-

didados, que, sirviendo como de alimento, obrasen de suerte que ni la aceleración los dañase, ni los entorpeciese la demasiada lentitud; antes fuesen tan mesurados, que uniformemente se dilatase con ellos el espíritu y se alegrase el alma, fortaleciendo a las veces el cuerpo”.

No parece sino que, al escribir así, pensaba el sabio en el varonil cuanto tranquilo juego del patriarca Mallavia, el gallardo anciano de reposado y venerable paso, “non mucho de priesa, ni mucho de vagar; non demasiado enhiesto, ni acorbado”, según la ley castallana, a quien Torrelavega, en una ráfaga de montañesismo sentimental, acordó erigir un busto.

(En *El Cantábrico*, 18-VIII-1935.)



Sorolla, Joaquín: Cuadro en The Hispanic Society of America, de Nueva York.

Alfredo Matilla. El "Romance del pasabolo", está firmado con el seudónimo "Gedeón". Gracias, sobre todo, a los informes de don Aurelio Céspedes, se ha podido llegar a la conclusión de que el autor fue un afamado abogado, don Alfredo Matilla, que entroncó con una distinguida familia de Ampuero, por lo que, sin duda, tuvo ocasión de pasar temporadas en esa villa y de conocer el juego de pasabolo. Por no abundar la literatura sobre esta modalidad del juego y por lo curioso de la técnica y la imaginaria, trasplantadas, desde el magnífico, y entonces popularísimo libro de Federico García Lorca, Romancero gitano, al juego de bolos de la zona oriental de la Montaña, hemos estimado curioso traer a esta antología el romance del señor Matilla, del que, por su ausencia de España, hace más de cuarenta años, no hemos logrado obtener ninguna noticia.

BOLERAS DE AMPUERO
ROMANCE DEL PASABOLO

Cuadrilátero de sombra,
luces doradas y blancas,
el río cuenta secretos
con el murmullo del agua
a los árboles que cubren
—verde túnel de sus ramas—
la bolera. Juventudes
abiertas a la esperanza,
pasan en generaciones
como por la vida pasan:
flores en el corazón,
todo el mundo a las espaldas
y pulsos que en las muñecas
lentos de sangre les saltan.

Competencias de los hombres
los niños las desearan,
y ojos que se las abrieran
como se les abre el alma
que se va tras de los bolos
en una luz de esperanzas.

Los viejos sienten y miran
con una mirada sabia
que tiene un poco de crítica
y algo de triste añoranza.
Y en el suelo, descansando
su sueño de línea clara,
el tablón, eje del juego,
donde la ilusión resbala,
espera y recoge fuerzas
y luego al aire las lanza.

Bolas corren la canal
—mundos dentro de su área—
como esferas creadoras
de vidas insospechadas.

Brazos en ramas de músculo
hacia el azul se levantan;
llevan deseos en flor,
en la bola y en el alma.

Latigazos de muñecas,
el corazón en la palma,
fija la vista en los bolos
que al sentir el choque saltan.

El espacio, de oro claro,
cruzan tres saetas blancas,
como pájaros volando
en imagen de bandada.
Tres exhalaciones rectas
en tres ilusiones altas,
que caen marcando medidas
de una aritmética falsa.
Pintan júbilos los rostros
y emociones encarnadas.

¡Vidas jóvenes y fuertes!
¡Vidas de una edad dorada
cuando esa vida nos hace
no pensar en la enseñanza
de los años, donde encuentra
su triste fin nuestra barca!

Y allá van los bolos altos,
bolos de buena bolada...

Podrán pasarse los años,
pero las vidas no pasan;
y siempre hay brazos que tiran
y corazones que cantan
cantos de felicidades
y alegrías encerradas.
Son los nuevos gladiadores
los hombres de la Montaña,

ALFREDO MATILLA

rocas de espíritus vivos,
sangre y fuego en las entrañas...

Ya se han retirado todos.
Ya está la aldea callada.
Y cuando el pecho respira
sueños de noche cerrada,
el cielo lanza a la tierra

su bola de luna clara
contra los árboles-bolos
que no esperan la jugada.
Y en el silencio del campo,
a través de la hora alta,
van las sombras de los bolos
cruzando hacia las montañas.

(En *El Diario Montañés*, 15-IX-1935.)



Jesús Sánchez y Fernández, el "Zurdo de Mazcuerras", talló esta estatuilla, que él quiso explicar con las siguientes palabras: "Enjuto, ágil, resistente, agudo, decidido". Descalzo, con calzón a media pierna, camisa y, sobre ella, a veces, una blusilla de percal. En la cabeza, la indispensable "gorruca", y al cinto, la sogá para atar el coloño de "gárabas". Capaz de andar descalzo por los escajos sin temor a que le taladren el callo de la planta de los pies y de resistir sin más atuendos las mayores inclemencias. Su ilusión y orgullo, trepar árboles difíciles, saltar a la raya, bailar la peonza, dar buenos "brillaos" con la "brilla" o porra, conocer todas las vacas del pueblo y, ante todo, jugar bien a los bolos.

Rogelio González Vinales. N. en La Habana el 12-IX-1896. M. en Bielva el 14-III-1960. Jesús Sánchez Fernández. N. en Mazcuerras el 18-III-1911. M. en Santander el 18-VIII-1978. Trátase de los famosos jugadores el "Zurdo de Bielva" y el "Zurdo de Mazcuerras". En colaboración muy singular, escribieron un libro que intitularon El juego de bolos montañés, impreso en Cabezón de la Sal, y aunque sin fecha, debió terminarse la impresión en el año 1936, ya que los autores corrigieron las últimas pruebas el día 17 de julio de ese año. Aunque el librito es en su mayor parte de carácter técnico, en recuerdo de los dos jugadores —mucho mejores como tal que como escritores— incluimos en esta antología unas estampas bolísticas "vividas" y "narradas" por los dos "zurdos".

ESTAMPAS BOLÍSTICAS

—¡Qué hay, Andrés!...

—¡Hola!...

Andrés, el que fue en otros tiempos campeón magnífico de bolos, el que formó parte de las invencibles cuadrillas que inmortalizaron la bolera del Puente, la bolera clásica, la bolera secular, la bolera madre de todas las otras boleras, está viejo, corcovado, temblón, ciego... Hasta el roble se ve impotente ante la carcoma sorda, implacable, demoledora de los años.

Todos los días le encontramos en la bolera. Ahora, como siempre, nos ha conocido al momento por la voz. Va a oír jugar a los bolos. Ya que no puede jugar, ya que ni siquiera puede verlos, gozará al menos del placer inefable de escuchar, en medio de las tinieblas insondables y persistentes que le rodean, el alegre retín-gle del avellano o del abedul, que le habla en lenguaje sublime, que tiene la facultad de acelerar el ritmo de su corazón, que le sume, por último, en la plácida melancolía inherente al recuerdo de los tiempos mozos.

Nos gusta extraordinariamente conversar con este viejo, todo corazón, todo dulzura, todo simpatía. En la adversidad y en la desgracia es donde brillan al desnudo la miseria o la grandeza de la fibra íntima del corazón.

Le abordamos, le preguntamos. Son para nosotros tan interesantes y hermosas las cosas que suele contarnos.

Andrés calla, permanece breves momentos inmóvil, en éxtasis. Sus ojos miran fijo, fijo, y lo que ve hace temblar de emoción todo su empequeñecido cuerpo.

Pero... ¿acaso ve Andrés? ¿Es que no está totalmente ciego?

¡Sí, está ciego; total, tenebrosamente ciego! Su ceguera abarca todo el presente... y segura y desgraciadamente abarcará todo el porvenir. Pero esta ceguera para todo lo presente y lo futuro se ve resarcida por una deslumbradora clarividencia del pasado, que se presenta ante él en policromías magníficas. Andrés vive de recuerdos. Él ha sabido obrar con bondad y rectitud; ha sabido sentir y amar de manera inmensa. Por eso, a veces, es muy feliz...

Mientras acaricia con trémula mano el puño de la cachava, su fiel, su incondicional, su inseparable amiga, brotan de sus labios, a borbotones, en períodos estrangulados por emoción intensa, sus más caros recuerdos bolísticos.

Nos habla de los desafíos domingueros en la bolera del Puente. Las cuadrillas de todos los pueblos circunvecinos desfilaban por ella en sucesión interminable.

ROGELIO GONZÁLEZ Y JESÚS SÁNCHEZ

El jugador que allí triunfaba, había recibido ya su bautizo bolístico. Era la piedra de toque de aquellos tiempos, de los tiempos heroicos del juego de bolos. Bajo el añoso robledal que sombrea la bolera ciclópea tenían lugar los torneos seculares y grandiosos, en los que ventilaban su honor los pueblos contrincantes que acudían a ellos en masa. Allí, apretujados sobre la pared, estaban los viejos para aconsejar, y las mujeres para denostar, como ellas saben hacerlo, asegurándoles ser más capaces que ellos para arreglar una bola o meter un emboque a los que tenían la desgracia de sufrir una mala tarde. Algunas, en el paroxismo del entusiasmo, se arrodillaban tras la pared... y rezaban. Más arriba, arracimados entre las nervudas encrucijadas de los robles, se encontraban los chiquillos y los mozos, todos delirantes y quién sabe si muchos de estos últimos envidiosos de la suerte de alguno de los campeones que allí debajo estaban midiendo y luciendo su fuerza y habilidad inmensas lo que les colocaba en posición de indiscutible superioridad para el logro de la admiración (que en las mujeres está a un paso del cariño) de alguna buena moza que ellos también cortejaban.

Casi siempre, la deidad Victoria (mucho menos caprichosa de lo que afirman los inferiores y los taimados) se decidía por el más fuerte... Casi siempre, los del Puente ganaban.

Nos habla Andrés de las excursiones victoriosas por boleras forasteras: Torrelavega, Santillana... A la llegada del coche de caballos que traía a los jugadores, el entusiasmo popular se desbordaba... y las campanas volaban, quizá con más vigor que en las grandes solemnidades religiosas..., y Tono Chíquili cantaba: "Al coger el trébole, el trébole, el trébole..."

Nos cuenta Andrés muchas, muchas curiosísimas anécdotas, ya personales, ya de los demás colosos contemporáneos suyos. Nos habla de Tíu Miguel Quevedo, el jugador portento de todos los tiempos, el héroe legendario del juego de bolos. Él le conoció ya viejo; pero todavía era el amo... Sus consejos nunca fallaban.

Aquí la emoción del buen viejo llega al límite. Suelta la cachava; se endereza con entusiasmo febril, delirante: —"Dadme una bola", dice. La coge, da dos pasos en la bolera, se detiene... —"¡No los veo!", declara tristemente. Con gracia inigualable, en la que se vislumbra el magnífico estilo de otros tiempos, coloca la bola en la mano...; se prepara...; la lanza... ¿Dónde?... Pero... ¿acaso importa?... Pero... ¿acaso dejan de ser sublimes, por carecer de finalidad, algunos impulsos del corazón?...

(En *El juego de bolos montañés*. Cabezón de la Sal, 1936.)



Riancho, Agustín: Apunte para un cuadro.

Manuel Llano Merino. N. en Sopeña (Cabuérniga) el 23-I-1898. M. en Santander el 1-I-1938. Todos los libros de este escritor están reunidos en la ed., costeada por la Fundación Marcelino Botín Sanz de Sautuola, de Obras completas. Santander, 1968 (2 vols.). Y todos los artículos publicados por Llano en la prensa montañesa están reunidos en los tres tomos publicados por el Instituto de Literatura José M.^a de Pereda, de la Institución Cultural de Cantabria. Santander, 1972.

EMBOQUES EJEMPLARES

I

Esta bolera de Montezor me representa el panorama del mundo, en todas las épocas viejas y nuevas. Incertidumbres, burlas, palmas, bolos que se caen y vuelven a levantarse como esperanzas y proyectos golpeados. El emboque es aquí símbolo de suerte o habilidad en los atardeceres de estío.

Lanzar bien los buenos sentimientos, es lo mismo que hacer emboques en la bolera. Es poseer tino en la intención, pulso en la conciencia, gracia moral en la palabra, rienda o desembarazo en la voluntad, según el momento y el ambiente. Sale el pensamiento rodando en el aire con la fuerza, el coraje, la elegancia, la técnica o la inconsciencia del temperamento. Unos se quedan atrás. La energía no puede con la distancia. Caen en arena estéril, antes de llegar a la raya que ve el propósito a lo lejos, en uno de los muchos horizontes de la ilusión. Es el fracaso de una idea que es medula de nuestra vida interior, el fracaso de un deseo, de una inevitable tentación, de cualquiera de los esfuerzos buenos o abominables del hombre en el corro del mundo, donde el espectador contempla y se ríe. Otros pensamientos vigorosos, bien lanzados, con gracia en sus vueltas y en su dirección, pasan sin tocar los objetivos, que son los bolos de sus ansias, de sus alivios, de su prosperidad, de su ambición. Es la falta de tino en la técnica para luchar con los estorbos erizados del ambiente; el aturdimiento, la mala suerte. Este hombre puso fe y energía al lanzar el pensamiento. Salió bien, preciso, con arte. Pero no acertó a llegar allí, no dio donde tenía que dar. Sus objetivos permanecen inmóviles, impasibles, esperando. El espectador del corro polvoriento y duro del mundo sigue contemplando y también se ríe. Lo mismo da el fracaso por inexperiencia, por falta de atrevimiento y de vigor moral, por ignorancia, que el fracaso por mala suerte, por negligencia, por cualquiera de las circunstancias que desorientan, aturden, nublan o tuercen la línea por donde va el brío y la inteligencia. La gente se ríe de los fracasos sin meditar las causas. Lo mismo la da el defecto que el exceso, el sabio que el ignorante, el cauteloso que el desordenado. La gente nada más que ve y analiza consecuencias. El efecto es el que hace sensación afligida o sensación risueña, chacota o lástima, carcajada o silencio sentimental. Importa el sonido, la melodía, el estrépito, el rumor, no el origen de estos acentos...

II

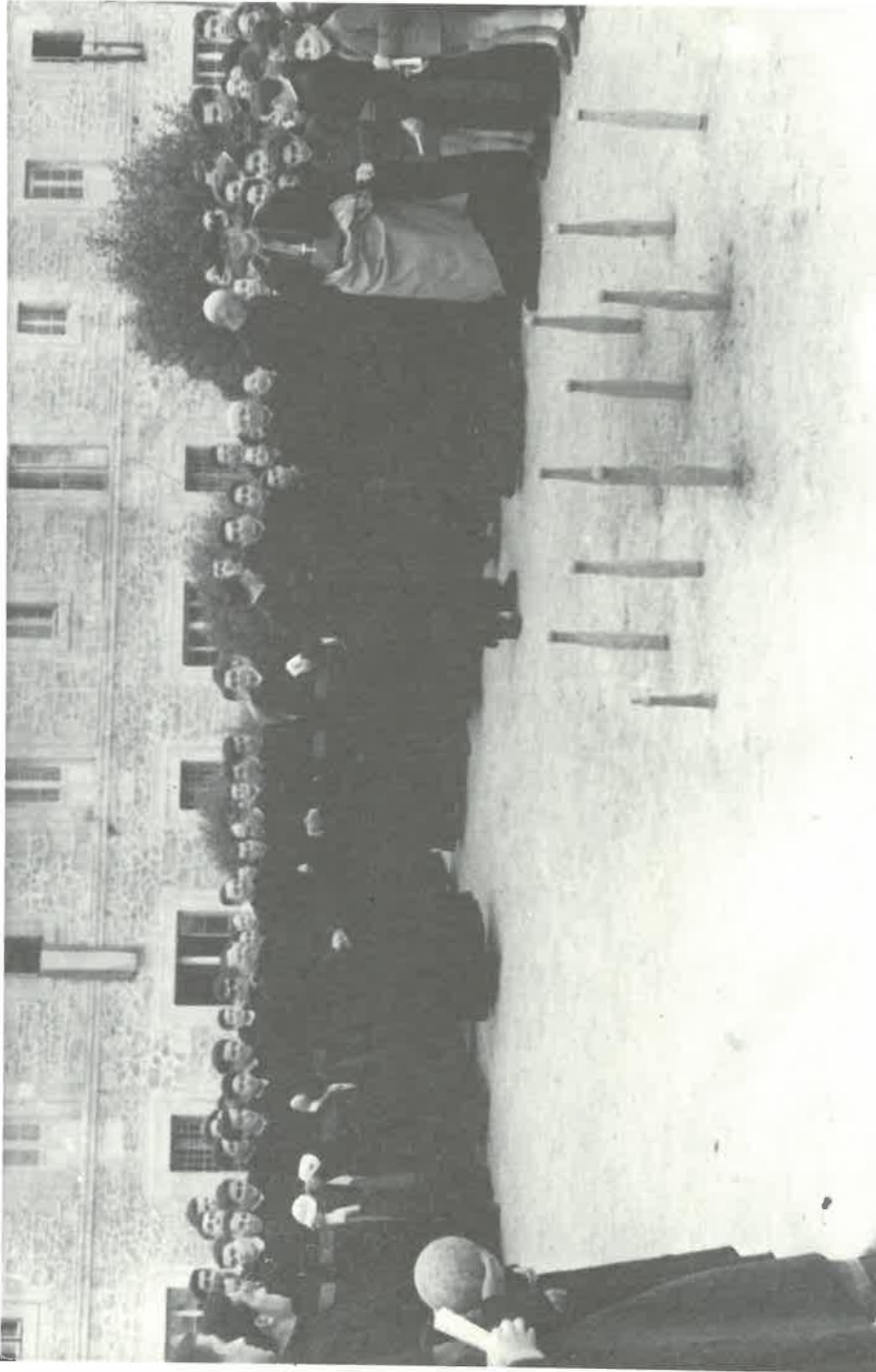
Otros pensamientos, bien concertados y dirigidos, son exactos en la distancia. Salen de la mente llenos de serenidad. Ruedan majestuosos, cautos, derechos, y llegan allí, a donde tienen que llegar, con justeza de dirección y de impulso, como midiendo el espacio, la velocidad, lo intenso o lo suave del ímpetu. Chocan con los objetivos y éstos se abaten vencidos, como los bolos que caen con un ruido jovial, con sonoridad de madera seca bien labrada. El espectador aplaude el triunfo, como antes se rió del fracaso. Entre estas risas y estas palmas va andando el mundo entre estrellas, por un camino de noria silenciosa. La burla y la admiración son como el frío y el calor del clima espiritual, como las hojas secas y las hojas verdes de la naturaleza humana, como un espino y un laurel. En la naturaleza moral, la burla y la admiración son dos estaciones sustanciales, las más intensas, las más largas. Esos pensamientos, bien concertados y dirigidos, se repiten con la misma serenidad. Ahora derriban los objetivos como se derriban los bolos con su boina chiquitina de madera que ya tiene color de polvo. Después, en el segundo intento, se vencen más propósitos, que es lo mismo que ver caer a otros tantos bolos, entrechocando sus coronillas, saliendo de su ringlera, alborotadores, como niños que salen de la quietud y de la disciplina de la escuela y empiezan a correr por los campos, persiguiéndose, dando voces. Cada intento es una conquista. La suma de estos aciertos es la conquista definitiva. Se han ido acrecentando pedazos de triunfo, que es lo mismo que ir sumando bolos en las diversas tiradas. Poco a poco, cada vez que la bola retorneada del pensamiento da allí, la idea abate dificultades, como cuando se dejan atrás leguas y leguas para ir a un sitio predilecto de descanso o de trabajo. Otros pensamientos hacen emboques, que es lo mismo que resumir pasos, palabras, esfuerzos, ingenio, impaciencia. Un emboque es un atajo por donde se llega más pronto. Un emboque del pensamiento en el juego de la vida, en el inmenso corro de las disputas del mundo, es vencer, persuadir, triunfar en un instante, con una sola obra, con un solo surco o aleteo del criterio. Un emboque es trasponer el obstáculo de un solo brinco, es maestría en la ruta, exactitud en la llegada, justeza en la técnica, perspicacia en la distancia y en el terreno. Unos hacen el prestigio lentamente, con paciencia, tanteando con minuciosidad, a fuerza de tirar bolos con el talento o con la virtud, sumando aciertos menudos, como el armador del corro suma los bolos que van cayendo. Ringleras de los sumandos de los aciertos que dan el prestigio definitivo. Sumandos de virtudes, de méritos morales, de buenas obras, de puntadas de talento, de actitudes edificantes. Otros logran el prestigio de una sola vez. Es que han hecho un magnífico emboque con la palabra, con la pluma, con la herramienta, con la conducta.

III

Un emboque es hacerse célebre con un solo libro, con un solo cuadro, con un discurso, con un solo rasgo del carácter en circunstancia oportuna. Todos vamos buscando el emboque: los artistas, los comerciantes, los políticos. El emboque es la obsesión permanente del hombre. Dar allí, en aquella sensibilidad, en aquella campana que avise al mundo, en aquel blanco raro, lejano, casi imperceptible. En cualquier parte encuentra uno imágenes o movimientos que tienen gran se-

mejanza con la desgracia o felicidad del hombre, con lo favorable o lo adverso, con la constancia o el desvío de la actividad, de la intención, del tino, de la circunstancia, que es como tierra fértil o estéril, donde se secan o medran los pensamientos y las iniciativas. Ser zahorí de circunstancias es saber hacer emboques con el ingenio, con la actitud, con la pasividad o con la diligencia. Una gran virtud, es hacer un emboque dentro de uno mismo, en el ánimo, donde ruedan las bolas de las sensaciones, incesantemente, llenas de tierra de mundo. Una gran sencillez espontánea, fina, justa, es otro emboque limpio, raro, perfecto. La bola rueda en el aire del espíritu retornada, describiendo una comba graciosa, alta, hasta caer en la conciencia. Vencer por virtud, por inteligencia, por humildad, por afecto, por energía, es hacer en la bolera de la historia unos emboques resonantes, ejemplares, inolvidables...

(En *Monteazor*, Santander, 1937, págs. 103-108. El autor publicó este texto con unas breves líneas de dedicatoria en el diario de Santander, *El Cantábrico*, 30-XII-1934.)



Bolera del Seminario de Monte Corbán.

Francisco del Hoyo González. N. en Reinosa el 10-XII-1901. M. en Santander el 12-IX-1976. Aparte de no pocas composiciones inéditas —como el "Desafío bolístico", que incluimos en esta colecta de textos—, publicó un libro: A golpe de rima. Burgos, 1971.

DESAFÍO BOLÍSTICO

Esto que voy a contar,
don Emilio, sucedió
en campurriano lugar
donde un huerto y un hogar
tenemos usted y yo.

Era un día de verano.
Y por hacer un alarde
de fiel y de soberano
recordar le diré, ufano,
que era un día... por la tarde.

Aun no empezaba la siega
en el arillón pendiente
ni en el llano de la vega;
pero, como todo llega
y no reposa la gente,

Sidrucu salió a la calle,
buscó de un chopo la sombra,
y sin que el pulso le falle
picando estaba su dalle,
la blusa puesta de alfombra,

cuando el herrero, José,
se presentó por allí...
¿Casual? ¿Adrede? No sé.
El caso es, amigo, que
hablaron los dos así:

—¡Ola, Sidro!

—¡Ola! ¿Qué pasa?
¿no hay trabaju u qué?

—Sí, pero
ya sabes que, a veces, quiero
poner al trabaju tasa.

—¡Ah, pillín!

—¿Y tú?

—Picando.

Mas, leñe, como la boca
del martillu es pura roca
y el yunque demasiao blando...

—¿Son los de la amañadura
que me mandastes hacer?

—¡Los mismos!

—¿Cómo pué ser?

Si en algo estoy a la altura

de los herreros mejores
es, ninchi, en templar martillos.

—Déjate de chascarrillos...

—¿Crees que buscu admiradores?

Me sobran.

—¿Sí? Pos te digo,

mirando a cómo trabajas,
que es más fácil que haiga bajas
entre la clientela, amigo.

—Güeno... ¡escucha!

—Escucho. Di.

—¿Vamos al corro de bolos?

—¿Y qu, hacemos allí solos?

—Juegar un ratucu.

¿Sí?

—¿Soy pa ti pocu?

—Hombre, es voz
del pueblu... ¡vamos! creencia
de haber una diferencia
entre nosotros atroz.

FRANCISCO DEL HOYO GONZÁLEZ

¿A favor de quién?

—Pos, hombre,
de esi que te escucha ahora.
En Campoo naide lo ignora.
Me extraña que así te asombre.

—Hechos, hechos, no palabras.
Siempre que hemos juegau juntos
te he sacau bastantes puntos.
—No. Ayer te gané las "cabras".

¡Va! ¿Y por qué?

—Porque te deju
a la metá de caminu.
—Di, mejor, que porque afinu
el birle y se fue un coneju;

que, sino...

—No me sofoques
y... ¡escucha! ¿Qué hubiera sido
de ti, de no haber metido
por chiripa dos emboques?

—Por chiripa, no: por deos
pa embocar hasta el tablón.
Tú, en cambiu... ¿por qué razón
quedastes con los deseos?

¡Por no poder!

—Tú deliras.
¿Pa qué emboques si ocho u diez
bolos tumbo y ni una vez
he vistu que tú los tiras?

Cuatro yeguas pelicanas
tengo en Sejos. Contra un duru
te las juego: si seguru
estaré de que no ganas.

—Tontás, no; mas, la manchega
bien colmá de vino blanco
en el corro del Estanco
ahora mesmo te se juega;

¿acetas? Y así se ve,
sin ningún lugar a duda,
en qué habilidá se escuda
Isidro y en cuál José.

Y animosos, al instante
marcharon a la bolera
cavilando en la manera
de vencer al contrincante.

Sidrucu, el más veterano,
lanzó la perra; José
pidió cara; acertó y fue
con tres bolas a la mano.

Marcó la raya el primero,
puso el emboque al pulgar,
y el otro, antes de tirar,
¿qué vale?, dijo altanero.

—¿Por qué preguntas qué vale?
escuchó: si es pocu veinte
que valga cien: bien enfrente
te le pongu... ¡a que no sale!

¿Te burlas, eh? No te fies.
Las bolas dirán quién soy.
Dende luego, tras él voy
pa ver si dempués te ríes.

—No hay miedo.

—¿No? Pos, quizás,
en esta tarde de junio
pases por el infortunio
de perder el blanco.

—Estás
chalau del tó. ¿Crees que igualas
tocante al asuntu, hermano,
al Mozu de Campuzano,
a Federico u a Salas?

—Eso, no; pero atropello
a Sidro, en llegando al tiro;
que hoy ni me asusta Ramiro,
ni temblara ante Cabello.

¿Te enteras? Y convencerte
debes que en el corro yo
soy mejor que tú; y que hoy no
ha de ampararte la suerte.

—Muchu viento... No discuto
si te faltan facultades;

las tienes; mas... no te enfades
si afirmo que cuasi en bruto.

—¿A ver, a ver?

—Pos verás,
ya que invitas a decilo:
en bolos arte y estilo
se cotizan lo que más.

Tú, aunque de güena figura,
no la das aire elegante;
te encorvas muchu palante;
pones yerta la cintura;

tiras la bola muy baja;
y además, con tal poder
que no la dejas golver
al lau a que se trabaja.

Subiendu, a la raya corta,
no templeas; la bola llega
tan lejos que no se siega;
y segar es lo que importa.

Porque, quien sienta complejos
dende cerca pa el derribo
de seis bolos no concibo
que le mermen dende lejos.

Dende lejos es escasa
birlando la precisión;
y sin esa condición
tan valiosa, ¿qué te pasa?

—Güeno... ¡al granu! Que istruciones
tuyas no las necesito;

así que... te lo repito,
¿qué premiu al emboque pones?

—¡Diez! Mas... ¡alto! Que se olvida
el "jarabe" que se juega.
¿No sacamos la manchega
al espenzar la partida?

Y entraron en el Estanco
(que era a la vez tienda y tasca)
y en vieja jarrona vasca
sacaron el vino blanco.

Diéronla el primer envite
para "refrescar las bocas"
dejando bastantes pocas
señales de aquel convite.

Y... comenzó el desafío.
El cual, tras largo debate,
terminó en dudoso empate
y casi la paz en lío,

porque la primera jarra
dio lugar a la segunda
no tan ancha ni profunda,
pero tampoco chaparra;

y a la primera partida
siguieron luego otras dos;
y de aquellas tres en pos
la cuarta, no concluída.

Con lo que cada colega,
bañado en vino el bigote,
pagó contrariado a escote
la triplicada manchega.

(Inédito, julio de 1950.)



Boleras de pasabolo-tablón en Ramales de la Victoria y pasabolo-
losa en Estrada (Hoz de Anero)

Francisco Cubría y Sáinz. Vid. nota sobre este escritor en el año 1935.

BOLOS

Creo que el juego de bolos, en sus formas primitivas, debe de estar muy cerca de ser tan viejo como el hombre. No habría razón para no incluirle entre sus iniciales manifestaciones deportivas, la primera de las cuales, hay que estar seguro de ello, por su naturaleza de tipo evasivo, sería la de tirar piedras. El hombre, al descubrir la fuerza de su brazo, le ofrecería entonces lo que podía darle para divertimento: primero, la piedra, y cuando hizo el memorable hallazgo del canto rodado de los ríos, la bola, posiblemente más antigua que la rueda misma, y con mucha seguridad punto de partida para la invención de ésta. Apúntenme ustedes este tanto como investigador del progreso humano.

El hombre, buscando objetivos hacia los cuales lanzar la piedra o la bola, llegó, no sabemos en qué fecha, a brindarle a la demostración de sus músculos la graciosa simetría de los bolos plantados. Esto puede ser tan antiguo como otros memorables jalones de su perfección inventiva.

Pero tampoco es mi propósito hacer historia, sino a lo sumo estimular a otros a que la hagan. Por cuanto la Montaña viene ligada al juego de bolos, en su expresión más exquisita, pienso que no debiera echar en saco roto el tema ese equipo activo —esto de equipo, hablando también deportivamente— del Centro de Estudios Montañeses.

A lo que yo deseo aludir hoy es al riesgo de que una región como la nuestra, donde el juego de bolos llegó al mayor grado de la estilización y de la exaltación viril de este deporte, acabe cayendo nuestra forma típica de realizarse en un definitivo arcaísmo.

Son precisamente estas tierras del Norte, Cantabria, Asturias y Vasconia, las que elevaron el juego de bolos a categoría olímpica. Y de sus varias formas encuadradas en el atletismo, quien se lleva la palma es el juego de palma precisamente; es decir, el nuestro, el auténtico y único juego de bolos montañés, el de los tiros de veinte metros y las bolas girando como peonzas por los planos del aire.

Cuando ya estamos de vuelta en esto de lo que debe ser jugar a los bolos en forma auténticamente deportiva, he aquí que se nos entra en casa, como una resonante victoria de lo exótico, un estilo, nuevo para estas tierras del emboque, y sin brillo estético alguno, que a nuestro juego auténtico, racial, viene a ser algo así como la parálisis infantil al discóbolo griego.

El juego de bolos de salón consigue, como primera fase de su contenido, que el jugador tenga que rematar su postura de lanzamiento en una actitud de vencido, de impotente, que deja caer la bola a sus pies para que vaya a su objetivo ro-

dando —segunda fase—, ¡ella a la que dieron invisibles alas de golondrina entre la sombra de álamos y chopos nuestros mejores ases! Y buscará su meta en un sonrojante arrastrarse con sordo fragor, para producir la tercera fase, facilona y grotesca, de derribar ese panzudo ejército que la espera en formación arcaica.

Es curioso cómo una versión tan poco airosa del juego de bolos va cundiendo y ganando carta de naturaleza en tierras españolas en una época en que el deporte ha llegado a tener para el hombre trascendencia idéntica a las exigencias de su estómago o de su alma. Pero el ejemplo le tenemos ahora en nuestro propio suelo, en la cuna del juego de bolos más olímpico y deportivo que pudieron jamás imaginar arios ni celtas. Y ello sucede mientras las escasas boleras auténticas que van quedando se convierten en pastizales. Y tenemos un hecho cierto y verosímilmente lucrativo y el anuncio de otros idénticos, frente a la imposibilidad de conseguir, tras de tantas tentativas fracasadas una sola bolera cubierta en Santander, que cortara esas largas soluciones de continuidad que imponen a nuestro deporte más típico las largas temporadas invernales.

Se cita ahora este juego como de importación americana, siendo así que América le adoptó cuando ya estaba saturada de él la vieja Europa de bigotudos bebedores de cerveza. Claro que ello no tiene la importancia que podría tener el que América nos produjera Grecos o Goyas. Pero sí es interesante la observación como referencia de lo escasamente afortunada que ha estado Norteamérica en las asimilaciones de tipo deportivo, concediendo carta de naturaleza a variantes como el rugby o los trineos marítimos. Su porcentaje de deportistas tarados, según una estadística reciente, resulta desconsolador. He aquí cómo un pueblo gigantesco que exporta productos para toda clase de mercados parece encontrarse tan distante de la vieja Grecia como lo está en el globo de la Grecia geográfica.

Yo, por lo menos, tengo la esperanza de que pronto, el día menos pensado, cuando ellos nos visiten en persona detrás de sus dólares —“¡Bien venido, míster Marshall!”—, la juventud florida de Arizona o de Kansas, de Kentucky o de California, aprenda de verdad a jugar a los bolos a la sombra de alguno de los pocos viejos nogales que nos quedan en nuestros corros clásicos.

(En *Alerta*, 14-V-1954.)



Orizaola, Víctor: El pasabolo.

El escultor comenta así su obra *El pasabolo*:

Se trata de dejar constancia del deporte que, con el lanzamiento de la jabalina y el bumerán, según mi criterio, son los más antiguos que existen. Esta forma de juego embrionaria de todos los sistemas de bolos existentes se localiza en las Siete Villas, detrás de la baña de Santander. Sobre una losa de piedra se colocan nueve estacas, toscamente labradas, y pegadas con arcilla. Es un juego de tal reciedumbre y virilidad, que los buenos jugadores lanzan los bolos hasta sesenta metros. Se trata de una auténtica reliquia, y viéndole jugar, me di cuenta de que los bolos eran una formación militar, o también una horda que ataca; el jugador es el que se defiende a pedrada limpia. Eso es lo que interpreto en mi figura, toda la fuerza de una raza, que se defiende de todo ataque.

Como ingredientes, el asturcón formando la pierna, caballo pintado en las cuevas prehistóricas, y actualmente casi extinto, entre las montañas de León, Asturias y Santander. Símbolo de la libertad indómita del pueblo cántabro; el hacha opresora de Roma; el ibérico toro y el cántabro bisonte. El hacha de pedernal, las estalactitas, los reñanos, las cabras y cuantos símbolos denotan destreza, fuerza, libertad y nobleza, que retratan esta tierra que es Cantabria.

Jesús Salvador Cancio Corona. N. en Comillas (Santander) el 8-XII-1885. M. en Polanco (Santander) el 23-VIII-1961. Publicó los siguientes libros: Olas y cantiles, Santander, 1921. Bruma norteña, Santander, 1926. El poema de mi gratitud, Santander, 1930. Romancero del mar, Santander, 1930. Del solar y de la raza (en colaboración con Adriano García Lomas), Santander, 1931. Maretazos, Buenos Aires, 1947. Barlovento, Madrid, 1951. Bronces de mi costa, Madrid, 1956. Poesía del mar. Antología, Santander, 1960. Nuevos maretazos, Bilbao, 1974.

¡VOZ Y NERVIO DE LA RAZA!
EL JUGADOR DE BOLOS "ZURDO DE
BIELVA"

El discóbolo griego redivivo
fija en el tiro la maciza planta,
tiende el brazo hacia atrás y se agiganta
de la esbelta parábola cautivo.

La bola, en arco trémulo y altivo,
al bolo da, su vertical quebranta,
y parte hacia el tablón con fuerza tanta
que es, más que un estacazo, un explosivo.

Y tiembla el Corro, de emoción deshecho,
y desde el birlé al tiro no hay un pecho
que no sienta su ritmo acelerado.

¿Quién convirtió con tan viril jugada
la aldeana bolera en olimpiada?
Es el "Zurdo de Bielva", que ha embocado.

(En *Bronces de mi costa*. Madrid, 1956.)



González, Francisco: Dibujo.

*Francisco Cubría y Sáinz. Sobre este escritor, vid.
nota en 1935.*

LOS BOLOS

Me he encontrado en una bolera con un viejo aficionado a los bolós. Un aficionado de mis tiempos. Noble privilegio de los años poder tener en la memoria un archivo de épocas. Así, en los bolos, la época de El Alcázar y la de las boleras de Rasilla y la de la Feria de Muestras, ciñéndonos al casco ciudadano. Los ya veteranos entonces parecían tener menos historia y concentraban su cita en el "Reganche" de principios de siglo.

Hemos recordado las tardes de la época de estudiantes en Cuatro Caminos, entre indios y algún que otro habitual excelente, como Domingo Estrada, Mero, Paco del Río... También Gonzalo Roviralta iba por allí algunas veces en aquel tiempo. Empezaban a salir por entonces los que son veteranos ahora, y a sonar en los certámenes los nombres de Ico Mallavia y Gándara. Varillas ya iba a quedarse atrás con su bigote rubio y aquel "saque" no olvidado por nadie que mire la estética en el deporte.

—¿Y te acuerdas de aquel Tornero? ¿Qué fue de aquel Tornero?

Es la misma pregunta que yo le hice a Foro no hace mucho. El Tornero era por los años veinte un jugador completo. Algo, en los bolos, de lo que es Salas ahora, y cito a éste porque creo que de los jugadores actuales es el que más le recuerda en su estilo de juego.

A mi amigo y a mí nos ha gustado hablar un rato de los bolos. De los bolos de entonces, pero sobre todo de los de ahora, porque ni él ni yo somos de los que se consumen en vivir de recuerdos. Seguramente nos anima esta sensación de auge del juego en el momento actual, nacida acaso del acierto de haberse empezado este año la temporada bolística con menos retraso. El concurso de primavera, que patrocinó "Alerta" y algunas otras competiciones de interés sirvieron de excelente aperitivo a la afición, y hay que reconocer en la prensa una excelente colaboración a la publicidad de nuestro principal deporte vernáculo. Hasta su piquito de polémica en ocasiones sobre si fue emboque o no fue emboque, o sobre si los antiguos tenían más brazo que los modernos, da animación al corro y amplía el campo de la afición.

—¿Pero de verdad que ésta aumenta? —pregunta mi amigo en son de duda.

—Te tengo que contestar con el mismo escepticismo. No lo sé. A veces me parece que sí. A veces creo que no. Palabra que me inclino más a creer que no. Hay un poco de efectismo momentáneo a veces. La afición, para que se diga que aumenta, tenemos que buscarla, más que en el público que rodea al corro, en el mismo corro. Así, cuando pasan por la bolera del Frente de Juventudes tres ge-

neraciones, ¿dónde hay que poner los ojos para enjuiciar este asunto? En la generación más nueva, en la de estos chicos de doce y catorce años.

—Que juegan bien y prometen mucho.

—Sí, pero cuatro.

—Admíteme, que hay más.

—Admitido. Alguno más habrá. Pero lo que hace falta mirar es qué hacen por ahí, en general, los chicos de diez a quince años. ¿Juegan a los bolos? Porque ese será siempre el repié que haya que tomar para conservar una cantera de buenos jugadores. Esto de los bolos obedece a la misma ley natural que otras muchas manifestaciones del atletismo, y señalemos ante todo el fútbol. ¡Si pudiera convertirse en una bolera cada bocacalle de esas poco transitadas, donde los chavales empiezan a soñar con ser un Di Stéfano! De donde tendrá que partirse para que una afición se consolide, será siempre de ese estímulo de la infancia. Por eso creo que organizar concursos infantiles constituiría un acierto para fomentar esa afición, a no ser espectadores, sino actores de nuestro deporte por antonomasia.

—Pero hablemos también del público. En simple calidad de espectadores, bien se advierte que hay un buen número de aficionados.

—Poquíssimos. En fútbol hay una multitud de entusiastas que no han tocado nunca un balón con el pie. En los bolos, no. Los espectadores son gentes, en general, que han tenido o tienen su época de aficionados activos. Vas a un partido de interés, donde se congrega cierto público, y te encuentras allí con los que en otro tiempo jugaste o viste jugar. Esta afición a los bolos, hasta ahora no se ha hecho de otra manera que jugando; es decir, con la bola en la mano. Y así es como habrá que seguir haciéndola.

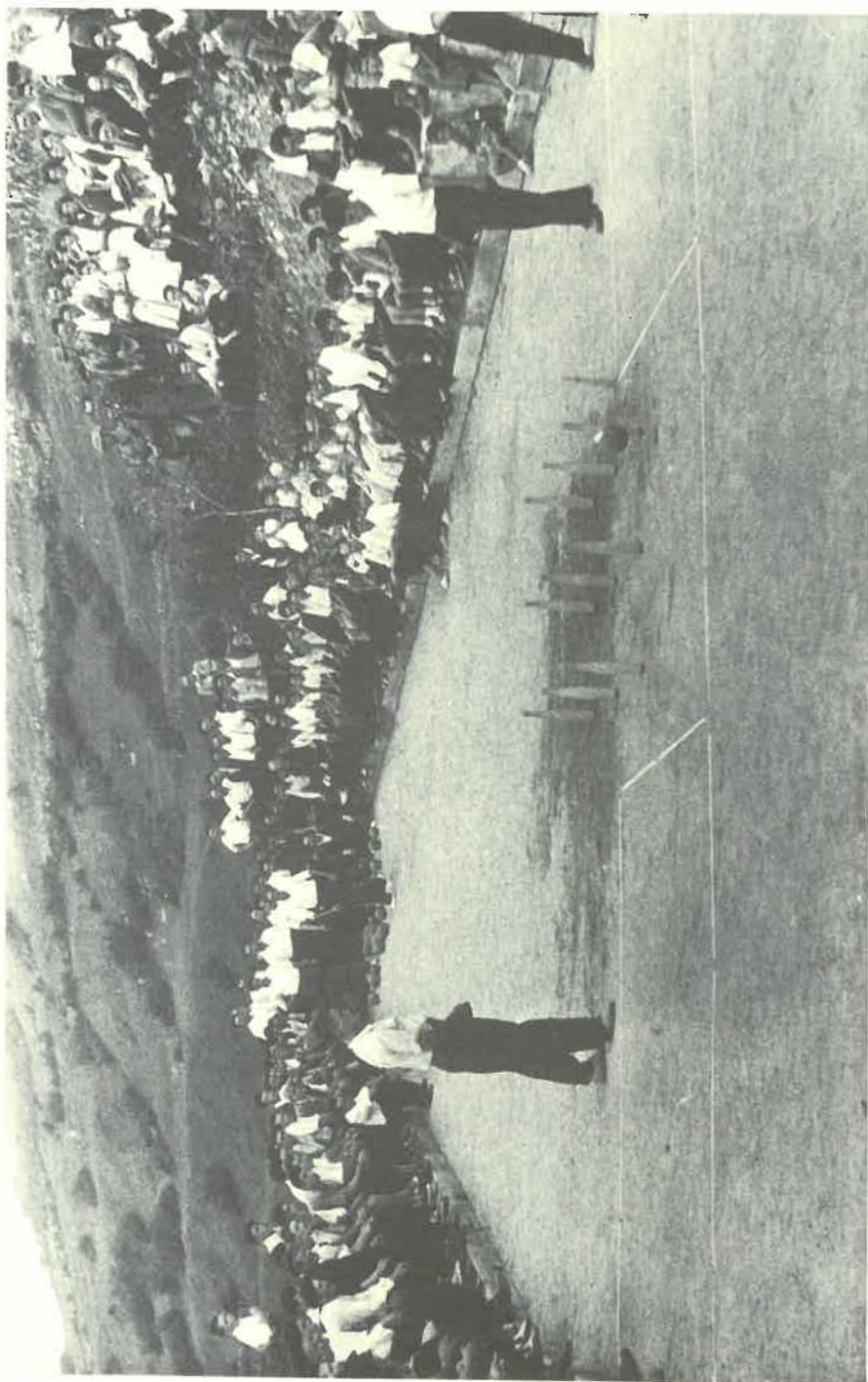
—Y para fomentarla se sigue echando en falta en Santander lo que ya tantas veces se ha dicho: unas boleras cubiertas. Tenerlas supone mantener la afición en estado de permanente actividad. Recordarás que en la época de El Alcázar se jugaba más en Santander en invierno que en verano.

—Cierto. Pero puesto que está visto que es soñar, conformémonos con que losorros se vean animados desde la primavera, como ha sucedido este año. Y acaso sea mejor no pedir demasiado. Todo auge tiene también sus riesgos. Mantenerse en este término en que ahora se desenvuelven las competiciones, con su ligero adobo de pasión y polémica, de interés y nostalgia al mismo tiempo... Quizá lo más simpático que tiene todavía este deporte es la modestia de los jugadores y del público. Sería un mal golpe para la verdadera gracia de este juego que cayera en lo comercial. Privar a los bolos de su naturalidad vernácula, de ese sabor de lo espontáneo con que hoy todavía nos obsequian los campeones, sería quitarle a este noble deporte de nuestra tierra su calor humano y desinteresado.

—Y entonces, ¿qué? ¿Dejarlo como está?

Pues está muy bien y muy simpático. Y muy a tono esa señorial humildad de todo ello con nuestra psicología montañesa. Pero sobre todo, esas cuatro copitas regaladas a los chavales. Los que ya han celebrado sus bodas de oro en el juego de bolos saben muy bien lo que puede valer el que la afición se fomente por ese lado de la infancia. Siendo así, lo demás se nos dará por añadidura.

(En *Alerta*, 20-VII-1956.)



Bolera de Tudanca en el día de su inauguración.

*José María de Cossío y Martínez Fortún. Sobre
este escritor, vid. nota en 1929.*

PALABRAS EN LA INAUGURACIÓN DE LA NUEVA BOLERA DE TUDANCA

Autorizado por mi alcalde, voy a alzar aquí mi voz tudanca para agradecer a la Excelentísima Diputación Provincial la ayuda decisiva prestada para la construcción de esta bolera. Sin ella no hubiera podido llevarse a término, ni aun hubiéramos pensado nunca en resucitar el antiguo corro de bolos en este lugar. Cuando don José María de Pereda quiso situar la acción de su novela *Peñas arriba* en esta aldea, dijo que en toda ella no había más llano que la sala de la Casona. Esta gran verdad escrita en la epopeya de nuestro valle obliga a los tudancos a tener colgados sus huertos, sus prados y hasta sus hogares en auténticos despeñaderos. No podía librarse este lugar deportivo de sentencia tan general y nunca contradicha.

Colgada en esta ladera, en este mismo sitio, estuvo la vieja bolera que yo conocí, y que no conocieron la mayor parte de los tudancos que hoy nos acompañan. Era una bolera rústica y primitiva que no puedo recordar sin nostalgia. No tenía la longitud ni la holgura de ésta. Servían de paredillas enormes piedras colocadas sin artificio, que ahora han servido para cimientos. Así lo exigía la fidelidad a un destino, y así le han cumplido las que sirvieron de límite y nos ofrecieron asiento en el viejo corro. Aun no se había otorgado al juego la importancia que hoy todos le concedemos, ni federaciones ni reglamentos habían encauzado el primitivo deporte que tenía entonces la espontaneidad y la arbitraria marcha de la infancia. Infancia acaso de cientos, de miles de años, que alcanza y logra la madurez ya en nuestro tiempo, cuando el deporte, o mejor dicho, los deportes, llenan los ocios de practicantes y espectadores de ellos, probablemente con preocupación excesiva.

Se jugaba entonces con plena libertad; los bolos eran poco más que estacas que apenas podían mantenerse en pie, y sus asientos en la caja podían ser sendos *jitones* de madera hincados en tierra, no siempre equilibrados y a nivel para sostener el bolo, o un hoyo que obligara a improvisar la necesidad en sus proximidades. Las bolas en estas aldeas eran verdaderamente de artesanía, más achatadas que redondas y hechas a azuela y generalmente de haya, por no ser fácil encontrar ni torno ni encinas. Ni los bolos eran rigurosamente iguales. Cada mozo se encargaba de preparar uno, y aunque aproximados en sus características, todavía era frecuente reclamar el que parecía más pesado para colocarle en el centro de la primera fila como más apto para intentar el emboque.

No eran así las boleras que en Santander y en las villas o ciudades más im-

portantes servían para el juego, pero los de estas montañas necesitaban llegar acaso hasta Puente San Miguel, legendario solar de este deporte, para encontrar una que se aproximara a lo que hoy exige el empaque del juego. Allí, y en Torrelavega y Santander, empezaron los Roviraltas y Mallavias a mostrar las posibilidades espectaculares del noble juego montañés, espectáculo no multitudinario ni de masas, por dicha, sino recogido y recoleto, al aire libre y bajo la sombra de unos árboles; espectáculo casi *di camera* en el que tanto como el juego entraba en el disfrute la sombra sonora y regalada, el paisaje montañés familiar y nunca aprendido del todo, la concurrencia amiga de convecinos, o de forasteros tan conocidos como los mismos naturales del pueblo. Los golpes secos de las bolas y el terremoto y catástrofe de los bolos interrumpían un momento la conversación para que la vista siguiera la trayectoria de las unas y la enzarzada ruina de los otros, y el lance afortunado tenía el comentario, casi siempre estereotipado, sabido de todos y siempre celebrado y reído.

Salvo en concursos muy sonados, el ambiente y los espectadores apenas han cambiado, y el carácter y marco del deporte de los bolos sigue siendo muy parecido. Pero hoy se escrupuliza en sus lances infinitamente más que entonces, y la bolera y todos los elementos del juego exigen unas condiciones y una precisión que dichosamente han elevado el elemental deporte a consideración muy distinta. Y ello muy principalmente por la destreza de los jugadores. Estos podrán pasar inadvertidos en la ciudad o fuera de la Montaña, pero en las villas y en las aldeas donde este deporte se practica son conocidos, discutidos y justipreciados hasta en las más recónditas virtudes de su juego y en los más leves defectos de su estilo. No es ciertamente la popularidad del gran torero o del gran futbolista, pero es otra popularidad más íntima y entrañable que hace sonar entre nosotros los nombres de Peña Castillo, del Astillero, de Casar de Periedo o de Bielva, antes ignotos en la geografía deportiva, con ecos victoriosos confinados antaño en el casco urbano de cada pueblo.

En esas aldeas escondidas y en esas boleras que parecían muchas veces más un accidente natural del terreno que un lugar preparado, y mucho menos cuidado, para el juego, se escondían las semillas de lo que hoy es el deporte aldeano más popular y querido. Y como nacido en terreno agreste y montaraz, siempre tendrá un carácter rural, y se extrañará de verse confinado entre muros de edificaciones ciudadanas, y se aturdirá con el ruido de la ciudad filtrándose a través de ellos, recordando el *manso ruido* del viento entre las ramas o el rumor innumerable del río lamiendo la cerca de la bolera.

Estas circunstancias le han proporcionado no tan sólo ese carácter, sino muchas de sus virtudes como ejercicio y como deporte. El hombre de estas montañas es lento en pasos y proceder. Ha tenido por maestro del ritmo de sus movimientos la pareja de bueyes ante la que tiene que andar, que resbala con digna lentitud por camberas y carradas del monte, empedradas por piedras y relejes. El juego de bolos tiene por ello de todo menos de apresurado o violento. Despacio se toma la bola en la mano, se fija el pie en el tiro y se dispone el brazo al lanzamiento. En ningún momento del juego se abandona el paso de andar, y todo puede suceder en una bolera menos carreras y saltos. El aristocrático deporte del golf, ejemplo incomparable de sosiego, del que en la Montaña queda un rudimento rural, ya arqueología lúdica, que llamamos la *brilla* o *cachurra*, debe ser en sus efectos como ejercicio corporal muy semejante a los bolos. Jugando a éstos se pasea, aunque en reducido recinto, como en el golf, en recinto mucho más am-

plio, y la destreza para lanzar la bola y el esfuerzo para hacerlo deben pertenecer a la misma saludable gimnasia, pese a que en uno se hace a brazo libre y en el otro con bastones de estudiada aptitud en previsión de los accidentes del terreno, o de la intención y carácter de la jugada. En el golf, este instrumento colabora en el impulso con que se hace el lanzamiento de la bola, mientras en los bolos, siendo mucho mayor y de más peso, tan sólo es el vigor natural el que actúa sin ayuda ninguna.

Otra circunstancia tiene nuestro juego que merece ser comentada, y es la de ser deporte individual y no de equipo. Cierto es que juegan partidas de dos o más contra otra del mismo número de jugadores, pero los esfuerzos de éstos se suman, mientras en los juegos de equipos se combinan. En la bolera cada jugador responde de sus actos. Y en ello veo otro rasgo característico de la Montaña: la insolidaridad, el individualismo que ha proporcionado el triunfo de los montañeses, el de nuestros escritores y soldados, el de nuestros indios y jándalos, pero que no nos ha permitido comparecer ante la Historia con una gran empresa colectiva. El gran jugador no tiene necesidad de quien le ayude: el jugador tan solo discreto dentro de un equipo podría rendir eficazmente, pero en la bolera no tiene nada que hacer, si no es resignarse al mediocre resultado de su esfuerzo.

El carácter realista, la naturalidad sería mejor decir, que no es privativa del montañés, sino de todo aldeano, se trasluce también en el juego. En la bolera son innecesarios disfraces deportivos, calzones cortos ni camisetas, defensas ni cascos. Tan sólo se despoja el jugador de las prendas (chaqueta, corbata, chaleco) que la civilidad ciudadana ha impuesto, sin añadir otra alguna. Bien asentado de pies y suelto el brazo ha de consumir su faena a cuerpo limpio, sin más instrumento que la bola que apenas abarca con la mano dispuesta para el saque.

El lanzamiento de la bola es el lance culminante del juego. El momento es de una belleza y gallardía que postulan la calificación de clásicas. El discóbolo de Mirón puede servirle de canon. En tensión todos los músculos, sirviendo al esfuerzo de la tirada, levemente inclinado el torso, suelto el brazo que gradualmente se extiende hacia atrás y aun supera la altura de la espalda encorvada para lanzar la bola desembarazadamente, disimulando el esfuerzo, sin perder una pulgada del punto justo del tiro al recobrar la posición erecta el cuerpo. Pero no es tan sólo la armonía, el ritmo nobilísimo de la esforzada acción, la compenetración de fuerza y habilidad en señera maestría lo digno de notarse, sino el dominio del acto que ha de permitir imprimir a la bola en el mismo momento de soltarla un impulso que, como pequeño planeta, la haga actuar con doble rotación, la del efecto con que sale de la mano y la parabólica que ha de llevarla a la caja de los bolos. Ni el lanzamiento del peso, de la jabalina o del disco tienen la dignidad del lanzamiento de la bola. Porque no se trata de una prueba predominantemente de fuerza, servida naturalmente por la maestría, sin más finalidad que comprobar la fortaleza del brazo y la eficacia del estilo: aquí la bola puede decirse que parte animada por la voluntad del jugador, y que porta en su viaje sus intenciones al complejo empeño de derribar los bolos, cuando no de alcanzar el premio del casi inasequible emboque. La bola parece animarse como si circulara de nuevo la savia entre sus vetas para ser el mensajero fiel de quien sabe mandarla.

Pero aun tiene una compensación la falta de fortuna en esta primera y esencial parte del juego: el birlle. La habilidad en él es acaso menos distinguida, y la malicia, la astucia, pueden compensar otras nobles virtudes deportivas. Aquí es

JOSÉ MARÍA DE COSSÍO

donde el cálculo de la fuerza y de la precisión del golpe en el lugar en que se pega al primer bolo, y el efecto de la bola, pues tirar una bola aun en el birlle es lo menos parecido a lanzar una piedra, son la garantía del éxito. "Medias bolas y apretar es el juego del billar", afirma un viejo adagio del noble juego de las bolas de marfil: medios bolos, o cuartos, y aun fracciones menores de bolo, son el secreto de que el primero tocado sea colaborador eficaz en la gran jugada derribadora.

A veces, dichosamente, la bola queda tan próxima a la caja de los bolos que consiente el lance que llamamos la siega. Y aquí nos sale otra vez al paso con tan clara alusión denominadora del carácter fundamentalmente aldeano del juego. Guadaña la bola y asta el brazo, evocan la faena veraniega de los prados que a la vista del jugador muestran en este tiempo, por estas alturas, su esperanzado color.

Con el nombre de juego de bolos y con trebejos semejantes, se designan variedades que nada tienen que ver con el juego montañés, y siempre con notoria ventaja de éste. Ni el pasabolo castellano, en el que la fuerza juega el principal papel para aventar lejos el bolo; ni la variedad asturiana con bolas más pequeñas y sin birlle; ni la leonesa con medias bolas que lanzadas fuera de la caja de los bolos han de penetrar en ella en virtud del efecto que se las imprime; ni siquiera el juego de *bitllas* catalán, ni mucho menos el americano que ha llegado a nosotros para ser jugado con luz artificial en locales destinados a la bebida, cuando no a la solicitud galante. Las características de nuestro juego le distancian infinitamente de éstos.

Obra trascendental dentro de su aparente sencillez es el proporcionar campo adecuado a este juego en estas aldeas. Ello ha de fomentar la afición por dicha muy viva en toda la Montaña y Dios querrá que logre la finalidad educativa en que el deporte funda su utilidad y su nobleza. Y sobre todo, intensificará el amor a esta manifestación de la cultura popular. Porque aunque el aldeano que practique este juego no lo sepa, existe un tipo de cultura transmitida tradicionalmente, de la que este y otros juegos son clara manifestación. Ella es tan digna de ser fomentada y estudiada como la que antonomásicamente lleva tal nombre en medios ciudadanos. Tal cultura, como la superior, tiene su lugar específicamente propio en el ocio. Hay que llenar dignamente ese hueco de la vida del trabajo, que tal es la misión de toda cultura. Llenarle con un ejercicio noble y sano, transmitido tradicionalmente por generaciones y generaciones de hombres de nuestra tierra que han habitado las mismas casas que habitamos, que han retenido en sus ojos el mismo paisaje que ahora contemplan nuestros ojos y que les han cerrado para siempre aprisionándole en ellos con el último rayo de luz, es misión bien digna de que quienes puedan servirla la sirvan.

Yo sé que esta es la razón por la que hoy se congregan en este rincón montañés tantas ilustres personas, a las que acaso no hubiera congregado motivo, al parecer, más trascendental. Pero las apariencias engañan, y este acto sencillo y rural tiene la significación insigne de homenaje entrañable a nuestro linaje montañés, a nuestra tradición y a nuestra tierra.

(Leídas el 27-VII-1958. Inédito.)



Teniers, David: Tapiz en el Museo de la Catedral de Santiago de Compostela.

Francisco de Cossío y Martínez-Fortún. *N. en Sepúlveda (Segovia) el 12-V-1887. M. en Segovia el 31-V-1975. Académico, periodista, sus artículos están diseminados en la prensa española e hispanoamericana. Cultivó, además, casi todos los géneros literarios: la novela, el teatro, el ensayo, etc., etc., y de su prolífica bibliografía anotamos los siguientes libros: La casa de los linajes, Valladolid, 1906. Macbeth, drama de Shakespeare, adaptado a la escena española en verso castellano. Valladolid, 1913. Del sentimiento castellanista. Discurso en el Ateneo de Valladolid. Valladolid, 1914. En el limpio solar. Drama en tres actos. Valladolid, 1917. Las experiencias del Dr. Hanson, Valladolid, 1923. El caballero de Castilnovo, Madrid, 1924. Cuaderno de un confinado español, Santander, 1927. Clara, Madrid, 1929. París-Chafarinas, Madrid-Barcelona, 1931. Hacia una nueva España, Valladolid, 1936. Manolo, Valladolid, 1937. África, Valladolid, 1938. Meditaciones españolas, Valladolid, 1938. La rueda, Valladolid, 1939. Taxímetro, Barcelona, 1940. Cock-tail sin alcohol, Madrid, 1940. Carlos V, Madrid, 1941. Elvira Coloma, Barcelona, 1942. Aurora y los hombres, Buenos Aires, 1950. El hombre del suburbio, Madrid, 1952. Cincuenta años, Madrid, 1952. Confesiones, Madrid, 1959. Alonso Berruete, discurso de ingreso en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. Madrid, 1962.*

EL JUEGO DE BOLOS

El juego de bolos, en la Montaña, es un juego rústico, que no ha alcanzado el rango aristocrático de otros juegos campesinos, que, del ocio del trabajo, han pasado a ser el ocio del ocio. No podemos, pues, aplicar a él la bárbara palabra de deporte, y bien está la de juego físico, que tiene una relación íntima con la vida natural.

Una bolera montañesa representa una pausa en el paisaje, una calva en la pradera, un reposo sobre un murete de piedras toscas, en el que se sostiene en un equilibrio inestable el jarro y el vidrio de un vaso. Cuando pasamos en coche por las carreteras de esta región, al divisar un pueblo presentimos una bolera, un lugar completamente llano, sin cuestras, sin roca, sin quebradas, como una defensa que los hombres han robado a la Naturaleza para jugar.

Se han aprovechado árboles viejos para que den sombra, y que quedan allí cumpliendo una misión utilitaria, desarraigados del bosque; árboles venerables, que su función de acer agradable aquel lugar los ha librado del hacha que busca la utilidad de la madera. Por esto, quizá, los árboles de la bolera ejercen en estos pueblos, que son íntimamente paisaje, y no recinto urbano, una función poética.

No se sabe quién sea el inventor de ningún juego. Posiblemente todos los juegos se han inventado jugando; así, los chicos están inventando juegos constantemente, mas en un proceso de depuración, estos juegos llegan a un punto en que no se les puede tocar, ya que son perfectos y nadie es capaz de apurar en ellos una variante nueva.

Posiblemente este de los bolos, que se juega en esta región, y que difiere de otros juegos de bolos que se juegan en otras partes, en el que ha apurado las posibilidades de cualquier variante, con sus nueve bolos armados en filas de a tres, y uno pequeño, llamado emboque, que cuando se consigue con una bola, después de haber derribado con la misma bola un bolo central, gana la jugada más brillante y eficaz.

He presenciado últimamente dos concursos de bolos: uno en Barreda, en el que han participado los ases de la bolería, y otro en Puentenansa, organizado por la Sociedad de los Saltos del Nansa, para buscar un campeón entre sus obreros y empleados.

Son interesantes estos concursos, a los que acuden muchos aficionados para juzgar a buenos jugadores, pero a mí me interesa más la bolera en libertad para que juegue en ella quien quiera, y en donde observamos el individualismo de este

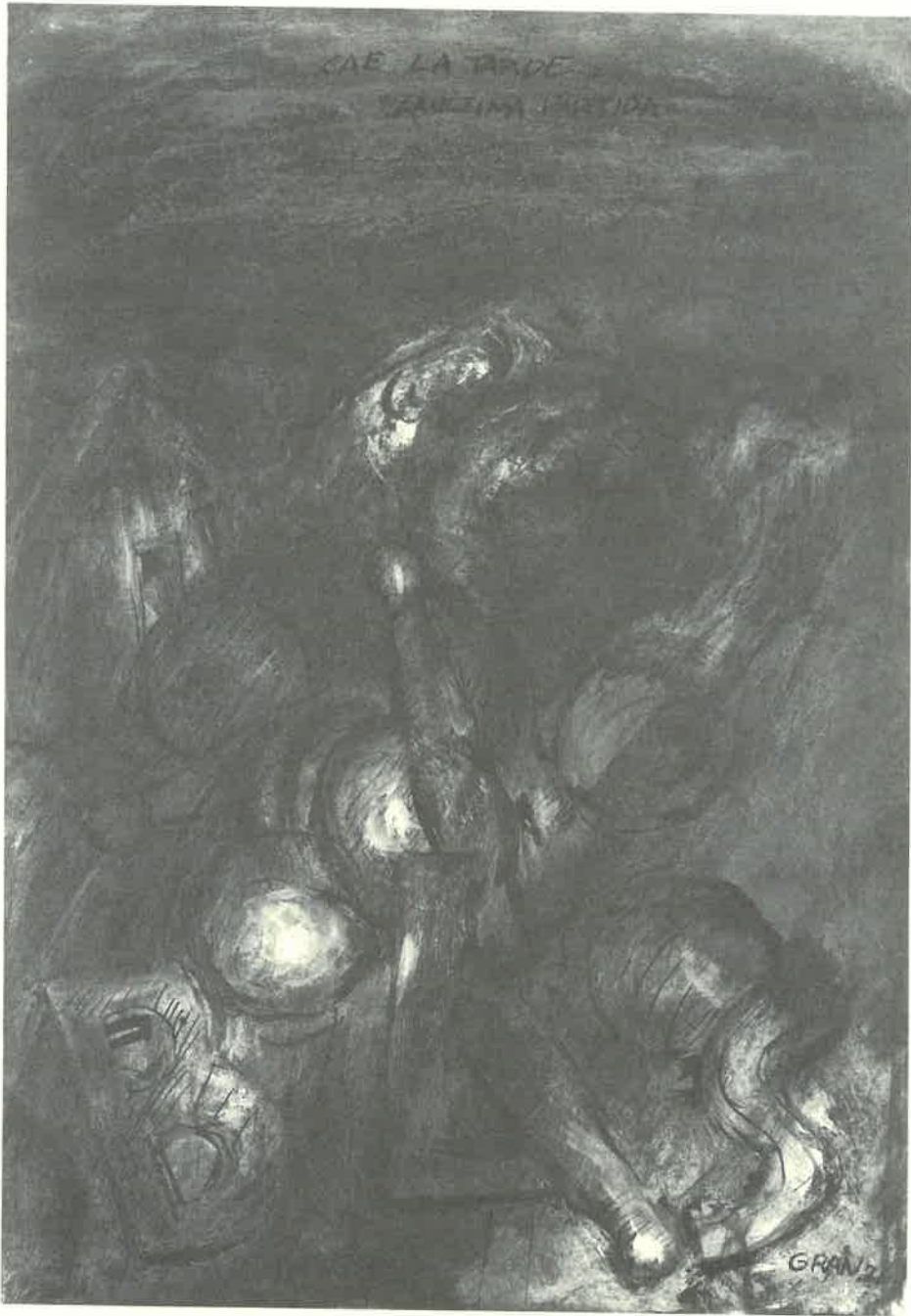
FRANCISCO DE COSSÍO

juego, pues aun jugando en parejas o grupos, cada uno es responsable no más que de los bolos que tira o deja de tirar. Y así, cualquiera, por mal que juegue, le basta con lanzar una moneda al aire para incorporarse al grupo de jugadores que le corresponda.

Quien no haya ensayado su aptitud en este juego pensará que es cosa fácil derribar bolos; mas si nos proponemos hacerlo advertimos que es empresa bastante difícil. Hay que lanzar una bola pesada, de madera, al aire, a una distancia de doce a veinte metros, y procurar que entre en la caja de los bolos, y que no quede ni corta ni larga. Y esta bola ha de llevar un efecto determinado, a la derecha o a la izquierda, según el emboque esté colocado a uno u otro lado. He aquí un juego rústico, que exige la fuerza, la destreza y la gracia.

Y exige algo más importante: el paisaje. El verde de las montañas próximas, el rojo negruzco de los tejados del caserío y la sombra de los grandes árboles, que hacen grato este rectángulo del ocio. Boleras de las ferias, de las romerías, de los domingos, cuando los hombres no tienen trabajo imprescindible, y en los días de entre semana el juego del señor, del cura, del médico, del maestro..., aunque en los días feriados éstos prescinden de su jerarquía para compartir su habilidad con el pueblo. Los emigrantes en países trasatlánticos han centrado una parte de su nostalgia en la bolera. Y han creado boleras montañosas en ciudades populosas de países lejanos. Han llevado allí las reglas del juego, la posición clásica para lanzar las bolas, las palabras vernáculas para comentar las incidencias de la partida...; no han podido llevar, sin embargo, el paisaje. Estos viejos nogales alejados del bosque que dan sombra al único rectángulo llano del pueblo.

(En *El Diario Montañés*, 30-X-1958.)



Gran, Enrique: Cae la tarde: la última partida.

*José María de Cossío y Martínez Fortún. Vid nota
sobre este escritor en el año 1929.*

CONVERSACIÓN DE BOLERA *

Por una vez, y pese a lo conspicuo del lugar y a la calidad de los oyentes, no me siento ni preocupado ni cohibido al actuar con apariencias de conferenciante. Esta conversación de bolera no ha de tener nada de empaque, ni en ella quien lleva la voz, no cantante, sino confidencial y llana, tiene la conciencia de que no es por género alguno de superioridad en el saber por lo que la lleva, sino, a más de por designación cariñosa de quienes entienden en este mundo de los bolos, por no ceder a nadie en entusiasmo y cariño por las tradiciones montañesas. Entre ellas ocupa lugar preeminente, y el primero entre las deportivas, este juego tan humilde, que nunca había aspirado a la categoría de espectáculo, pero que, incitado sin duda por el ejemplo de otros de mucha menor raigambre, ha sacudido su timidez y se ha presentado en público, atrayendo no por fortuna a las masas, pero sí a número suficiente de devotos, que han obligado ya a sustituir las piedras, o acaso los troncos, de las cercas de las boleras por la gradería de los campos de juego suficientes para alojar a número de entusiastas espectadores, que se atreve a las cuatro cifras.

Esta evolución y crecimiento de la afición a los bolos ha sido obra de pocos años. Cierto que ya ha adquirido altura la columna en que se consignan los nombres de los campeones que anualmente conquistan tal título, pero los de mi tiempo recordamos el en que aun en las boleras más prestigiosas y en las partidas de los ases de entonces se congregaba tan sólo el módico concurso de cuantos cabían sentados en su cerca, con más curiosos inquietos que de pie avizoraban los lances del juego detrás de aquéllos. Tenía éste ya sus apóstoles, pero su predicación, como todas las de las cosas sencillas que han de ser trascendentales, se hacía ante auditorios reducidos y humildes, y de viva voz, sin más que, acaso, el ejemplo de los jugadores y la invocación de casos o acaecimientos próximos.

El crecimiento de los públicos, la atención a la parte técnica del juego, la categoría del lugar de la clasificación que se alcanzaba en los torneos hizo que se prestara atención a las circunstancias de los desafíos que habían de parar en concursos, y la frecuencia de éstos y el interés en aumento de sus lances y controversias, que se buscara unificar cuantos se verificaban en las distintas boleras, hasta llegar a la organización actual, modelo de seriedad, dedicación y tino en los menesteres todos relacionados con el juego.

Había entonces campeones de esta o la otra bolera. El fomento de tales con-

* Conferencia organizada por la Federación Cántabra de Bolos y dictada en el Ateneo de Santander, el día 10 de octubre de 1960.

curso interesaba especialmente a los propietarios de ellas, o a los proveedores, si no había propietario, del vino indispensable para recuperar fuerzas en el ocio forzado de los contendientes y, sin que vea razón pareja, en el gacinate injustificadamente seco de los espectadores. La vocación dispersiva e insolidaria de los españoles, y los montañeses somos exponente máximo de tal condición, hacía difícil unificar tales competiciones, y el prestigio máximo había de conquistarle el campeón de esa región privilegiada de las Asturias de Santillana y tierra de La Vega, que tenía como nombre singular más expresivo el de Puente San Miguel. Aún se rinde este homenaje sentimental a esta supremacía, que el recuerdo tan sólo de don Darío Gutiérrez justifica, y en todas las boleras, incluso en las muy distantes de tales lugares, nombres familiares en tal reducida zona sonaban bien sabidos por todos; y así, al cerrársele una bola a un jugador, siempre exclamaba alguno: "¡Cerrazo!", sin que faltara otro que dijera, y cien que pensaran, "¡Y después, Villapresente!". Hasta tal punto parecía unida esta local y reducida geografía a los bolos.

Pero toda la Montaña era escenario del juego aldeano. Y este calificativo creo que es el que mejor le cuadra. Podrá trasplantarse a la ciudad, y en Santander y en Torrelavega y en todas las de nuestra provincia se ha jugado siempre, pero entre el tráfico ciudadano ha venido siendo como un oasis en el que esperamos oír no cómo acaecen los ruidos del tráfico ciudadano, sino el chirriar de los carros por los caminos y el son del viento entre los árboles montaraces nunca más añorados.

¿Pero qué juego es este que tan desinteresados entusiastas congrega y que apasiona en el término justo que debe apasionar un juego? ¿Qué relación se establece entre el público y los jugadores y de qué casta es ella? Hacia estas sugerencias del juego querría dirigir hoy la vista y la palabra, y si fuera tan dichoso, descubrir en él algunos de los rasgos de nuestro ser y carácter de montañeses. Porque si es cierto que lo más valioso de él debemos vincularlo a metas más importantes, las de nuestros ocios no son indiferentes y acaso sean más expresivas que otras, al parecer, más elevadas.

Lo primero que debe notarse es que el juego de bolos tiene una tradición inmemorial, y uso esta palabra en su estricto sentido de no poder intervenir la memoria, ni la nuestra particular, ni la de documentos o testimonios que no creo que existan, para fijar fecha en que empezara a jugarse. No quiero, pues, decir que no hay memoria de su origen por antiguo, sino simplemente que no hay memoria de él. Tan humilde debió considerársele que no ha merecido, a lo que se me alcanza, una investigación formal de sus orígenes. Pero en una forma u otra puede creerse que su origen es remotísimo, pues su esencia reside en un quehacer típico del hombre primitivo y ciertamente no menos querido del hombre civilizado: el placer de derribar. Se diría que los objetos enhiestos han tentado al hombre desde sus orígenes a volverlos a su horizontalidad sobre el suelo. Una ansia de igualdad parece haber movido siempre a los humanos. Lo que sobresale, lo que se yergue sobre el abatimiento de los demás ha sido blanco siempre y víctima de esta dañada tendencia de los hombres. Derribar ídolos, misión cumplida con puntualidad y destreza digna de mejor empleo. Lo físicamente erguido tiente al niño a abatirlo, y si construye con piezas o chirimbolos algún simulacro de edificio es por el placer de derribarlo. Son infinitas las maneras puestas en acción para este fin, y el bolo con su aire de idolillo impertinente, que acaso empezó por serlo, juega papel importantísimo en todas las maneras de diversión de los niños

y de los mayores. Porque también los mayores han sentido ese placer, y en juego en el que el choque, otra de las formas capitales de la diversión, es lo esencial, como en el billar, han inventado la modalidad de los palos o chapó en el que la bola, como colosal roca desprendida que allana un edificio, barre los bolillos o palos con fuerza incontrastable. Y no sé si es la habilidad del lance lo que se festeja, o el espectáculo de asolamiento de los palos rodando sobre el verde paño. Con gracia e ingenio inimitables lo canta Gerardo Diego en su *Oda a los bolos*:

*Y a la hora de la siega, ni en Tembleque
de Sancho Panza se arma tal retruque,
tal trigonometría y jeribeque.
Un mástil sólo en pie le quedó al buque.*

¿Qué atracción tuvo para el hombre primitivo, y sigue teniendo para el que llamamos civilizado, este afán derribador, este dejar en raso lo enhiesto y levantado? Vivencia de tal prurito ancestral debe ser nuestro juego. Nada está más lejos de la significación que atribuyo a lo esencial de su objeto que la intención y el goce del jugador actual. Pero, sin duda, este común denominador de tantos juegos hubo de tener en su origen, y este primario placer regir su desarrollo. Notad que no existe, que yo sepa, juego en el que los hombres se hayan propuesto el fin contrario: hacer pasar las bolas entre las calles sin tocar ninguno de los erectos trebejos. Cuantas variantes se conocen de nuestro juego persiguen el mismo fin, si ya no es, como en el pasabolo, acompañar la caída con el simultáneo lanzamiento lo más lejos posible. En los bolos, el placer de derribarlos es misión del jugador; la de armarlos, de un chicuelo asalariado, o que por pura diversión o, mejor, ambición de llegar a ser jugador, entra tan subalternamente en el juego. Y no es razón suficiente la de lo cansado o molesto de tal oficio. Yo he oído decir a muchos jugadores que el que no es buen armador no es buen jugador. He sospechado que lo decían por animar al compañero para la ayuda, mas quede esto aquí, porque acaso sea verdad y sincero el decir.

Pero quizá convenga alguna reflexión más sobre este hecho. Y la primera, que en otros deportes el derribo es también esencial. Y pienso, sobre todo, en la caza. El ave que vuela o la alimaña que corre por el monte ha de ser derribada, de caer herida o muerta, para que el lance sea perfecto. Y el goce total no se produce sin esta condición. Sociedades Protectoras de Animales propusieron una variante de la caza en la que en vez de disparar el rifle o la escopeta aconsejaban disparar el obturador de una máquina fotográfica y lograr una fotografía de la pieza. Creían que era una manera de cazarla suficiente. La indignación de los cazadores (la propuesta se hizo, naturalmente, en Inglaterra) fue instantánea, y nuestro gran Ortega y Gasset ha dedicado al caso páginas de las más agudas que sobre la caza se hayan escrito.

Naturalmente que este instinto primario tiene una razón para perpetuarse en este y en otros muchos deportes, ya que lo esencial es que esté regido por la destreza del jugador. Y aun como tal instinto, es de una inofensividad absoluta, tuviera la significación que tuviera en su origen. Pero esta destreza, indispensable para el jugador, ha de tener un complemento en la fuerza. Y hemos aquí ante uno de los elementos indispensables en todo deporte al aire libre.

El cultivo de las facultades físicas es preciso en este como en tantos juegos. Pero no se trata de formar seres hercúleos, ni es este juego de colosos, sino que la

plenitud de tales facultades, según la complejión de cada uno, debe estar a punto y en pleno rendimiento para el juego y ser suficiente para practicarlo. La habilidad, la destreza, como queramos llamar al arte de bien gobernarlas, tiene como requisito el disponer de ellas en su plenitud. ¿Quién duda que los baches que en tantos jugadores extraordinarios hemos notado no han dependido de una baja en su forma, que siempre en éste, como en todos los deportes, es su forma física? Y he aquí que, como de refilón, se nos presenta un aspecto de este deporte muy digno de que en él paremos la atención. Los jugadores de bolos, aun los más eminentes, no han sido nunca propiamente profesionales. Sus medios de vida han sido siempre distintos e independientes de esta habilidad. Cumplen a la perfección con la almendra semántica que el vocablo deporte lleva consigo, y a la que el Diccionario de la Lengua da el preciso sentido de "recreación, pasatiempo, placer, diversión o ejercicio físico". Y notad que esta acepción de "ejercicio físico" se atribuye al deporte, no a su preparación ni al rudo entrenamiento que un ciclista o un futbolista, por ejemplo, han de ejercitar como precedente indispensable de su actuación deportiva. Lo que en los bolos se llama entrenamiento no es sino jugar con frecuencia y sin responsabilidad, y es recreo tan calificado para el practicante como el propio juego espectacular de los concursos.

Bien me temo que, como en otros deportes acaece, los que ya no sirven para jugar inventen un cargo retribuído de entrenadores, y aun mareen a los jugadores con sus consejos y ocupen su tiempo y justifiquen sus emolumentos con esta preparación previa. Viendo estoy en el futuro sesudos artículos sobre las tácticas en los bolos, y aun cotizarse el nombre y los servicios del afortunado que logre tener bajo sus supuestas enseñanzas al jugador genial. Y si las tpticas no, pues este juego carece de ellas, salvo en el graduar la situación del tanteo, sí tentar la enseñanza de la técnica del lanzamiento de la bola, o de la manera de lograr mayor eficacia en los efectos y maneras de intentar el emboque o hacer más eficaz el birle.

La conquista de estas técnicas deportivas por vía especulativa, y no práctica, es de los fenómenos más pintorescos (y picarescos) del actual deporte, y más en los que por sus ingresos prometen mejores perspectivas económicas. Un montañés de origen, don Francisco de Quevedo, fue en su tiempo el implacable demolidor de cuantos embelecocos técnicos se acumulaban en el noble deporte de la esgrima, y supo colmar a los Pachecos y Narváez de su tiempo de ridículo, y aun probó en la práctica la verdad de su escepticismo, midiéndose ventajosamente con alguno de estos *entrenadores* de entonces.

No creo que corra este riesgo el deporte de los bolos, pero contra él debemos prevenirnos. Ya que su potencialidad económica no consienta hoy pensar en tales beneficios, debemos estar muy alerta contra la pedantería de sus cronistas, pues este ha sido siempre el camino de penetración más peligroso para quien intente su intervención en el laberinto de la técnica.

Meritorio es el intento de encauzar la afición de la juventud, y aun de la infancia, y enseñar los rudimentos técnicos del juego. Ello cabe, y si son ciertas mis noticias, se practica ya, y con competencia y éxito notables. Es labor de preparador y ésta en todo deporte es conveniente. Pero de ahí a constituir en un pedantesco galimatías el claro juego de los bolos hay distancia que no debe intentarse ser cubierta. Vaya mi aplauso para estos preparadores de la juventud, y para todos el aviso del riesgo, y mi congratulación por la discreción y el tino que los relatores en la prensa vienen empleando en este aspecto.

Técnica indudablemente tiene este deporte, pero las distintas condiciones físicas de los que le practican y la distinta visión de su finalidad y de su experiencia intransferible hace que tal técnica sea puramente personal y adaptada a tales condiciones, sin que, en términos generales, pueda dictaminarse dogmáticamente sobre el modo de trabajar la bola o sobre la visión de un birle de esquina. La habilidad para habérselas dichosamente en cada lance, que no quiero llamar técnica, es intuitiva y debe disponer de todas las energías del jugador, las naturales, como dije, de su complejión, sin deformarlas con intento de normalizar esfuerzos excepcionales, ni sin tener pendientes la vida y costumbres del jugador del próximo partido: Me parece importante el no imbuir ni en el practicante ni en el público la idea de que una dedicación exclusiva y agotadora al juego sea necesaria ni aun conveniente para practicarle con fortuna. No, la vida, queridos jugadores, no puede estar supeditada a la diversión o el deporte. Deben situarse las horas del trabajo y del juego, de la preocupación y del reposo con cautela y razón. Y el propio juego de los bolos proporciona ocasión de graduar estas necesidades y estos deseos.

Una de las grandes ventajas de este deporte es la de que el trabajo no es continuo. Tras cada tirada, y aun tras la tirada de cada bola, se concede un vagar al jugador. No es de total reposo. En las boleras se anda mucho más que se juega, y este caminar a la sombra de los árboles, al aire libre, siendo espectador el que juega de la labor de sus compañeros, alivia la fatiga y restaura la fuerza y el humor. Pensad en el denodado esfuerzo de la carrera manteniendo la posición y tratando de mejorarla sobre los demás en violentísima pugna. En la bolera cabe todo menos el correr y el saltar. La lentitud debe ser el signo bajo el que se desarrollen las contiendas. El hombre de estas montañas es lento de andadura y de ademanes. Ha visto desde niño erguirse agriamente las laderas ante su paso, y acaso ha caminado horas, muchas horas, delante de los bueyes uncidos a la carreta, inmejorables maestros de seguridad y lentitud. Pero como si esta manera de proceder no fuera suficiente, aun reserva el juego la facilidad del descanso en lo que tiran los demás jugadores, compañeros o adversarios, y el dirigirse a la bola para el birle ha de ser acto parsimonioso y solemne. No son necesarios entrenamientos apurados, ni aquí se miden por minutos los partidos, ni es problema el llegar al final tan desahogadamente como se estaba al principio. Se llega porque nada se hace violento, que impida conservar tranquilo el respirar y holgado el movimiento. A esto es a lo que siempre, en lo físico y en lo moral, se ha llamado serenidad.

Este sosiego del juego le presta un carácter ejemplar. No es de buen jugador el mostrar patente el esfuerzo de la jugada, si alguna vez le exige. El lanzamiento de la bola desde el tiro, especialmente si este es largo, exige un esfuerzo evidente, aun en el más forzado jugador. Pues bien, el mérito no sólo artístico, sino incluso reglamentario, de tal acción es disimular lo trabajoso de ella. No es ya que se muevan tan sólo el torso y los brazos, estando prohibido que las piernas cambien de lugar, sino que lo artístico es que sirvan tan sólo de sustentáculo firme del actuar del brazo, prestando a la tirada esa serenidad clásica que tan sólo proporciona la quietud. El que en el toreo se estime como un defecto el mover los pies no obedece tan sólo a que el lance en que no se para sea poco artístico, sino en tanto grado en que acusa una ventaja punible. El torear, como el lanzar la bola, exige la quietud, y uno y otro son lances para parar.

Este disponer en plena salud deportiva de cuantos recursos físicos puede pro-

porcionarnos nuestra compleción fisiológica, y no se exige más que la habitual, es indispensable para el deporte, porque este supone como experimento involuntario, pero ineludible, el constituirse en prueba incontestable de nuestras posibilidades ante uno mismo, lo que por preocupación o convencimiento de la humanidad ha sido siempre motivo de satisfacción para el sosegado por la prueba. El medirse uno a sí mismo en este campo de las propias posibilidades ha sido siempre motivo de euforia y orgullo para todos los hombres.

En el mundo moral fue siempre apotegma y aspiración dogmática el "conócete a ti mismo", que viene resonando en todas las filosofías desde las más arcaicas. Pues bien, en el mundo físico el conocerse a sí mismo es intención más o menos oculta, pero que siempre acecha en el deportista, y el recrearse en este conocimiento, si el resultado es satisfactorio, uno de los deleites mayores que el deporte puede proporcionar. No creo que tenga otra razón de ser el arriesgado alpinismo. La satisfacción de proponerse una meta y lograrla, de cerciorarse de la propia resistencia y conseguirlo, de autoevidenciar su habilidad o su fortaleza es el móvil, quizá no discernido en muchas ocasiones por el empleado en el deporte, pero fundamental para su práctica. Yo he pensado siempre que el sentimiento que proporciona la derrota en la lucha, la carrera o el juego responde precisamente a la comprobación de que las aptitudes propias habían sido valoradas falsamente, y que las cualidades que debían llevar al triunfo quedaba comprobado que eran inferiores a lo que cada uno pensaba de sí mismo. Y este sentimiento, aunque no como experiencia propia, pero sí como error de apreciación, es lo que nos lleva a los espectadores a juzgar apasionadamente del resultado final de la prueba, porque comprobamos que nuestra inteligencia de ella era menor de la que creíamos, lo que nos induce a cargar el resultado a agentes imprevisibles y no a nuestra propia equivocación.

El deportista se mide a sí mismo y se conoce, o mejor aún, se reconoce cada vez que practica su deporte. Y por ello obedece a una nobilísima consigna recomendada desde los filósofos presocráticos y tan útil para la instrucción íntima como para la conducta. Esta lección de conocerse a sí mismo en el campo, de valorar con precisión su agilidad, su fuerza y su destreza, debe estimarla en mucho el deportista y servirle de norma para sus intentos y desempeños. Pero todavía en los casos en que la pugna se establece directamente, en la rapidez de la carrera, en la destreza ante el equipo contrario, hasta en la callada meditación del ajedrecista frente a su rival, el éxito de cada uno está mediatizado por la rapidez, la destreza o la meditación del contrario. Ello condiciona en estos casos nuestro proceder, y tanto como el error de nuestras posibilidades influyen las posibilidades del contrario. En los bolos, el mecanismo de este examen propio es diáfano. En la bolera nadie impide que cada jugador desarrolle lo más que puede desarrollar de su juego. Nadie marca, replica, incita o burla al jugador. La experimentación de nuestra valía, el examen de nuestra propia actuación no está interferida, estorbada o desconcertada por nadie. Y ello hace que en el momento de la meditación tan sólo a nosotros mismos podamos atribuir nuestro error de cálculo y a nadie sino a nosotros mismos podamos imputar que el experimento de nuestras posibilidades deportivas haya dado un resultado negativo. Claro es que el juego del contrario pudo ser mal calibrado, pero podemos tener la seguridad de que nuestro rendimiento no ha sido perturbado por nada ajeno a nosotros mismos.

He aquí uno de los elementos formativos del deporte más importante. El que se dé cuenta de su trascendencia y le aplique no sólo a su vida deportiva sino to-

talmente a su vida, habrá obtenido la lección más eficaz y más útil que puede aspirar a recibir. Ahuyente la idea de que una suerte ciega actúa sobre su labor. Atribuir a elementos improbables y aleatorios el éxito o el fracaso es tratar de engañarnos a nosotros mismos. Don Quijote siempre atribuyó sus derrotas a los encantadores, y la vocación española, puesta de resalto todos los días, de nuestros deportistas y seguidores es atribuir los resultados adversos a la suerte, cuando no a errores de arbitraje o defectos de terreno, que no se considera que alcanzan por igual a todos los jugadores.

La trascendencia de estas consideraciones es incalculable. Pensad que, por lo dicho, en pocas cosas se empeña el amor propio como en el juego. El pesar por el error, que he señalado, puede ser la causa más hiriente de su sufrimiento. Pero acaso, si hay otras, no son sino secuela de ésta o acaso disfraz de ella. Se invoca frecuentemente el amor propio, sin considerar que concepto tan confuso, que lo mismo se mienta para explicación de las grandes acciones que para disculpa de las mayores vilezas, es el motor de las reacciones en el juego. No disfracemos con palabras lo que en el fondo no es sino error de medida de nuestras posibilidades, tropiezo con la verdad de que son más limitadas de lo que suponíamos, en el fondo reacción contra nosotros mismos por nuestra equivocación o acaso inquietante sospecha de nuestra falta de percepción inteligente. Aquí sí que el subconsciente, que tan sin ton ni son suele invocarse, tiene indudable lugar y acción.

En honor del juego de los bolos debe proclamarse que es en él donde menos tienen lugar estas filosofías, y dichas quedan algunas de las razones para que así sea. Los bolos son el sedante más eficaz, y las circunstancias en que se celebran las partidas lo abonan. Ni grandes ruidos ni multitudes apasionadas aturden o incitan a los jugadores. La bolera siempre es lugar apacible, abierto a un cielo más veces melancólico que luminoso, entre árboles y a la vista del paisaje familiar de la aldea. Para los jugadores que por su dichosa habilidad recorren las boleras de toda la provincia, todas en lo esencial deben brindarles parecidos accidentes y perspectivas. Los lugares en que tiene mayor arraigo espectacular este deporte son valles bajos de la Montaña, próximos a la costa, o, si alejados, apacible y ondulado su paisaje, arbolado con opulencia y jugosos sus verdes y sus grises. En valles más altos varían los accidentes, pero la paz y el ambiente no son distintos. Los aficionados al juego, espectadores y muchas veces participantes, son siempre labradores y ganaderos, sin que su aspecto e indumentaria se diferencien de unos a otros lugares, incluso con la obligada intervención del señor rural y algunos más, con su traje más calificado, así como la de algún mozo dominguero, sin que falte la austera mancha negra de la sotana de algún sacerdote, furibundos aficionados ellos y en su mayoría excelentes jugadores, diplomados de las boleras de Corbán. Si algún ambiente opuesto en todo puede suscitarse, éste sería el caleidoscópico y multicolor de una plaza de toros, o el abigarrado, berreante y obstinado de un campo de fútbol. El contacto con la Naturaleza humaniza cuanto a ella llega. Yo he seguido en una ocasión las peripecias de una de esas que llaman *vueltas ciclistas*. La salida de la meta, sobre todo de ciudades populosas, era un apiñamiento desordenado de gente, confundida en una curiosidad ruidosa, entre calles o en paseos públicos. Y el paso por éstos o aquéllas de la caravana un flamear de pañuelos y un competir de voces aturridor y vehemente. A medida que se perdía de vista la ciudad sentíamos que nos alejábamos no sólo de su ruido, sino de lo que ella representa de afán insatisfecho y trajín alucinado. Ya en plena campiña, el silencio parecía sosegar el ánimo de los corredores y la

paz del paisaje imponerse a la pasión. La llevaban, sin duda, represada los participantes, pero al cruzar el silencio de la carretera sin más espectador que algún aldeano indiferente o algún pastor complacido, lejos de las pasiones ruidosas de animadores y partidarios, parecía que asistíamos a una tranquila excursión campestre en la que cada ciclista llevaba en el lugar de repuesto la merienda clásica, seca y fría, que habría que rehumedecer y consumir junto a una fuente. Toda la pasión perdida en la paz del campo volvían a recuperarla al volver a pasar por las cercanías de alguna ciudad o pueblo mayor, que la encendía como el fuego a la mecha, y volvíamos al incómodo de encajar nuestra sensibilidad en un ambiente de competición dura y lucha extremada.

En el juego de los bolos, el ambiente campesino da el tono y el ritmo. Al enardecimiento del espectador de fútbol o de toros sucede la complacencia ordenada y juiciosa por la jugada feliz, o el gesto de desengaño y moderada contrariedad por el fracaso. Hasta la sangría, o el vino, que circula por el corro parece olvidar su función animadora para convertirse en cómplice benévolo de este sosegado deporte.

El juego entre aficionados, fuera de concursos y competencias, es además escuela de libertad y de candorosa malicia. En el juego libre, el poner la raya y proporcionar el contrario la distancia del tiro; el conocimiento del juego y los jugadores para decidir si ha de ser colocado el emboque *al pulgar* o *la mano*; los prudentes límites en que estas condiciones se practican, que llegan a provocar festiva protesta ante el tiro desmesurado, la raya excesivamente alta o el emboque desproporcionadamente abierto, representan muy bien la libertad de iniciativa del ciudadano, y la moderada coacción de la opinión pública en sociedad bien avenida, mucho más eficaz que la presión exigente y sin tino que provoca la reacción violenta del jugador y la demagogia peligrosa del público, que tan a mano tiene la taberna.

Pero todas las sugerencias morales del juego y todo lo favorable que para ellas es el marco en que se desarrolla importa mucho menos que el juego en sí, y de éste se debe hablar.

Todo juego tiene, como condición precisa para serlo, dos indispensables: la inutilidad de su fin y lo inadecuado de sus medios. Precisamente el juego es actividad que tiene su fin en sí misma. Si hay algo que pueda servir como imagen o símbolo del desinterés, ese algo es el juego. Hay una frase en castellano muy repetida y que bien considerada carece de sentido. Y esta frase suele aplicarse con demasiada frecuencia al juego. Se dice que se juega por "matar el tiempo". Esto no es verdad. Se juega, como se hace todo en la vida, por emplear el tiempo, que es todo lo contrario. Al tiempo no se le mata. En sus brazos vamos muriéndonos todos sin que nos ahorre un minuto en esta su labor exterminadora. Quiere decirse con tal inexactitud que se trata de un empleo del tiempo sin finalidad práctica, y este adjetivo es el que necesitaría explicación, pues los minutos o las horas que empleamos en nuestra propia satisfacción son bienaventuradamente empleados. Pero es verdad, por fortuna, que el juego no entra en ese terreno de realidades prácticas que el dicho común sobreentiende. Es ciertamente indiferente para la marcha del mundo que se consiga un emboque, se sieguen siete bolos o se gane un torneo. Y más indiferente la finalidad de contabilizar bolos derribados o emboques logrados. Lo que acaece en la bolera, y por eso es juego, es incongruente con todo fin práctico. Lo mismo sucede con el traspasar una meta con un balón o lanzar una pelota hacia un agujero con un bastón de golf.

Esta es una de las ejecutorias de nobleza del juego, pues en cuanto ello fuera útil o práctico dejaría de ser juego para convertirse en oficio. Sin duda, hay torneros o moldeadores tan expertos en su menester como el más consumado campeón, y el ejercicio cotidiano de tal oficio con tal perfección cumplido no se ha llamado jamás deporte. Esta inutilidad del fin la cumple plenamente el juego montañés.

Pero la segunda condición, es decir, lo inadecuado de los medios se cumple de la misma manera. En primer lugar, el juego tiene sus limitaciones que dificultan, sin saber para qué desde un punto de vista práctico, el cumplimiento de su superfluo fin. Pero además no sé si la bola es el instrumento más adecuado de lograrle. El lanzamiento horizontal de una barra sería procedimiento más eficaz para la finalidad de derribar los bolos. U otros medios, empezando por la mano, o, por tenerle a su alcance el rodero con que se allana el terreno de la caja. Pensad en los demás deportes y veréis cumplida esta condición. En el fútbol no se emplean las manos, sino los pies y la cabeza para impulsar el balón; los pases en los avances del balón ovalado en el rugby han de ser en dirección contraria a la meta a que se trata de llegar; los bastones del golf, y los del hockey, son instrumentos menos aptos que las manos o los pies; hasta las armas del toreo, muleta y estoque, parecen las menos adecuadas para dar muerte al toro, y pensad que se trata de un caso de auténtico riesgo, y en ello reside precisamente lo que la fiesta de toros tiene de deportiva. En cambio, en ciertos ejercicios de la gimnasia, como el lanzamiento del peso o de la barra, incorporados a las Olimpiadas, el fin no es inútil, puesto que atiende al fortalecimiento del que le persigue, y el medio es el racional y obvio, por lo que a mí entender su condición de deportes está, por lo menos, limitada. E históricamente, antes de que se reglamentaran deportes, se practicaba sin ese nombre la gimnasia, que ha venido a ser un auxiliar del deporte, algo así como (y perdónese lo que tenga de irreverente el recuerdo) la filosofía se consideraba como *ancilla teologiae*, es decir, servidora de la teología.

Para fijar el carácter del deporte y gozar con el aumento de sus dificultades han nacido los reglamentos. El reglamento, como en la vida la ley, es una inevitable coacción en beneficio de la convivencia y la actividad social. El "todavía más difícil" es en los reglamentos deportivos norma querida y por ello fomentada siempre. Perdonad, y perdonen sobre todos los señores de la Federación de bolos, que frente a esta exigencia tenga un leve ademán de rebeldía. Yo quiero recordarles un precedente de no muy distinto orden verdaderamente ilustre. El Derecho romano es algo vivo y en constante crecimiento en busca de su justicia y eficacia hasta que se codifica. Justiniano, y a mí mismo me asusta e intimida la pedantería de lanzar este nombre en una charla sobre bolos, al hacerlo pone el punto final a su desarrollo. Le da la puntilla, como podría decir rebajando el tono y la referencia que habréis sabido disculparme. No tengo competencia ni para una lección elemental de historia del Derecho, pero todos sabemos que desde entonces el afán de los Estados al constituirse es tener un código; y de brotar éste de la cabeza de los jurisconsultos, y no brotar de las sentencias de la sabiduría dictada por cada caso, que en Roma recogiera el *Digesto*, y entre los países romanizados fueros y ordenanzas, vino a anquilosarse y a convertir una materia viva y humana en arquitectura lógica, pero rígida y a veces laberíntica. Yo sé que esto es inevitable que suceda, y que por ello sucedió, pero en caso tan indiferente como el deporte creo que se nota una urgencia innecesaria en precipitar su proceso y en privar de espontaneidad su ejercicio.

JOSÉ MARÍA DE COSSÍO

Muy lejos de mi ánimo el pensar así de la reglamentación de nuestro juego favorito, pero es cierto que la necesidad de los concursos y campeonatos ha venido a cohibir un tanto esa espontaneidad creadora. No ha faltado el pulso a las personas (y no digo que a la Federación, porque las cosas las hacen las personas y no los organismos), no ha faltado el pulso a las personas, repito, para encauzar la agradable anarquía en que este juego se desarrollaba. Irreprochables me parecen los preceptos reglamentarios, pero alguno, como la consideración de ciertas bolas quedas, por ejemplo, parecen obedecer en mucho al deseo del "ahora más difícil" de que hablaba. Y este mínimo atentado a la libertad del jugador le denuncio para que en una charla en cuya obvia doctrina todos estamos conformes quede ese cabo suelto de disconformidad y discusión, en el que, a la postre, estoy seguro que tiene más razón el reglamento que yo.

Pero en lo que todos estamos de acuerdo es en el esfuerzo que se ha hecho y en lo que se ha conseguido en pro de la difusión y popularidad del juego. Ha logrado interesar a los indiferentes y apasionar a los aficionados en competiciones y torneos cuya amplitud, solemnidad y concurrencia no pudieron soñar los padres venerables de este deporte. Y aquí encajaría un recuerdo, y bien vivo le tengo en la memoria, de cuantos han contribuido a esta labor desde los puestos federativos, y de los jugadores que han hecho posible su desarrollo con su habilidad y su sentido deportivo del juego. Y al entusiasmo de las peñas bolísticas, que puede decirse que cumplen el mismo fin que los clubs deportivos, con todas sus ventajas y sin inconveniente alguno de los que enturbian tantas veces la actuación de tales organismos.

Yo hubiera querido corresponder al magnífico día que ayer proporcionasteis a mi aldea de Tudanca con el entretenimiento de una charla divertida, ya que nunca me hice la ilusión de que fuera ni instructiva ni provechosa. El no haberlo conseguido me apesadumbra, pero la doy por bien empleada si ha servido para mostrar mi gratitud a organismos tan representativos de la Montaña como los que intervinieron ayer en el festejo y hoy en este acto, tan agradable para mí como árido acaso para vosotros y, con seguridad, estéril. Pero debéis pensar que en el curso de las empresas que se están realizando hay un momento reflexivo, y este querría yo haber aprovechado para prestar mi voz al elogio del juego, que es prestarla a la evocación y la loa de las virtudes tradicionales y campesinas de nuestra tierra, es decir, a nuestra tierra, sencillamente, que no sería como la queremos si no tuviera ese aire campesino y ese carácter tradicional.

(Inédito.)



Boleras de Mazcuerras y de Cos.

José Pérez Bustamante. N. en Villanueva de la Peña (Santander) el 4-XII-1914. Publicó dos libros: El ferrocarril Santander-Mediterráneo, Santander, 1952, y La balada de Castilla, Valladolid, 1966.

TIRANDO AL DOS: LOS HUMILDES TAMBIÉN CUENTAN

Por un deseo superativo, muy elogiabile, de los organizadores del XIX Campeonato de España, para que este folleto sea lo mejor de lo mejor, nos vemos los habituales colaboradores de bolos "metidos" en desigual partida.

Saltamos al corro, de este libruco, frente a grandes ases de las letras, no pasando nosotros de pobrucos aficionados. Nos birlaron también el recurso de tirar a arreglar, rebuscando en los archivos para segar tal cual detallada relación de los Campeonatos celebrados. Este juego, de arreglo, nos lo chafaron los organizadores, al poner raya alta, diciendo que es labor de la Federación Cántabra.

No pretenderemos irnos a tiros largos o al juego caro del pulgar, pues en eso están fuertes los literatos que para bien de los bolos colaboran en este folleto. Tiraremos a cubrir, buscando el dos, de tiros cortos, para perder por el menor número de bolos, ya que tampoco nuestro pulso nos salva con un emboque.

El emboque, con un poco de cuquería, puede estar en aventurar cuatro o cinco bolas a estacazo, mencionando otros tantos nombres de posibles campeones: eso lo llamamos nosotros un emboque facilón. Es tanto como jugar con la ventaja de tiro y raya. Y así cualquiera gana.

Vamos a cambiar el juego: Que salten al corro los humildes jugadores que de otras regiones vienen a enfrentarse con los colosos montañeses.

También están "metidos" en desigual partida. Pero gracias a ellos se celebran los Campeonatos de España. Si no, se quedarían en Provinciales.

Les brindamos nuestros mejores birles y nuestros aplausos. Son —valga el símil ajedrecista— los peones, pero sin su colaboración no se puede echar la partida. No olviden tampoco que al rey, que representa el poderío, le da mate tal vez un peón.

Jugamos esta partida, aproximadamente, dos meses antes del Campeonato, como el monaguillo que toca a vísperas. Y sin idea, claro está, de quiénes van a ser los que vengan a tirar bolas en la plazuela de Pombo.

Tenemos la novedad de los vascos. Unos vascos que empiezan ahora a jugar en serio. Igual que cuando a los chavales que descuellan les dejan jugar en el corro de los hombres. No deben desanimarse. Está aún lejos el día en que puedan emular a los asturianos, andaluces y madrileños, que vienen representados por "productos" de su propio terruño. Para nosotros es el mejor birle de todo el Campeonato. Hay en Asturias unos "rapaces" muy buenos; Ruiz-Mateo y Egido son de pura cepa gaditana. También veremos a un chaval madrileño —Tinín— que

JOSÉ PÉREZ BUSTAMANTE

promete llegar a la cumbre. Aquí sí que tiramos a emboque, asegurándole un brillante porvenir. ¡Lástima que no esté en la Montaña para animarle a subir!

Si sacamos esto al corro es por opinar que su presencia añade interés a la partida. ¡Ay, si fueran como él todos los que vienen!...

Este deporte montañés, lleno de tradición y de "buen tono", de incertidumbre y de emoción, de gravedad y de sosiego, vuelve —afortunadamente— a tomar un incremento inusitado.

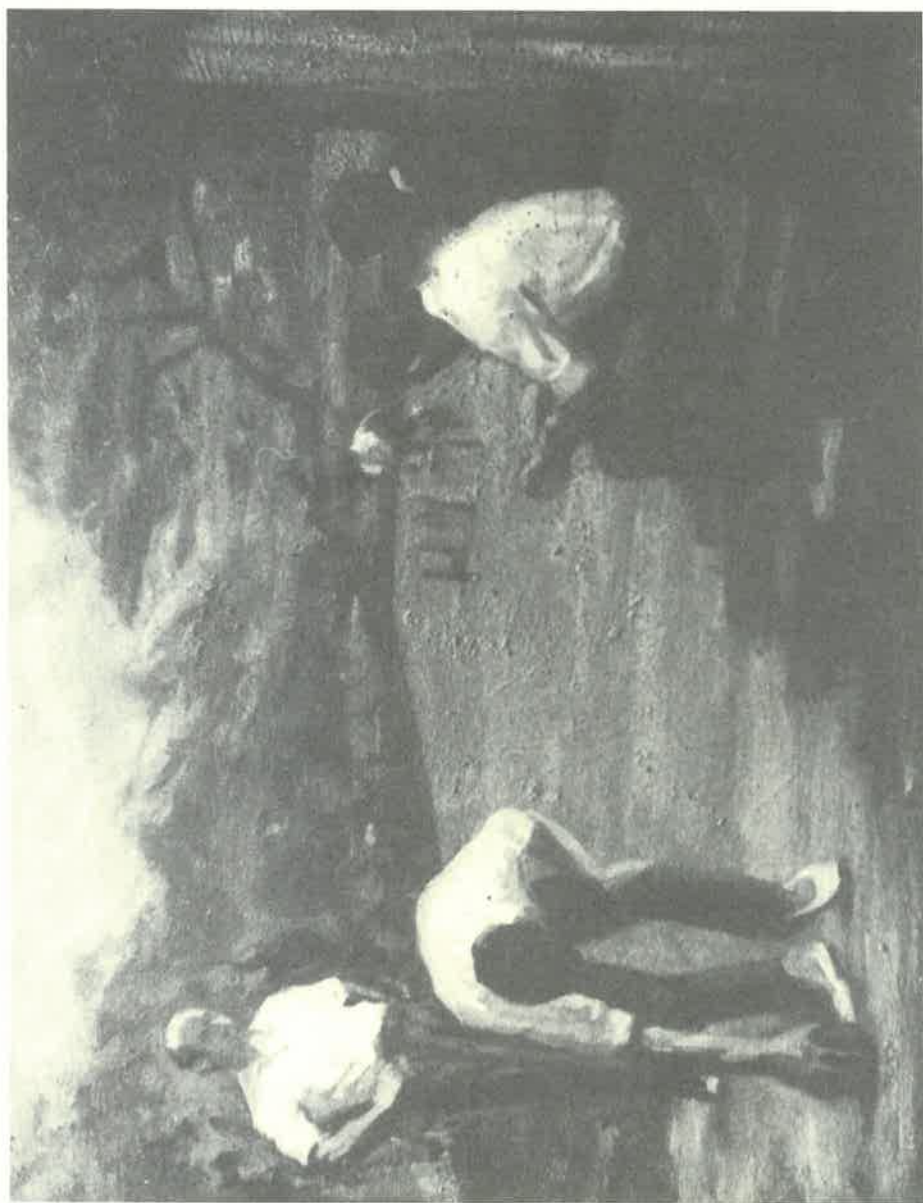
Viejas boleras abandonadas se remozan, y plazas de nuestras aldeas se conservan, porque la bolera es el bastión de defensa del terreno, frente a la avidez de apoderarse de los "sobrantes".

Las peñas bolísticas locales son el soporte de este renacer del juego de bolos, y en los días de fiesta, a la caída de la tarde, la vieja estampa montañesa del corro pervive, con la música de fondo de un buen birle de bolos enredados. ¡Qué puedo decir de la belleza de un buen saque de bola desde 18 metros; del estacazo que, con rotunda precisión, logra un emboque, levantando a los espectadores de su asiento; de los aplausos admirativos de un excelente birle o de la decepcionada exclamación que corea a un "gazapo"!

¡Cuánto amor propio se pone cuando jugamos a los bolos! Cuenta Ricardo Palma que a Francisco Pizarro le apasionaba una modalidad del juego llamada "boliche" y que jugaba por las tardes, cruzando apuestas. Jugaba bien, y cuando perdía se enfadaba con su contrincante, y hasta llegó a negarle el saludo, resistiéndose, naturalmente, a pagar.

¡Noble juego de bolos, que traes tantos recuerdos de nuestra niñez, sigue tú siendo el gran animador de nuestras aldeas, y que los muchachos del mañana sueñen, como nosotros lo hemos hecho, con un birle de seis o con un emboque al pulgar, cerrado y con raya al medio!

(En *XIX Camp. Nal. de bolos*. Santander, 1960.)



Fernández Criach, Enrique: Óleo.

Maximiano García Venero. N. en Santander el 22-VII-1907. M. en Madrid el 23-I-1975. Aparte de su ingente labor periodística, escribió los siguientes libros: Rius y Taulet. Veinte años de Barcelona (1868-1888), Madrid, 1943. Benito Pérez Galdós. Antología nacional, Madrid, 1944. Historia del nacionalismo catalán (1793-1936), Madrid, 1944. Historia del nacionalismo vasco (1794-1936), Madrid, 1945. Historia del parlamentarismo español (1810-1834), Madrid, 1946. Historia del ferrocarril en España, Madrid, 1948. Luis Millet. Cantaire de Cataluña, Barcelona, 1951. Vida de Cambó, Barcelona, 1952. Antonio Maura, Madrid, 1953. Cataluña (Síntesis de una región), Madrid, 1954. Melquíades Álvarez: historia de un liberal, Madrid, 1954. Viaje a la España de Gibraltar, Málaga, 1955. Historia de las Internacionales en España (1914-1936), Madrid, 1957. Biografía de la bohemia, Madrid, 1956. Historia de las Internacionales en España (1936-1939), Madrid, 1957. Testigo en Argelia (Historia del nacionalismo argelino de 1830 a 1958), Madrid, 1958. Alfonso XII: el Rey sin ventura, Madrid, 1960. Historia de los movimientos sindicalistas en España (1840-1933), Madrid, 1961. Torcuato Luca de Tena y Alvarez Ossorio: una vida al servicio de España, Madrid, 1961. Canarias (Biografía de la región atlántica), Madrid, 1962. Santiago Alba, monárquico de razón, Madrid, 1963. Historia del nacionalismo catalán, Madrid, 1967. El general Fanjul, Madrid, 1967. Historia del nacionalismo vasco, Madrid, 1968. Historia de la unificación, Madrid, 1970. Eduardo Dato. Vida y sacrificio de un gobernante conservador, Vitoria, 1970. Orígenes y vida del Ilustre Colegio de Abogados de Madrid, Madrid, 1971.

UN DEPORTE DE HIDALGOS

Los espectadores del Campeonato de España de Bolos compondrán, sin duda, una muchedumbre de varias prosodias, idiomas y nacionalidades. A muchos de ellos, el juego montañés les recordará otros, vistos en sus regiones o en sus países. Cuando el hombre empezó a salir de su dintorno prehistórico, caminando sobre la tierra y flotando sobre los mares, nació la Historia, que es comunicación, transfusión, adaptación; interdependencia, en suma.

Acaso conozco todas las variantes europeas y americanas del lanzamiento de esferas y discos sobre blancos y rayas. Nadie puede localizar el origen del juego, aunque literariamente veamos, en la perspectiva lejana, al olímpico lanzador del discóbolo.

Pero a la Montaña se le debe la culminación del juego de los bolos, mediante el concierto de la destreza, de la inteligencia y de la fuerza. Si faltan el cálculo, la asiduidad en la práctica o la justa tensión física, el juego desmerece.

Los bolos son un producto del genio regional y del paisaje. Su gran hermosura depende, en parte, de la opulencia forestal y de las praderas perpetuas de la Montaña, del aire tónico del mar y de la tierra húmeda.

Creo que los artistas plásticos y los poetas montañeses han pasado de largo, injustamente, ante ese deporte, que nunca podrá contaminarse de los vicios humanos: la venalidad, las antipatías cainitas, la vanidad inmoral.

Es un juego de caballeros: de hidalgos. Termina, indefectiblemente, en la paz civil de la mesa, donde se reparten el pan y el vino, símbolos egregios de la concordia.

(En *XIX Camp. Nal. de bolos*. Santander, 1960.)



Diez de la Campa, Juan: El Zurdo de Bielva.

José María de Cossío y Martínez Fortún. Sobre este escritor, vid. la nota correspondiente en el año 1929.

RECUERDO

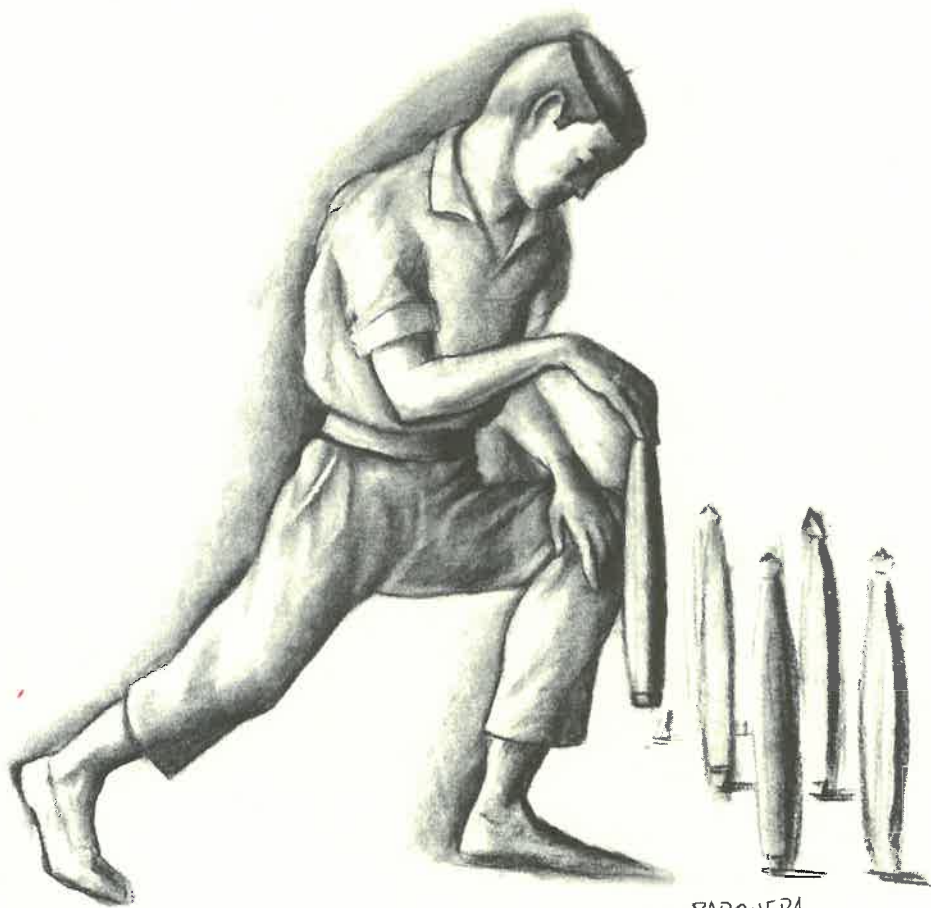
Aunque un concurso se celebra, y el verbo celebrar tiene una significación jubilosa, no creo incongruente, en este pregón de él, pedir un rincón para un perenne recuerdo luctuoso.

Una tarde lluviosa y triste de los primeros días de marzo, acompañábamos los restos de Rogelio González, *el Zurdo de Bielva*, al lugar de su último reposo en su aldea. Gentes representativas de la afición bolística, y mucha más de la breve región donde se desenvolviera la habitualidad de la vida del gran jugador, formábamos en el acompañamiento. Y la verdad es que nuestro pensamiento se dirigía, más que al recuerdo de un excepcional jugador y un excelente amigo, al ejemplo de una vida que de sus obligaciones cotidianas pasaba sin transición a las que se imponía para mantener su nombre y su posición en el deporte montañés. Y éstas no menos estrechas que las de sus trabajos de la tierra y sus cuidados de la ganadería.

Esta conciencia de su obligación deportiva que le hacía gastar las horas de vacación en el entrenamiento para el juego en la espléndida bolera de Bielva, a solas con su noble ambición deportiva, es un ejemplo que sobrevive a su muerte y debe ser fecundo e imitado. Pero, puesto a reflexionar sobre su recuerdo, acaso fue más importante su constante e indefectible comportamiento deportivo. Ambicioso en el juego, sereno en el triunfo, jovial y afectuoso en la derrota, cumplidamente digno y equilibrado siempre, predicó su lección deportiva día a día, partida a partida, con irreprochable espíritu de caballero leal y respetuoso, no ya con el adversario, sino con la suerte que, al revolverlo todo con su rueda, no consiguió nunca poner una mueca de desagrado o disgusto en su rostro tan montañés y sereno.

Las bolas con las que acudía a los concursos y partidas fueron depositadas en el mismo hoyo que su cuerpo. Lo que esas bolas ligeras representaban no debe haber sido enterrado con ellas: la lección del emboque, de que tantas veces fueran instrumentos, menos importante que la lección de caballerosidad y buen tanteo que Rogelio dejara como herencia, la más preciada, a su deporte favorito.

(En *XIX Camp. Nal. de bolos*. Santander, 1960.)



Cobo BARQUERA
71.

Cobo Barquera, Juan José: Dibujo.

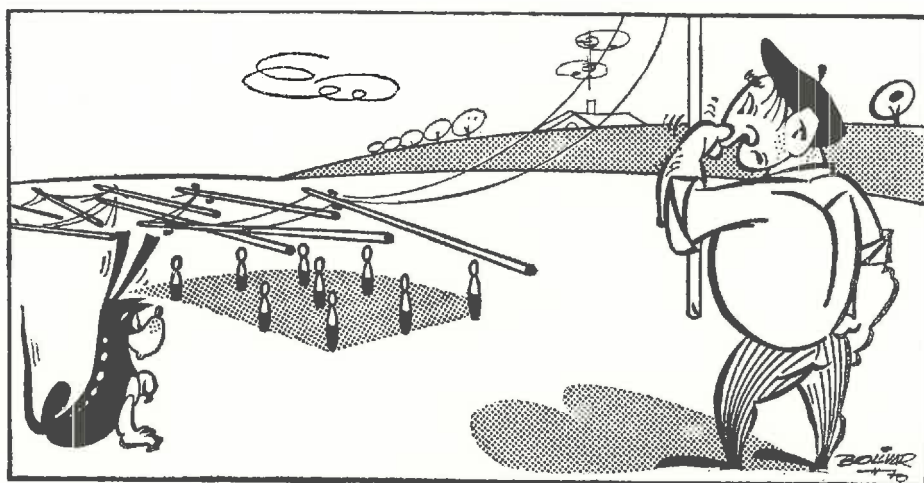
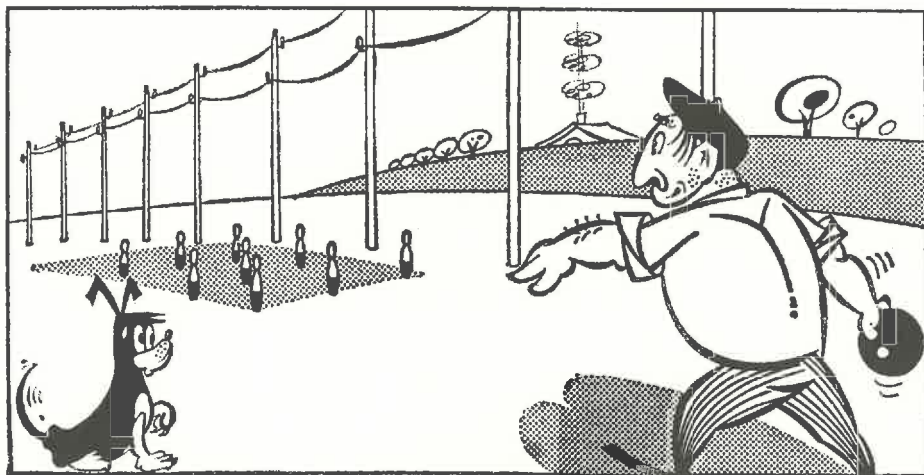
*Manuel González Hoyos. Sobre este escritor, vid.
nota en el año 1924.*

¡EMBOQUE!

Alzó la bola —aire puro,
por lo gallarda y pulida—;
se fue en comba hacia los bolos,
con el impulso por guía,
buscando el punto de choque
de su fuerza bien medida...
Muchas cabezas la siguen;
todos los ojos la miran;
ninguno habrá que no piense
dónde será la caída.
En el corro hay un silencio
cruzado de golondrinas,
y un tener las manos laxas
a fuerza de estremecidas...
Cae la bola blandamente,
pero con tal puntería,
que da en el bolo; y en seco,
como huyendo de sí misma,
quiebra en redondo la marcha
que hacia adelante traía,

y se va, como una bala,
derechamente, a la esquina
en que aparece el emboque,
y da en él, y le derriba,
y sigue, casi sin fuerzas,
a detenerse en la orilla...
La mano que la lanzó
aun sigue, al aire, tendida.
Un torrente de ovaciones
es lluvia sobre la pista,
y hay en todas las gargantas
una explosión de alegría:
¡Emboque!...
¡Qué a punto vino
para ganar la partida!
La tarde bosteza... El sol
entre el follaje se filtra...
¡Y roza los corazones
una inefable caricia!

(En XIX Camp. Nal. de bolos. Santander, 1960.)



Bolívar: Caricatura.

Felipe de Mazarrasa. N. en Santander el 22-IV-1915. Médico, ha publicado numerosos artículos en la prensa y el libro Oficio de perros, Santander, 1954.

BOLOS EN LA PLAZUELA

Cuando yo llegué a "la Plazuela", ésta empezaba ya a encontrarse un poco exhausta de alumbrar generaciones de futbolistas... y de "raqueros".

Estando en Santander, y escribiendo para santanderinos principalmente, no creo yo que haga demasiada falta precisar lo de "la Plazuela", los futbolistas y, sobre todo, lo de los "raqueros". Quizás baste, para acallar inquietudes de espíritus poco familiarizados con el vocablo, con hacer constar que yo me considero un buen "raquero de la Plazuela"... ¡y a mucha honra!

En la Plazuela ha habido de todo: futbolistas, "raqueros", jugadores de canicas —¡chinel, farol..., el guardia!—, un templete para conciertos municipales, la estatua de don Pedro Velarde —de Daoiz no sabemos nada, porque no era de Santander—, unos refugios antiaéreos de ignorada resistencia a las bombas llovidas del cielo, pero duros como demonios ante la piqueta municipal, y una especie de "rue de la Paix" para andar por casa —panderete y baldosín—, en la que se refugiaron de urgencia medio centenar de comerciantes santanderinos a raíz del incendio del cuarenta y uno.

Y después, el Apocalipsis.

Ruinas, cascotes, abandono y proyectos.

El Apocalipsis... y un "tio vivo" a la manera de un fósil de nostalgias juveniles, "cabeza de puente" de la vida de la ciudad en la Plazuela, alegre y solitario testimonio de que la Plazuela aun habría de seguir contando en la menuda historia local santanderina.

Y de repente, como un símbolo de la irrupción de lo rural dentro de lo urbano, el milagro veraniego y forestal de una bolera. De una bolera de emboque, con música de "estacazo" y litoral de tablón.

Bolos de alisa, de abedul, de haya —¡de avellano si hay suerte!— y bolas de encina prieta y bien curada —no todo ha de ser eucalipto, señor—, componiendo una sinfonía de lo vernáculo y "echando arriba a los gananciosos" de esa otra sinfonía agria y discordante —con "leit motiv" de motocarro— de los ruidos ciudadanos. Comandos forestales, "últimos de Filipinas", de los pocos bosques nobles que nos van quedando, en gallarda incursión en campo contrario, y aguantando de tres en la mano, birles, estacazos, siegas y demás acciones bélicas de unos mozos con músculos tensos como obenques de balandro y plástica de discóbolo helénico.

Bolos en la Plazuela. Vanguardia de lo aldeano colonizando la ciudad en esquemático cuerpo a cuerpo entre la clorofila y el cemento.

Y un regusto juvenil, estival y nostálgico, de tardes de un pueblo fabulosamente verde y de una bolera chiquita y recogida, a la sombra sedante de una vieja cajiga.

(En *XIX Camp. Nal. de bolos*. Santander, 1960.)



Boleras de Los Pinares y de la Mutua Montañesa, en Santander.

Ignacio Romero Raizábal. N. en Santander el 24-V-1901. M. en Santander el 8-II-1975. Publicó los siguientes libros: Sendero de luz, Madrid, s. a. Almas distantes, Santander, s. s. Viacrucis, Santander, s. a. Un alto en el camino, Madrid, 1925. La novia coqueta, Santander, 1928. Montón de besos, Santander, 1928. Los tres cuernos de Satanás, Santander, 1931. Boinas rojas, Santander, 1932. Cancionero de la novia formal, Santander, 1934. Rosario de amor, Santander, 1934. Boinas rojas en Asturias, S. Sebastián, 1936. Cancionero carlista, S. Sebastián, 1938. La promesa del tulipán, S. Sebastián, 1938. Regalo de boda, S. Sebastián, 1939. La paloma que venció a la serpiente, Santander, 1943. Inés Tenorio, Santander, 1947. Alma en otoño, Santander, 1949. Como hermanos, Santander, 1951. Descubrimiento y anecdotario de la Trapa, Santander, 1951. Ignacio García Camus. Selección y estudio, Santander, 1951. El epigrama, su elogio y varapalo, Santander, 1952. Héroes de romance, Santander, 1952. Veinticinco hombres en fila, Santander, 1952. Emilio Cortiguera. Selección y estudio, Santander, 1953. El príncipe requeté, Santander, 1965. El carlismo en el Vaticano, Santander, 1968.

ELOGIO DE LOS MALOS

No siempre se ha de escribir sobre los ases. Alguna vez (en ésta, por lo menos) quiero rendir un homenaje a los de mi trinca: a los que no saben jugar, a los que no dan una, a los chambones; pero que, sin embargo, se entusiasman en la bolera y la ponen al rojo vivo.

Tengo un amigo de excepción en el que concentrar este homenaje. Se llama Luis, y le podemos apellidar del Real, aunque no sea su apellido este. Vive en un pueblecillo de la antigua Merindad de Trasmiera, que, en plan de poner motes, llamaríamos Terminada, y a donde, cuando voy por el verano a pasar el fin de semana, lo hago con la difícil ilusión de echar una partida mano a mano con él.

Y tan difícil ilusión, porque somos los dos tan malos jugadores que, así como otros, los ases, por ejemplo, necesitan de público para crecerse y desplegar sus facultades, lo que necesitamos Luis y yo es que nos dejen solos y, a ser posible, sin mirones, para insultarnos y tomarnos el pelo a nuestras anchas, entre las bolas que se nos van por fuera y los conejos de los birles.

Luis es un hombre ya mayor, de una quinta muy próxima a la mía. Alto, ceñudo, atlético, el pelo indócil, corto y con polvo de años, y con una manera de sonreír y de mirar a través de sus gafas de concha, que sólo saben las personas buenas que han triunfado en la vida. Para despistar un poquito, añadiremos que tiene un corazón de oro, una nariz judaica y que, a pesar de haber salido de su pueblo de niño, conserva un fuerte acento catalán.

Luis del Real, como amigo, es, sin duda, estupendo. Pero como enemigo —mi enemigo— a los bolos es superestupendo. ¡Hay que ver cómo hace el discóbolo con una bola pequeñuca perdida en su manaza, en vez del disco de los griegos! Acaso no se le marquen los flexores en el arremangado antebrazo, ni la hombreira viva del deltoides y el tríceps bajo la tela suave de la camisa; pero de lo que sí puede presumir, y con razón, es de lo que en nuestras calendas juveniles llamaban los señores, muy orondos, curva de la felicidad.

Luis y yo, me sospecho, que no podemos farolear, mientras jugamos a los bolos, como exponentes de la belleza física masculina. En la época de Píndaro es fácil que no hubiésemos tenido absolutamente nada que hacer como modelos de poesía deportiva. A lo más, un poquito más tarde, a lo mejor en vida y triunfo de Aristófanes, el gran chungón incorregible.

Mi buen amigo y excelente enemigo Luis del Real, si es superestupendo por las buenas, al ponerse a jugar a los bolos, si da en el clavo por equivocación se sublima de golpe y es archiestupendísimo. Porque cuando da pie con bola, que aquí es dar con la bola en el pie de los bolos, corona la faena con tales saltos de alegría y tal renuncia del sentido estético, que no le puede mejorar un oso alegre

de los que llevan los gitanos con una argolla en el hocico. Y no digamos nada cuando prorrumpe en locas manifestaciones de júbilo, todavía con el dorso curvado, en una siega, sobre el pequeño bosque de los nueve palos de punta, no como Gulliver, sino como el gigantesco San Cristobalón en el país de los enanos...

No se rían, empero, ni se fíen de los ases pequeñucos y locales de las boleras aldeanas, de los chambones como Luis y yo. Ni se nos niegue un poco de respeto, aunque no sea más que por nuestra afición y... por no haber podido aprender a jugar de chavales. Porque, además, donde menos se espera puede saltar, no ya el conejo, sino también la liebre.

En Terminada, precisamente, ocurrió algo que mal podemos olvidar los que fuimos autores. En el "in illo tempore" de antes de nuestra guerra.

Se había organizado, en las postrimerías estivales, una partida fuerte. Con la simbólica corona de laurel para los vencedores, materializada en una merienda-cena a base de miel: alubias con chorizo y una gallina en pepitoria en La del Centro, donde guisan como los ángeles y tienen fama, y buena, de servir un vinillo pagano, pese a la vecindad de la parroquia.

Llamemos Pedro y Paco a los que capitaneaban los ejércitos enemigos, añadiendo que ambos han sido alcaldes en etapas consecutivas, y no recuerdo si uno lo era entonces también. Y concluyamos por añadir que Luis y yo, cualquiera de los dos (¡qué más da uno que otro, si solemos quedar en tablas!), jugábamos de teloneros. Total, que hubo un empate, y que, en el chico para desempatar, en la postrimera bolada, nos dejaron al malo dos conejos magníficos en las dos bolas últimas. Nos llevaban seis tantos de ventaja, y no había nada que hacer. Los jugadores se iban derechos a por sus chaquetas, entre bromas.

—¡Eh!, que todavía faltó yo —gritó el malo de la partida, que era la segunda o tercera vez que jugaba a los bolos.

Hubo una expectación de pitorreo general ante el buen perder del neófito.

—¿Cuántos tiro, Paquito?

—Con seis empatas, y con siete ganamos.

—Pues, allá va. A lo mejor ésta me sale blanca, pero me queda otra... ¡Ay!, que se me escapó.

Cayeron cuatro bolos. Pero lo que pareció que había caído era una bomba. Porque todos, jugadores y público, se quedaron sin habla. Nadie había terminado de ponerse la chaqueta, y Luis o yo (el que fuéramos, que para el caso da lo mismo) fue quien se llevó mayor susto.

Solemnemente, con parsimoniosa lentitud, acariciamos la segunda bola. La volvimos a dejar en el suelo, para hacer que nos dábamos salivilla en las manos.

—Paquito, ¡va por ti! ¿Cuántos quieres que tire?

—Tíralos todos, hombre. Pero con tres, nos sobra.

Y cayeron tres bolos. ¡Los tres que se necesitaban!

Y es que los malos, los chambones, los que no sabemos jugar, aparte de alegrar la bolera, que buena falta hace muchas veces, tenemos, además de nuestro corazoncito, algún imponderable que otro que puede decidir una pugna. ¿Por qué las bolas caen donde no debieron caer, y por chiripa, como dicen los vascos? "¡Taday, pobreza!", que decía Muergo. ¡Y quién lo sabe!

Las bolas suelen ser, sobre caprichosas, discretas. Y no nos dicen nunca por qué caen donde caen. Afortunadamente, en ocasiones, para los mismos ases.



Houasse, Miguel Angel: Cuadro que se conserva en la Granja de San Ildefonso.

José del Río Sainz. Sobre este escritor, vid. la nota correspondiente en el año 1929.

DISCOBOLO MODERNO

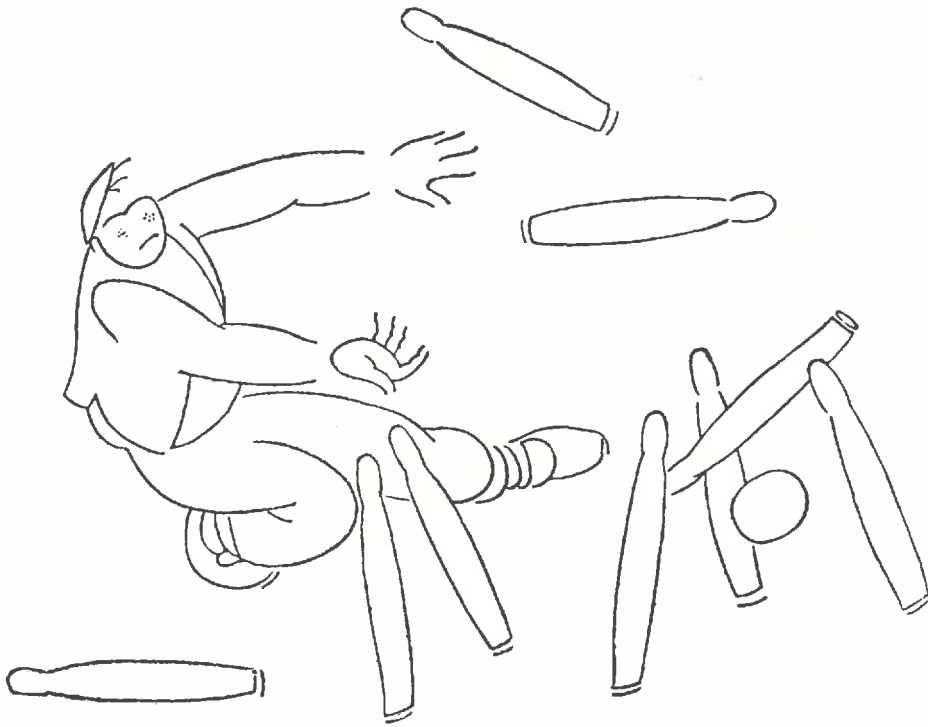
Actitud de discóbolo en el friso
de campa de la iglesia en romería
el jugador destácase preciso
cuando la bola hacia la "caja" envía.

Y al ir la bola donde el brazo quiso,
cual proyectil que el pulso teleguía,
se hace el emboque, que es el bello inciso
de una ecuación de ritmo y geometría.

¡Ejercicio de cuerpo sano, y de alma
sana también; en él no gana palma
ni el que hace trampa ni el del juego duro

engendrador de los brutales choques!
¡Aquí, igual vencedores que vencidos,
celebran, al final de los partidos,
el más limpio de todos los emboques!

(En *XIX Camp. Nal. de bolos*. Santander, 1960.)



Rivero Gil, Francisco: Segundo en el juego de bolos "de palma".

José Alonso de Celada y Gómez. N. en Santander el 10-IX-1889. M. en Santander el 15-VII-1969. Cabal funcionario e incansable organizador, le recordamos al frente de la Banda de Exploradores y también de la Provincial. Ingresó en la Diputación como botones y terminó su carrera burocrática como jefe de Negociado de primera. Frecuentaba la bolera de La Carmencita, y de ahí que escribiese el sencillo romance que incluimos en este libro, sin olvidar que Alonso de Celada conocía perfectamente sus limitaciones literarias, y si escribió en verso fue por distraer sus ocios y por animar la tertulia de sus amigos.

ANTE EL PRÓXIMO CAMPEONATO

De siempre el corro de bolos
tuvo muy buenos momentos,
precursores de contiendas
llamadas a entrar en juego.

Jornadas preparatorias,
para futuros encuentros
de todos los aspirantes
a triunfar en los encuentros.

Labor que, como es sabido,
no permitía el sosiego
ni de los ya veteranos,
ni bisoños, por supuesto.

Había que estar en forma
y poner todos los medios,
para que los jugadores
tuvieran entrenamiento.

Y así tenía que ser,
pues los malos elementos,
lo mismo entonces que ahora,
naufragan en el empeño.

Díganlo si no las luchas
que en tiempo de su apogeo
sostuvieron Regalado
y el gran Pepe, el Carpintero;
los hermanos Zamanillo,
los Rivera, los Ocejo,
Roviralta, los Mallavias,
los Varillas y el "Tornero";
los Presmanes y los Maza

y el grandísimo Rogelio,
el sin par "Zurdo de Bielva",
de inolvidable recuerdo.

¿Quién no añora aquellos triunfos
de tantísimo maestro,
como Telesforo Gómez,
y tanto hidalgo del juego,
como fueron Rafael
y otros muchos como ellos?

Tiempos de auge en las boleras
donde abundaba lo bueno,
pues, como estaba de moda
este interesante juego,
existían jugadores
de calidad y de mérito.

Pues, igual que ayer, lectores,
están hoy los herederos
de ese plantel de figuras
que en nuestro deporte fueron
los que, sin más recompensa
que unos sencillos trofeos,
dejaron en las boleras
el sudor de sus esfuerzos.

Sean los nuevos valores
los que se acuerden de aquéllos,
y al conjuro de su nombre
puedan remontar el vuelo
para que nuestro deporte
sea un símbolo del pueblo.

(En *XIX Camp. Nal. de bolos*. Santander, 1960.)



Boleras de "Las Fuentes", en Reinoso, y de Molledo.

José Calderón Escalada. N. en Mazandreo (Santander) el 13-I-1899. M. en Reinoso (Santander) el 13-III-1972. Además de numerosos artículos en revistas y prensa diaria, publicó: Estampas campurrianas, Reinoso, 1945. Obras escogidas, Santander, 1970 (tres volúmenes). Campoo. Panorama histórico y etnográfico de un valle, Santander, 1971.

TODO, COMO ENTRE CABALLEROS.

Como uno de los números fuertes de los festejos de San Mateo, y organizado por la Peña Bolística Ebro, se celebró el pasado 22, en la magnífica bolera de Las Fuentes, de Reinosa, un concurso de bolos de los de gran gala, al que acudieron, como acuden en tantas ocasiones y en tantas boleras a lo largo de todo el verano, los mejores jugadores de la provincia, que es decir los mejores de todo el mundo, algo así como los Gento, los Puskas, los Kubala, los Di Stéfano del nobilísimo y montañésísimo deporte de los bolos.

El día, radiante de sol, como pocos, al extremo de hacer grata la sombra espesa del parque de Las Fuentes; el *cutío* de las bolas, como decía un montañés de los de abajo, *amorosu* y suave que daba gusto; la *gradona* (de algún modo hemos de llamar el ribazo donde la gente, para ver bien el juego, se arracima y se acomoda como puede) y las otras gradas y ribazos, llenos hasta rebosar de un público entendido y complaciente que aplaudía a rabiar las bolas bien colocadas y *surtidas* y guardaba un respetuoso silencio cuando algunas, por demasiado largas o demasiado cortas (*curtas*, del latino *curtus*, dicen todavía los viejos), por desviadas o mal dirigidas, no surtían el efecto deseado.

El juego se fue desarrollando como entre caballeros —acaso sea esto lo más hermoso de este noble y viril deporte— que mutuamente se aplauden y se animan, que son émulos, cada uno de ellos, de las hazañas de los otros; nunca enemigos ni malquistados, porque la nobleza y serenidad de ánimo son las virtudes que más les distinguen. Nadie discute una jugada, ni el público: todos, y el público también, acatan sin chistar las decisiones arbitrales; no hay jugador que tenga el mal gusto de afejar las actuaciones desgraciadas del compañero, porque... bastante siente él mismo la desgracia de que una bola se le vaya por donde no quería. Cada uno, como si actuara con absoluta independencia, tira sus bolas y... calla; birla cuando le toca, y se sienta.

Y las bolas, una tras otra, salen de las manos del jugador altas, airosas, trabajadas a conciencia, con el *pescuezu bien retorció*, como decía el montañés, para, después de describir en el aire una graciosísima parábola, caer al pie del bolo, mansamente, lamerle el costado y escaudrarse al tablón, o *enredarse* entre los bolos de la calle del medio y quedar de *siega*. Las palmas echaban humo cada vez que el escuadreo al tablón era un emboque o andaba muy cerca de serlo, o cuando la bola, medio dormida en el aire, se quedaba para *segarla*, después de haberse llevado por delante cuatro o cinco palos. El jugador, en tanto, clavados los pies en el tiro, sin descomponer un gesto ni perder el aplomo, acaricia otra bola entre las manos, dispuesto a repetir la hazaña a poco que la suerte le ayude.

JOSÉ CALDERÓN ESCALADA

Unos son altos y otros bajos; unos, delgados; otros, corpulentos, pero los jugadores de bolos todos son flexibles y fuertes como hojas de acero toledano; todos, atletas por constitución y entrenamiento, componen, a la hora de lanzar al aire la bola, la figura de hombre más gallarda, a la vez que más entonada y más serena, que puede verse en un campo de deporte. Verdaderos discóbolos algunos, nada tienen que envidiar a los mejores modelos del arte clásico griego.

En otros deportes, los jugadores luchan con un contrario que puede desbaratarles la jugada mejor concebida; en los bolos, el jugador lucha consigo mismo, y no hay nadie que pueda deshacerle lo bien hecho; trata de alcanzar una meta, un número determinado de bolos superior al que hayan alcanzado los demás, al que haya alcanzado él mismo en otras ocasiones, pero, sin estorbar a nadie y sin que nadie le estorbe, sin el peligro de que las malas artes del contrario reste méritos a su jugada.

En el juego de bolos no caben jugadas a la contra, todo es positivo, hasta las jugadas del contrario, hasta el comportamiento respetuoso del público, hasta el mimo con que los cuidadores del corro *cepillan* de vez en cuando el *cutío* de las bolas, hasta la sombra de los árboles que enmarcan las boleras, hasta la serenidad del ambiente en los buenos días de verano, que tanto influyen en la serenidad del que juega y en la flexibilidad de sus músculos.

En el juego de los bolos, todo sucede como entre caballeros, porque, para caballeros se inventó y caballeros debieron ser los que le inventaron.

(En *El Diario Montañés*, 27-IX-60.)



Gutiérrez Solana, José: Juego de bolos, propiedad de doña Clotilde Blanco, viuda de Gutiérrez Solana.



Gutiérrez Solana, José: Dos fragmentos del cuadro Juego de bolos. Paradero desconocido.

Gerardo Diego y Cendoya. N. en Santander el 3-X-1896. Libros publicados: El romancero de la novia, Madrid, 1920. Manual de espumas, Madrid, 1922. Soria. Galería de estampas y efusiones, Valladolid, 1923. Egloga en la muerte de doña Isabel de Urbina de Pedro de Medina Medinilla, Santander, 1924. Versos humanos, Madrid, 1925. Antología poética en honor de Góngora, Madrid, 1927. Actualidad poética de Fr. Luis de León, Montevideo, 1928. Viacrucis, Santander, 1931. El siglo XIX, Santander, 1931. Fábula de Equis y Zeda, México, 1932. Poemas adrede, México, 1932. Poesía española. Antología (1915-1931), Madrid, 1932. Poesía española. Antología (Contemporáneos), Madrid, 1934. Alondra de verdad, Madrid, 1941. Primera antología de sus versos, Madrid-Buenos Aires (dos ediciones en 1941, 3.ª en 1944 y 4.ª en 1947). Romances (1918-1941), Madrid, 1941. Poemas adrede, Madrid, 1943. El romancero de la novia. Iniciales, Madrid, 1943. La sorpresa, Madrid, 1944. Un médico poeta, Madrid, 1946. Una estrofa de Lope (Discurso de ingreso en la Real Academia Española), Santander, 1948. Soria, Santander-Madrid, 1948 (dos ediciones). La Luna en el desierto y otros poemas, Santander, 1949. Canción al Niño Jesús y letrilla de la Virgen María, Barcelona, 1949. La pintura de Eduardo Vicente, Santander, 1949. Hasta siempre, 1949. Diez años de música en España, Madrid, 1949. Un "raudal" de poesía, Ma-

*drid, 1949. Una sonata en seis conciertos, Madrid, 1949. "Tempo lento" en Antonio Machado, Madrid, 1949. Limbo, Las Palmas, 1951. Enrique Menéndez Pelayo. Selección y estudio, Santander, 1951. Visita-
ción de Gabriel Miró, Alicante, 1951. Cervantes y la música, Madrid, 1951. La Navidad en la poesía espa-
ñola, Madrid, 1952. Dos poemas (Versos divinos), Me-
lilla, 1952. Biografía incompleta, Madrid, 1953. Se-
gundo sueño, Santander, 1953. José del Río, poeta,
Madrid, 1953. Variación, Madrid, 1954. Don Euge-
nio d'Ors y Rovira (Real Academia Española), Ma-
drid, 1954. Poetas dramáticos españoles, Barcelona,
1954. Amazona, Madrid, 1955. Disc. de contest. a
don Joaquín Calvo Sotelo en la R. A. E., Madrid,
1955. Égloga de Antonio Bienvenida, Santander,
1956. Paisaje con figuras, Palma de Mallorca, 1956.
Doménico Scarlatti, Madrid, 1957. El traje de luces y
Fernando Villalón, Madrid, 1957. Evasión, Caracas,
1958. Amor solo, Madrid, 1958. Fernández Moreno.
Selección y estudio, Santander, 1958. Las madres de
Juan Ramón, Madrid, 1958. Canciones a Violante,
Madrid, 1959. Cervantes, poeta, Madrid, 1959.
¡Vida!, Madrid, 1959. Tántalo (Versiones poéticas),
Madrid, 1960. Soria en la poesía de Antonio Macha-
do, Soria, 1960. Góngora en la poesía española e his-
panoamericana, Madrid, 1960. Disc. de cont. a don
Antonio Zunzunegui en la R. A. E., Bilbao, 1960. Mi
Santander, mi cuna, mi palabra, Santander, 1961.
Angeles de Compostela. Versión completa, Madrid,
1961. Glosa a Villamediana, Madrid, 1961. La Rama,
Santander, 1961. El escultor, Palma de Mallorca,
1961. Nuevo escorzo de Góngora, Santander, 1961.
Manuel de Falla (Atlántida), Madrid, 1961. Góngora
en la Academia, Madrid, 1961. El maestro de obras,
Palma de Mallorca, 1961. La poesía de Hernando Do-
mínguez Camargo en nuevas vísperas, Bogotá, 1961.
Sonetos a Violante, Sevilla, 1962. Concha Espina. Se-
lección y estudio, Santander, 1962. La suerte o la
muerte. Poema del toreo, Madrid, 1963. Un cuarto de
siglo en la Real Academia Española, Madrid, 1963. El
jándalo (Sevilla y Cádiz), Madrid, 1964. El cerezo y la
palmera. Retablo escénico, Madrid, 1964. El lengua-
je poético en la actualidad, Madrid, 1964. Un poeta
médico: Fernández Moreno, Madrid, 1964. Lope y
Ramón, Madrid, 1964. La poesía y la unidad del idio-
ma, Madrid, 1964. Poesía amorosa, Barcelona, 1965.
Angel del Río, en Soria, Madrid, 1965. La poesía de
Andrés Bello, Madrid, 1965. Agustín de Celis, San-
tander, 1965. La recitación, Madrid, 1965. La tela*

delicada de Leopoldo Panero, *Madrid, 1965*. Unamuno, poeta, *Madrid, 1965*. Vuelta del peregrino y "El Cordobés", dilucidado. Ambos libros en un solo volumen, *Madrid, 1966*. Odas morales, *Málaga, 1966*. Juan Manuel, *Santander, 1966*. De Fray Luis a Emilio Alarcos, *Madrid, 1966*. Preludio, aria y coda a Gabriel Fauré, *Santander, 1967*. En memoria de don Emilio Cotarelo, *Madrid, 1967*. Ritmo y espíritu en Rubén Darío, *Madrid, 1967*. La radio, vehículo del idioma, *Madrid, 1967*. Julio de Pablo, *Santander, 1968*. Figura y obra de Manuel Llano, *Madrid, 1968*. La Naturaleza y la inspiración poética en San Juan de la Cruz, *Madrid, 1968*. Conferencia con Julio de Pablo, *Santander, 1968*. En los noventa años de don Vicente García de Diego, *Madrid, 1969*. Versos divinos, *Madrid, 1971*. Palma de mano abierta, *Madrid, 1973*.

LOS BOLOS

Gran juego el de los bolos. Y qué montañés. Lo he visto jugar en Buenos Aires y en Manila y pude verlo, de haber tenido tiempo para visitar centros de colonias cántabras, en México o en La Habana. Los bolos es juego antiquísimo e internacional, universal. Pero cuánta más gracia, elegancia, poseen los bolos nuestros que los de otras provincias o países. Por eso puede convertirse en un espectáculo, si menos ardiente que el de la pelota en frontón, más plástico y visible, más señorial.

Y cuántos recuerdos de infancia y mocedad. Aquellas boleras del Alcázar. De cuántas piras a las clases son responsables. Yo he cantado al juego de los bolos en un poema cuya copia no encuentro a mano, pero que recuerdo de memoria en algunos fragmentos. Está dedicado a mi amigo el poeta Jesús Cancio, el más furibundo *zurdo* que he conocido. Y por pura fe o puro oído, que no ha de ser por otra cosa.

Justamente mis versos se inspiraban principalmente en la sonoridad, más aún que en la visualidad del juego.

*Oh música aldeana sana y rica,
juicio final de Josafat en bloque,
danza macabra de mi patria chica,
infierno y gloria del birlibirloque.*

Todo en el juego está calculado para ese efecto sonoro y esa emoción estelar del vuelo de la bola que le precede.

*Canto la viril mano que se ahueca
y moldea la masa poco a poco.
Vuela ya, oh peregrina, hacia La Meca
sobre la muda exégesis del zoco.*

Porque es un zoco con los ojos en blanco el de los aficionados. ¡Qué gran lección de geometría, de astronomía! Váyase por las clases que perdimos las que ganamos aprendiendo en la bolera tan altas disciplinas.

Bueno, ¿y qué me dicen ustedes de la siega? Porque, si la órbita desde el lejano saque es emocionante de seguir con los ojos y el pensamiento, el invisible dalle de la siega completa la faena.

GERARDO DIEGO

*Y a la hora de la siega, ni en Tembleque
de Sancho Panza se arma tal retruque,
tal trigonometría y jeribeque.
Un mástil sólo en pie le quedó al buque.*

Ciertamente, cuando los profanos nos acercamos a los nueve emplazados, tan distantes que entre uno y otro pulularía una bandada de conejos —hablo de los bolos de campeonato—, apenas comprendemos que los maestros acierten a derribar de un solo filo con efecto cinco o seis. La postura del segador, bien esparancado, "cargando la suerte" como "Bombita" en sus ayudados por bajo, equilibra a la otra tan airosa del que, desde el saque, con elasticidad y elegancia superiores a la del discóbolo, despide su planeta dirigido.

*Oh la bola en el cielo, oh la maraca
silenciosa. Que nunca se desnueque.
Duerma aún de la órbita en la hamaca.
Clava el cenit, Josué, que no caduque.*

Pues, ¿y los emboques? Gran premio gordo del juego y máxima astucia de los grandes jugadores. Así lo canto en mi oda.

*¡Potente Zeus! Raja el rayo seco
la cabeza del bolo que destaca
su honor central y el estampido hueco
se propaga en redor como una traca.*

Gloria, pues, a nuestro deporte máximo, a nuestro juego viril, sobrio y armonioso. Y que él pregone en cuantos climas se le rinda culto las glorias de la raza.

(En XIX Camp. Nal. de bolos. Santander, 1960.)

ODA A LOS BOLOS

A Jesús Cancio

Quiero cantar los bolos. Que repique
mi verso duro y su rimar machaque
igual que bola en bolo y multiplique
la estaca seca y su furor no aplaque.

Canto la viril mano que se ahueca
y moldea la masa poco a poco.
Vuela ya, oh peregrina, hacia la Meca
sobre la muda exégesis del zoco.

Oh la bola en el cielo, oh la maraca
silenciosa. Que nunca se desnude.
Duerma aún de la órbita en la hamaca.
Clava el cenit, Josué, que no caduque.

Pero la ley, si dura, es ley. Su achaque
no perdona —oh dolor— ni a Rey ni a Roque.
Cumpliendo su sentencia de almanaque
rueda la esfera a sepultar su choque.

Bosque de invierno, el pálido tembleque
de los nueve emplazados. Cada chico,
se renueva la tala y el más jeque,
el emboque meñique no hinca el pico.

¡Potente Zeus! Raja el rayo seco
la cabeza del bolo que destaca
su honor central y el estampido hueco
se propaga en redor como una traca.

Y a la hora de la siega, ni en Tembleque
de Sancho Panza se arma tal retruque,
tal trigonometría y jeribeque.
Un mástil sólo en pie le quedó al buque.

GERARDO DIEGO

Oh música aldeana sana y rica,
juicio final de Josafat en bloque,
danza macabra de mi patria chica,
infierno y gloria del birlibirloque.

Oh, tú, Mallavia, el del sublime saque.
Zurdo de Bielva, oh mago del emboque.
Vuestra elegancia príncipe hunde en jaque
a Fidias y a Mirón. Nadie la toque.

(En *Mi Santander, mi cuna, mi palabra*.
Santander, 1961, págs. 153-154.)



Teniers, David: Tapiz en el Palacio de Oriente.

José Hierro Real. N. en Madrid el 3-IV-1922. Pasa su infancia y juventud en Santander, donde publica muchos poemas —sobre todo, en la gran revista "Proel"—, además de colaboraciones literarias y de crítica artística en diarios de la capital de la Montaña. Publicó los siguientes libros: *Alegría*, Madrid, [1947]. Premio Adonais. *Tierra sin nosotros*, Santander, 1947. *Quinta del 42*, Madrid, 1953. Premio Nacional de Literatura. *Antología poética*, Santander, 1953 (2.ª ed., 1954). *Estatuas yacentes*, Santander, 1954. *Poesía del momento*, Madrid, [1957]. *Cuanto sé de mí*, Madrid, [1957]. Premio de la Crítica y Premio March (2.ª ed. Barcelona, 1974). *Poesías completas (1944-1962)*, Madrid, 1962. *Libro de las alucinaciones*, Madrid, 1965. Premio de la Crítica.

DOS VIÑETAS

LOS BOLOS

De pie, sobre la bolera,
ordenados y panzudos.
Troncos de árboles desnudos,
que esperan la primavera.
Regimiento de madera,
¿no oís que la bomba estalla?
Sin saliros de la raya,
¿es que aguardáis a que toque
su cornetín el emboque
para entrar en la batalla?

LA BOLA

La bomba, redonda, baja
de no sé qué avión lejano.
¿Fue un avión o fue una mano
quien la ha lanzado a la caja?
Al birlar, la bola raja,
el roble zumba. Resuena
un xilófono. Se llena
la tarde de ojos abiertos.
El niño pone los muertos
nuevamente en pie en la arena.

(En XXIV Camp. Nal. de bolos. Torrelavega, 1965.)



Sanz Saiz

Sanz Saiz, Julio: Acuarela.

Julio Sanz Saiz. N. en Ganzo (Santander) el 10-I-1928. Aparte de los premios en concursos de dibujo, pintura y poesía y de sus artículos en la prensa, ha publicado dos libros: Caminos, Santander, 1957, y Los árboles, Santander, 1970.

CORRO DE BOLOS

Un palio de viejos robles
para la vieja bolera.
La tarde quiere aprender
una total transparencia
para los montes azules
y los verdes de ribera.
La tarde anda buscando
pedestales por la niebla:
un pilar para el coloso
de las jugadas maestras.

Torso de moderno hércules,
discóbolo que se inventa
desconocidos aspectos
del rostro de la belleza.
Serenamente, sus ojos
siguen a la breve esfera,
mientras se mantiene inmóvil
como un coloso de piedra.
Un público entusiasmado
profundo silencio crea.

La bola traza una curva
magistralmente certera.
El impacto con los bolos
—redonda voz de madera—
lo copia el trueno lejano
saltando de sierra en sierra.

Un quiebro casi imposible,
y la bola, a ras de tierra,
saca el difícil emboque
que un largo clamor despierta.
Sobre las sombras más verdes,
la figura del atleta,
tan gallardamente erguida,
su última lección eleva.
La tarde se va alejando.
Las sombras en la bolera
se han cubierto de silencio
y aromas de húmeda tierra.
Un sordo eco de bolos
está inspirando al poeta.

(En *XXIV Camp. Nal. de bolos*. Torrelavega, 1965.)



Steen, Jan: Cuadro en la The National Gallery, de Londres.

Luis Corona y Cabello. N. en Santander el 9-IX-1897. Incansable viajero, dibujante y pintor, apenas si ha dejado en letras de molde algunas crónicas de arte en los diarios santanderinos "El Cantábrico" y "La Atalaya"; apenas si ha dejado ver a algún amigo sus ensayos pictóricos, y a muy pocos también el original, siempre revisándole su autor en forma y en contenido de "su" libro Isla del hombre. Deudo y amigo inseparable del poeta Jesús Cancio, insertamos el texto de L. Corona titulado Cancio y los bolos.

JESÚS CANCIO Y LOS BOLOS

Pertenece a la National Gallery, de Londres, el curioso cuadro del pintor costumbrista holandés Juan Steen, "Un partido de bolos". Siendo esta pintura del siglo XVII —ya muy adelantado el siglo—, es de suponer que por razón del tema ha de promover especial interés entre la afición bolística del litoral cantábrico.

En una rústica bolera protegida por corpulentos árboles se ve a un jugador, bola en mano, dispuesto a birlar los nueve bolos colocados, los cuales, de entera talla cónica, difieren en su cúspide de los nuestros, que rematan en cabeza torneada.

Ante esta atrayente pintura de Juan Steen, nos preguntamos: ¿Llevaron a Flandes los soldados españoles cántabros en el siglo anterior el popular y señorial deporte del juego de bolos o lo aprendieron allá, en aquel dominio del Imperio español, aclimatándose luego en nuestros pueblos hidalgos de la costa cántabro-asturiana?

¿Desde cuándo y en dónde se habrá practicado primero?

Ya el portentoso Lope de Vega, madrileño de neta fibra montañesa, alude al juego de bolos por los últimos años del siglo XVI, cuando en su juventud apasionada empezó a escribir con magistral prosa los diálogos de su obra autobiográfica "La Dorotea". Pero, dada la cualidad dramática que integra esta obra, no tenía ocasión de hacer comentarios acerca de la oriundez del antiguo juego de bolos, ni de fijar las regiones donde la afición y el arte por el mismo descollaban más.

Dialogando con el poeta comillano sobre la vetusta costumbre de este deporte de los bolos en la Montaña, no alcanzábamos más historia, documentalmente hablando, que hasta las pintorescas y vivientes narraciones de nuestro genial novelista José María de Pereda. Cuando Pereda, poderoso observador y diáfano en la plasmación mental, relata en *Escenas montañesas* los típicos episodios de un ferrial en la aldea, traza de paso con sensacional pincelada de resonante color: "en el corro de bolos en que acaban de griar a la vez: ¡Eseee!, al hacer un emboque uno de los jugadores". ¿Quién no ha escuchado alguna vez, fuera o dentro de la bolera, esta entusiasta y triunfadora exclamación en la dulce fiesta aldeana de antaño? O cuando el famoso novelista nos señala, "un desafío a los bolos entre los mozos del lugar y otros tantos forasteros", también nos muestra la palpitante emoción que concurre en esta contienda.

Bien puede orientarnos el estudioso en historia bolística, querido amigo Je-

sús Sánchez, el antaño afamado jugador de bolos, sobrellamado "Zurdo de Mazcuerras", que la práctica de este legendario deporte en Cantabria debe datar de tiempos remotos. Tan hondos y lejanos nos parecen sus orígenes por el carácter primitivo de sobriedad y de nobleza que se desarrolla en este espectáculo, en el cual entran en juego el vigor, la habilidad y el arte, el cálculo y la intensidad de la vista, serenidad de espíritu y largueza de corazón, en fin, una alegre disposición para todo, mediante la ruta aérea, en pleno concurso, de la bola en parábola combinada con exacta intención del golpe seco en el bolo central delantero, en punto fino de sonoro toque y limpia derivación geométrica hacia el pequeño cachi del emboque, o bien para la acomodada idea del arreglo de las bolas en la caja, así dispuestas para el inmediato birle, después de haber tumbado antes con suerte una buena cuantía de bolos. De añadidura, como premio al contendiente, las aclamaciones y los fuertes aplausos de la emoción contenida del corro de espectadores, que siguen atentos las extraordinarias jugadas que se suceden sobre el tablero de tierra de la bolera, y mientras los campeones son ensalzados hidalgamente por nuestro pueblo, éste pulsa en el noble ocio de la fiesta la fecunda paz del ágil espíritu del terruño.

En su mocedad, al comenzar el siglo XX, el que nació poeta y comillano, va despertando en sí, como don de Naturaleza, la típica gracia de toda genuina descendencia montañesa, unida a la gravedad de sentido mediante una libre y sensible mentalidad, valores eternos del hombre que el tiempo va llevando hacia su más acrisolada entereza intelectual.

Así se desarrollaban entre las nobles costumbres del pueblo el temperamento y la vocación de Jesús Cancio, tanto en las aventuras del mar, del que hizo patrón de sus poesías, como al fraternizar con los humildes y bravos pescadores, de cuyo Cabildo fue presidente honorario. En el campo romeril sintió intensamente la belleza popular y señorial, cuando son iguales ante Dios, y la puesta de sol, y en aquellos bailes campestres derrochó en su mocedad el salero que tenía. Aquella gracia solemne de la pareja bailadora, aquel alegre sonido de las "tarrañuelas" y el limpio picado de dedos al son del pito y del tambor, el tiempo que huye, y cerca la bolera o la natación briosa en el oleaje de la playa —él fue excelente nadador—, todo ello vivamente le atraía, o presenciando las esforzadas regatas de traineras en la hermosa bahía de la capital, que cantó en sus romances. También sintió el singular atractivo de las cambadas de la siega de los prados, en que igualmente se dan campeones, y revivió el poema en las tonadas pícaras y amorosas del saber popular.

Cualquier impulso racial se le daba fácilmente a Cancio, con aquella notoria hidalguía y buen gusto imitativo que poseía, y soñador de la belleza elevaba lo típico a lo arquetípico en su creación poética. Perdida gran parte de su vista en plena mocedad, la oscura soledad que invadió su vida íntima, no pudiendo leer anchamente en sus amados libros, le transformó en viril poeta de su azul vecino el creado mar, principio de todas las especies vivas. El azul mar inmenso y la noche de cada día fueron para él, desde entonces, sus dos principales grandezas en este mundo.

No es de extrañar que los primeros héroes de sus versos fuesen los intrépidos marineros a vela y remo de la villa, con quienes compartió numerosas veces faenas y marmita, y de cuyas proezas engalanó sus mejores poemas.

Tierra adentro, sentía predilección por el deporte de los bolos, por las bailas tradicionales y los antiquísimos picayos, por los coros del cantar ancestral, aire

del alma melódica de la tierra, de renovadas esencias bien pautadas, y por los cantadores de tonadas montañosas.

De los campeones de bolos de épocas anteriores rememoraba nombres que he olvidado. Encomiaba con simpatía la figura patriarcal del viejo Mallavia, fundador de la dinastía, y de la famosa bolera de La Llama. Solía hablarme de una bolera cubierta que existió en Comillas, que parece fue la primera bolera cubierta que hubo en la provincia, donde de niño y de mozuelo vio actuar a los mejores jugadores de la época. Esta bolera comillana fue construída por un tío suyo y abuelo mío, Eduardo Corona Rumoroso. De los campeones sucesivos más próximos a los actuales, evocaba el elegante saque de bola de Tomás Varillas, precursor del personalísimo Modesto Cabello, uno entre sus iguales los ases de hoy, éste que sabe unir a la lozanía espectacular del saque de bola el movimiento rítmico y plástico del discóbolo griego, inseparable imagen del peculiar estilo cabellesco.

La pareja cumbre de Cancio la formaban el "Zurdo de Bielva" y Federico Mallavia, éste como eficazísimo colocador y birlador y aquél como emboqueador sin rival. Aquellas matemáticas parábolas del "Zurdo" para encajar el emboque, que como alarde jubilosamente humilde de su dominio bolístico realizaba en geniales y memorables ocasiones derribando, a respetable distancia, uno a uno los nueve bolos de la caja, justamente con nueve bolas, empezando el toque por las cabezas de los últimos bolos y dejando postrero el primero central del frente para, como remate a la hazaña, terminar con el emboque. Estos ensayos eran, muchas veces, de fabulosa puntería, que, luego, en tardes afortunadas del partido, fructificaban en sucesivos emboques sensacionales.

Así, en conjunto, sentía y amaba el poeta del mar su Montaña, su tierra pe-rediana. El, que se juzgaba más poeta como hombre que como escritor, guardaba en su corazón las esencias de auténtica vida que vienen, por imperativo espiritual de perfección, trasmutando la constante evolución de la raza, acompañadas del ambiente renacido de las nuevas épocas, que van hacia lo eterno de aspecto vario y de clásico modo.

(En *XXIV Camp. Nal. de bolos*. Torrelavega, 1965.)



Boleras de Casar de Periedo y de "La Rasilla" en Los Corrales de Buelna.

Adriano García Lomas. N. en Arenas de Iguña (Santander) el 19-VI-1891. M. en Arenas de Iguña el 29-IV-1972. Publicó los siguientes libros: Estudio del dialecto popular montañés, San Sebastián, 1922. Del solar y de la raza (en colaboración con Jesús Cancio), Pasajes, 1931. El lenguaje popular de las Montañas de Santander, Santander, 1949. El nánago que se quebró el corazón, Palencia, 1959. Los pasiegos, Santander, 1960. Mitología y supersticiones de Cantabria, Santander, 1964. El lenguaje de la Cantabria montañesa, 1966. Mitología y supersticiones de la Cantabria montañesa, Santander, 1967.

VOCABULARIO POPULAR DEL JUEGO DE BOLOS

ABIERTA. "Bola abierta" es la que al ser lanzada sobre un bolo deja a éste a la izquierda de aquélla cuando se tira "a la mano" y a la derecha cuando se tira "al pulgar". "Ábrela un poco más, que las cierras en demasía" (*Escenas cántabras*, de H. Alcalde del Río). En el juego de pasabolo de losa, la calle abierta está a la derecha del que tira, si no es zurdo. (Vid. *cerrada* y *bola*.)

ABIERTO. "Emboque abierto" es el que al estar colocado cerca de "la caja", no necesita el jugador dar mucho efecto a la bola para sacarlo. En general, es fácil de hacer por formar un ángulo bastante agudo la línea de la "calle del medio" con la que une a su primer bolo y el emboque. Por este motivo suele llamársele "emboque de pan cutiano". (Vid. *cerrado* o *escuadrado*.)

ANDRISIO. Antigua denominación del emboque. (La Penilla de Cayón.)

ANILLA. Arete que rodea la parte inferior del bolo para jugar "a palma".

ARMADOR. Se dice del muchacho que "arma" o coloca en posición vertical los bolos en este juego. También se le denomina: "pinche", "plantador" o "pinador". "Acudía... al mesón de la Cuca... para pinche o armador de bolos" (*Del solar y de la raza*, de A. García-Lomas y J. Cancio).

ARMAR. "Armar los bolos", colocarlos en pie para jugar. (Vid. *pinar* y *plantar*). "¡Pinche!... Arma bien el bolo del medio" (*Escenas cántabras*, de H. Alcalde del Río).

ARREGLAR. "Tirar a arreglar" se dice, en el juego de bolos, cuando se lanzan las bolas desde el tiro o "pas" suavemente y "templadas" para que queden dentro de la "caja" o cerca de ella para el birle. "Ya sabéis, dejándolas a arreglar" (*Escenas cántabras*, de H. Alcalde del Río). "Tiro arreglado" se dice del que está no muy alejado de los bolos. (Vid. *galleta*.) "Pondremos la tercera estaca (o tiro), por ser arreglado para usted" (*Escenas cántabras*, de H. Alcalde del Río). "Raya a arreglar", generalmente la que pasa por medio de la "caja" o está cerca de ella.

ARRIBA. "Echar arriba", en el juego de bolos, es lanzar una moneda al aire para decidir la mano. "Echar arriba al otro —¡Arriba está! ¡Cara!—. ¡Ella es!" (*Escenas cántabras*, de H. Alcalde del Río). Los chicos, cuando no tienen monedas, "echan arriba" con un bolo, al que lanzan al aire dándole vueltas y diciendo: "¿Punta o coz?". El que acierte, si aquel cae por su punta (*cresta*) o por su base, es mano.

ARRIMARSE. En el juego de bolos o en el de la *cachurra* se dice que se arriman los individuos que posteriormente se agregan a las partidas formadas en

primer término. "Sobre quién debía arrimarse a quién... para equilibrar las fuerzas beligerantes" (*El sabor de la tierra*, de José María de Pereda, cap. XVII).

ARRIMOS. Entrada de nuevos jugadores, de dos en dos, uno por cada grupo, una vez formada la partida de bolos (en Cubría y Sainz, Francisco, *El pleito de la perra gorda*, Santander, 1934).

BIRLAR. En el juego de bolos, tirar las bolas desde el "birle", o espacio comprendido entre los bolos y el testero de la bolera. "Se m'altera el pulsu y aluego non puea birlar" (*Escenas cántabras*, de H. Alcalde del Río). *Birle*, acción o efecto de birlar. *Bola birlona*, se dice de la que tiene buen birle.

BIRLONGAR. De "birlar". Se dice que una persona es muy "birlonga" o "birlongona" cuando se aprovecha con astucia para sonsacar a los demás lo que le es utilitario, presumiendo de que las ve venir.

BLANCA. Se dice de la bola que no derriba ningún bolo al lanzarla sobre éstos. (Vid. *conejo*.)

BOLA. "Bola de romería", la lanzada con mucha fanfarria y sin provecho. (Vid. *abierta*.)

BOLADA. En el juego de bolos, número de éstos que derriban los jugadores en una tirada. "Un emboque a la segunda bolada" (*El sabor de la tierra*, cap. XXIII).

BOLEAR. Derribar o "hacer" muchos bolos en el juego. Estando bien hecha la bolera (bolos y bolas) y la plaza bien acondicionada, trae por consecuencia que los golpes surtan el efecto que deben, y por eso se dice: "Esta bolera bolea bien". *Boleador*, jugador fachendoso y pinturero.

BOLERA. En el juego de bolos, conjunto de bolos y de bolas. Plaza donde se juega. (Vid. *corro*.) El diccionario llama boliche a las dos cosas. El que hace bolos y bolas. "Así los hizo el bolero", frase que quiere decir uno a uno, y se emplea para motejar a los que con cada bola no tiran más que un bolo al birlar.

BOLO. "Echar a rodar los bolos", remover disturbios. "Tener bien puestos los bolos", bien tomadas las precauciones para el logro de algún fin. "El juego de bolos no lo entienden todos". "Pinar el bolo", llevar a cumplido término y con suerte una empresa. "Hacerla en la punta de un bolo", se refiere a quien en cualquier ocasión y espacio realiza una picardía.

BOLOS. "Hacer bolos", derribarlos en el juego "a palma". También se dice "hacer palos".

BORNEAR. Preparar o hacer "bornes". Se dice también que un jugador de bolos "bornea" bien las bolas cuando las hace dar muchas vueltas en el aire a causa del mucho efecto que llevan. (Vid. *retornear* y *trabajar*.) "Si bien no las borneaba gran cosa, en cambio tenía mucho brazo" ("Suum cuique", en *Escenas montañosas*, de José María de Pereda). En México se emplea en el juego de bolos de mesa.

CACHE. ¿Del latín *catulus* = cachorro? ¿Del euskera *katxiu* = miche, bolo pequeño? Bolo pequeño o "temboque" en el juego "a palma". (Vid. *encache*.) En Cabuérniga, trozo de madera para hacer las *brillas*. Juego de la *brilla*. "Aprendía niales y criaba pájaros y cortaba caches para jugar a la brilla" (*El riñón de la Montaña*, de Delfín Fernández y González).

CAIDA. Lo que paga el jugador que no acepta el envite en el juego del resto (Pas.). "Bola caída", la que se "cierra" a poca altura del lado del emboque.

CAJA. Superficie donde se "arman", "pinan" o "plantan" los bolos en el juego "a palma". "Amira si metes, siquiera por caja, la segunda" (*Escenas cán-*

tabras, de H. Alcalde del Río). "Bola de caja", la que queda dentro de ésta antes de birlarla. "Golpe de caja", derribar todos los bolos al "segar". También se refiere a las condiciones del terreno donde caen las bolas, y según sea o no bueno para tomar éstas efecto, se dice que la bolera tiene buen o mal "golpe de caja". (Vid. *cutío* y *bolear*.)

CALDERA. En el juego de bolos, raya en forma de arco, próxima a aquéllos por el lado del emboque y distinta en el opuesto.

CALLE. Cada una de las tres filas, de a tres bolos, en el juego de emboque y del "pasabolo de losa". En el primero se denominan "de dentro", "del medio" y "de afuera". En el segundo, "abierta", "del medio" y "cerrada". Cuando la bola pasa por fuera de las citadas "calles", se dice que fue por la "calle del perro". "Entre calles", se dice de la bola que pasa por entre dos filas de bolos.

CANTEAR. Vid. *cantido*. "Sale la bola borneá... y cae bien canteá en el golpe o en la anilla" (*Nardo el de Somonte*, de F. Cubría).

CANTIDO. "Tener cantido" una bolera es sinónimo de "tener cutío". "¡Tira onde haiga cantido, ñales!" (*El pleito de la perra gorda*, de F. Cubría).

CANTORRAZO. Golpe que da la bola (de pasabolo) a la esquina de la losa donde se plantan los nueve bolos.

CERRADA. "Bola cerrada", se dice de la bola que al ser lanzada sobre el primer bolo de la calle del medio deja a éste a la izquierda cuando se tira al "pulgar", y a la derecha, cuando se tira a la "mano". En el juego del pasabolo de losa, la calle que queda a la izquierda del que tira.

CERRADO. Se dice del emboque llamado también "escuadrado". "No tardó en hacer un emboque 'cerrado' al pulgar" ("Suum cuique", de *Escenas montañosas*, de José María de Pereda).

CLARIN. Lo mismo que *conejo*. (Vid.)

CONEJO. "Tirar un conejo", lanzar la bola y no derribar ningún bolo. (Vid. *clarin*, *dada* y *blanca*.) Despejado, astuto.

CORONILLA. Punta del bolo del juego "a palma". (Vid. *cresta*.)

CORRO. Lugar generalmente cercado y rodeado de frondosos árboles, donde se juega a los bolos. Bolera. "En el corro, adonde iba el madrileño a ver bailar y jugar a los bolos" ("Suum cuique", en *Escenas montañosas*, de José María de Pereda).

CORTEZA (LA). "Oreja" o superficie exterior del bolo. "Tirar a la corteza" vale por tirar a la "oreja" o al costado del bolo. (Vid. *oído*.)

COZ. Base del bolo. (Vid. *arriba*.)

CRESTA. "Coronilla" o punta del bolo. "¡Me caso con mi suegra, qué poco le faltó para darle en mitad de la cresta" (*Escenas cántabras*, de H. Alcalde del Río).

CUATRO (EL). Uno de los nombres con que se denomina el "emboque", porque vale cuatro tantos como mínimo, en caso de jugarse con él.

CUTIO o COTIO. En el juego de bolos se dice que la bolera tiene buen o mal "cutío" según que el terreno de la misma esté mejor o peor acondicionado para que resulten bien los efectos. (Vid. *caja* y *cantido*.)

CUTION. De "cutir". "A cutión" o "de cutión", a golpe seco y de lleno.

CUTIR. Acto de dar la bola en tierra jugando a los bolos.

CHICO. "Un chico", un juego de los dos que generalmente constituyen el partido de bolos. "¿Cómo andamos de partido, Tasio? Están chico a chico; decide esta mano" (*Escenas cántabras*, de H. Alcalde del Río).

CHO. Cast. clo. "Tirar al cho", en el juego de bolos de emboque, vale tanto como "tirar a la manganeta" o "a la chucha". En el Noreste de Alava, "chol" (del euskera chul o zul = agujero) es el juego del "boche" en montañés. Por la forma de tirar al "cho" o al "boche" parece que el pueblo ha encontrado en la similitud el vocablo en cuestión. (Iguña.)

CHORRA. Bola que no tira bolos o es nula. "Cuando cortas, cuando caídas, ésta alventá, la otra chorra" (*Nardo el de Somonte*, de F. Cubría Sainz). (Vid. *morra*.)

CHUCHA. "Tirar la chucha", en el juego de emboque, es lanzar la bola de manera poco vistosa y con artimañas no consentidas entre jugadores serios. Recuerda, por los tambaleos y movimientos del jugador el vocablo castellano fam. chucha = borrachera. (Valles de Iguñas y de Anievas). En castellano chucha = parte onda de la taba. (Vid. *manganeta*.)

DADA. "Bola dada" vale lo mismo que *conejo*, *blanca* o *clarín*.

DESLAPE. "Al deslape", de refilón.

DOS (EL). Se denomina así al bolo del medio, en el juego "a palma", porque vale por dos cuando se le derriba solo. "Tirar al dos" es asegurar la jugada no ambicionando lo incierto por lo seguro. Frase que equivale a "tirar a la panojuca", "al megollo", "al preñado", "al cortezo" y otras similares. "Estoy mirando si meterla por dentro de caja a coger el dos" (*Escenas cántabras*, de H. Alcalde del Río).

EMBOCADOR o EMBOQUISTA. Jugador de bolos que saca con frecuencia "emboques".

EMBOCAR. En el juego de bolos "a palma", sacar el "emboque". "Embarcarse", encaramarse (Liébana).

EMBOQUE. (Del castellano, "embocar" = entrar por alguna parte estrecha.) Bolo más pequeño que los otros nueve iguales que intervienen en el juego "a palma". Son sinónimos *emboque*, *cache*, *michi*, *encache*, *cuatro*, *mingo*, *andrisio*, *pequeño* y *pichi*. Tiene la particularidad de admitir todos los valores, desde cuatro hasta cuarenta o cincuenta tantos, que constituyen cada "chico" o juego. Otras veces, siguiendo el dicho clásico de "El que lo saca lo bautiza", puede admitir el valor de un juego si el contrario no supera la jugada. "A usted corresponde bautizarle, que es quien le saca de pila... Pus pondrelo el jueu" (*Escenas cántabras*, de H. Alcalde del Río). Para sacar el "emboque" o "embocar", se tiene que tirar la bola desde el "pas" o tiro de manera que, al derribar algún bolo o varios de la calle del medio, o de la otra más alejada del "emboque", pase la bola la raya por detrás de él o le derribe. El lance puede ser "sucio", "limpio", "a la mano", "al pulgar", "abierto", "cerrado" o "escuadrado". En las partidas de poco fuste se coloca el emboque enfrente de la calle del medio, en cuyo caso es necesario derribarlo al mismo tiempo que otro bolo de la mencionada calle. Según donde la bola da, se dice "emboque de golpe en tierra", "de cutión" o de "estacazo". "Acababan de gritar cincuenta bocas a la vez ¡eseé!, al hacer un emboque" ("La robla", en *Escenas montañesas*, de José María de Pereda).

Llamó al espárrago Fénix
Un poeta, dio estotro
Y con mayor insolencia
Fénix al diez de los bolos.

Jerónimo Cáncer

“Meterle a uno el emboque”, ganarle la partida o la vez con un golpe de suerte o de habilidad. “No me cierre usted tanto el emboque”, no me ponga las cosas tan difíciles. En este sentido figurado lo usó Mateo Alemán, *Guzmán de Alfarache*, part. II, lib. III, cap. IV. (Vid. *queda*.)

ENCACHE. Uno de los nombres del “emboque”. “¿Cuántos bolos llevas contados, pinche? Veinte, más el encache”. (*Escenas cántabras*, de H. Alcalde del Río). (Vid. *cache*.)

ENCAÑONAR. “Encañonar un bolo”, fijar la puntería hacia él.

ENREDARSE. En el juego de bolos, acto de derribar muchos una bola (Cubría, *El pleito de la perragorda*, Santander, 1934).

ESCUADRADO. “De esos en que parte la bola y, formando elevada parábola, viene a caer exactamente al pie del primer bolo de la calle de en medio y luego gira a derecha o izquierda, según el movimiento rotatorio de que va animada, formando un ángulo recto” (*El indiano de Valdella*, de Gustavo Morales). (Vid. *emboque*.)

ESTACA. Tiro o “pas”. “Puesto el tiro en la tercera estaca” (*Escenas cántabras*, de H. Alcalde del Río). Plataforma o pilote que sirve de base para plantar un bolo (Vid. *poya*.) “Poner la estaca al rabo”, despedir a una persona obligándola a abandonar su empleo. (Viene de la costumbre de colocar algún objeto atado a la cola de los animales que tienen avezo para que con la molestia pierdan sus malos hábitos.)

ESTACAZO. “Bola o emboque de estacazo”, modismo clásico en el juego de bolos, que consiste en dar con la bola en la parte inferior del bolo, casi en la “estaca” o base donde está “armado”.

FIJO. “Tirar al fijo”, expresión en el juego de bolos “a palma” que equivale a lanzar la bola sobre un bolo determinado.

FINCA. Cinca. Del castellano antiguo, fincar = quedar. Bola “queda” o “morra”.

GALLETA. “Está larga la galleta”, se dice cuando, en el juego de bolos, el birle está muy largo o se pone el tiro o “pas” muy distante del lugar donde está la “caja”.

GANAR. “Echar a ganar”, obligar a los jugadores de emboque, que han tirado de mano, a que los postres hagan un número de bolos determinado para ganar el “chico” o la partida. La finta la repiten si han hecho la “igualá”, perdiendo si no hacen un bolo más que anteriormente. (Vid. *mayores* [a].)

HURRIO (EL). Jugada del “pasabolo de losa”, en la que el jugador se coloca en el ángulo de la calle “cerrada” y en posición de alcanzar el segundo bolo de dicha calle.

LIMPIO. “Emboque limpio”, se dice cuando está colocado en la raya que pasa por los tres bolos de la línea del medio y hay que hacerlo sin tirar ninguno de ellos.

MANGANETA. En el juego de “emboque”, lanzar la bola con falta de estilo, es decir, a “sobaquillo” o por bajo del hombro, se dice “tirar a la manganeta”. De este modo, y casi arrastrándola, puede tocar el suelo muy atrás de la “caja” de los bolos y quedarse a “segar” o “a arreglar” en el birle. Los malos jugadores o de “poco brazo” son los favoritos de este sistema, prohibido en los partidos de concurso. (Vid. *cho* y *chucha*.)

MANO. “Tirar a la mano” en el juego de bolos “a palma” o emboque, es

dar efecto a la bola hacia la izquierda (si no es zurdo el jugador) del que la tira. (Vid. *pulgar*.)

MAYORES (IR A). Se dice cuando, en el juego de emboque, se cuentan las diferencias entre los bolos derribados por cada bando, con el fin de agregarlos o descontarlos en la tirada de los que "echan a ganar". El total de bolos que resultan de esta operación más uno, se dice que son "a mayores" y es cifra obligada para ganar. "¡Sesenta y cuatro!... ¡sesenta y cinco a mayores!" (*Escenas cántabras*, de H. Alcalde del Río). (Vid. *ganar*.)

MEGOLLO. "Tirar al megollo", se dice, en el juego del emboque, cuando el jugador intenta tirar sólo el bolo del medio para asegurar los dos tantos que vale al derribarlo. (Vid. *panojuca* y *preñaio*.)

MICHI (EL). Es un apelativo del "emboque". En germanía, "pici = pequeño. (Vid. *emboque*, *pichi* y *mis*).

MINGO (EL). Nombre del "emboque".

MORRA. Se dice de la bola "queda", "chorra" o "finca".

OIDO. "Al oíu" (tirar), vale por tirar al "deslape", a la "corteza", o a la "orejuca", en el juego de bolos, es decir, procurar dar al bolo de refilón. "Enfila la calle de fuera, procurando dar al oído al primer bolo" (*Escenas cántabras*, de H. Alcalde del Río).

PALMA (A). Juego de bolos "a palma" es el juego de bolos de emboque, típico y más generalizado en la Montaña. Se llama así porque siendo la bola esférica hay que sujetarla en la palma de la mano ayudándose sólo con los dedos.

PALOMA. "Ahí va una paloma", se grita al conseguir que los bolos en el pasabolo de losa se alejen bastantes metros de la raya. (Vid. *veinte lun*) y *pasabolo*).

PANOJUCA (LA). Se llama así al bolo central de la bolera, que vale dos tantos cuando se derriba solo; también se le denomina el "dos", el "preñaio" y el "megollo".

PAS (EL). Sitio o tiro desde donde han de lanzar los jugadores de bolos las bolas al "subir". Cuando el tiro o "pas" está alejado de la "caja", se dice que la "galleta" está larga. Antiguamente, el tiro se contaba por pasos, quedando apocopada la palabra paso. ("Un emboque cerrado al pulgar, desde el último pas" ("Suum cuique", de *Escenas montañesas*, de José María de Pereda). (Vid. *estaca*, *pato* y *arreglar*).

PASA. "Bola pasa" es la que por llegar a la raya, descubrirla o pasarla, al ser tirada desde el "pas", puede después birlarse. (Vid. *queda*).

PASABOLO. El juego de bolos a "emboque" o "a palma" es el generalizado en toda la provincia; pero hay otras dos modalidades. Una llamada "pasabolo de losa" a "ruedabrazo", que se practica en varios Ayuntamientos de Trasmiera (Ribamontán al Monte, al Mar, Bareyo, Noja, Isla, Escalante, Santoña y Beranga). No existe uniformidad respecto al valor de cada bolo ni al número de éstos que han de constituir el juego, aun en pueblos del mismo Ayuntamiento. Los "pases" varían también a este tenor, y existe una jugada, que se hace desde unos cincuenta centímetros del primer bolo, llamada "hurrio" y que se ejecuta en Somo y en Suesa. Los nueve bolos se colocan sobre una losa de piedra con nueve oquedades, donde se ponen los bolos adhiriéndoles con un poco de arcilla. Es un juego esbelto y viril, en que el jugador lanza la bola en un movimiento de todo el cuerpo sobre la pierna derecha, y al contrario, si aquél es zurdo. La bola es de forma parecida a un melón y sin agujero, como la de Somorrostro del "pasabolo

de cachete". El éxito de la jugada consiste en lanzar de la losa uno o más bolos más allá de una raya en arco, colocada a unos quince metros. Otra modalidad del juego de bolos que se ejecuta en Soba-Ampuero es el llamado "pasabolo de tablón", porque sobre un tablón están colocados los tres bolos con que se juega. La bola está ahuecada por dos endaduras, para meter el pulgar una y para los otros dedos la otra. El objeto del juego es hacer pasar los bolos más allá de unas rayas colocadas a distancias variables. (Vid. *paloma* y *veinte* [un].)

PATO. Lugar desde donde se tira a los bolos, a la "tuta", etc., y donde se "cute" o pone en competencia quién ha de actuar el primero en aquellos juegos (Campoo). (Vid. *pas*.)

PINADOR. (Vid. *pinche*.)

PINAR. Poner vertical una cosa. (Vid. *armar*, *surtir* y *plantar*.)

PINCHE. Muchacho que "arma", "pina" o "planta" los bolos y cuenta los derribados y los emboques. "¿Cuántos bolos llevas contaos, pinche? Veinte, más el encache" (*Escenas cántabras*, de H. Alcalde del Río). (Vid. *armador*.)

PINGONA. "Bola pingona", se dice de la bola tirada con desvoltura, pausa y elevación. "Ya sabes, altas y pingonas, que la raya va corta" (*Escenas cántabras*, de H. Alcalde del Río).

PLANTADOR. (Vid. *armador* y *pinche*.)

PLANTAR. Poner en pie. (Vid. *armar* y *pinar*.)

POYA. En Campoo, estaquita o estaca clavada en el suelo para colocar cada bolo.

PREÑAO (EL). Uno de los nombres que recibe el bolo del medio en el juego de "emboque". (Vid. *dos*.)

PULGAR. Se tira "al pulgar" en el juego de bolos "a palma" cuando se le da efecto a la bola haciéndola girar a la derecha del que la lanza (si no es zurdo). El "emboque" está al "pulgar" cuando se halla también a la derecha de la "caja" de los bolos, mirando desde el tiro o "pas". "Fue admitido en el corro de bolos, donde no tardó en hacer un emboque cerrado al pulgar" ("Suum cuique", en *Escenas montañosas*, de José María de Pereda).

PULGARISTA. Jugador de bolos que destaca jugando al "pulgar". (Vid. *manista*.)

QUEDA (BOLA). Se dice de la lanzada desde el tiro o "pas", y que, por no pasar la raya, o por infringir alguna condición estipulada de antemano, no es válida y no puede ser reemplazada por otra. "Bola quedaúca" es el giro que indica que ésta ha sido tirada con poca fuerza, "recortada" y con temple, por lo que también se denomina "bola templaúca". A veces, una bola bien tirada para hacer el "emboque" es "queda" por haber dado al bolo muy de lleno y haber sido rechazada; una pequeña rectificación puede lograr el "emboque". Por eso, es corriente el refrán: "Bola queda, emboque espera". (Vid. *finca* y *morra*.)

QUEDARSE. Se dice que un jugador de bolos se ha "quedado" cuando una o todas las bolas que ha tirado han sido "quedas". (Vid. *queda* [bola].)

RAIZ. "Dar en la raíz", se dice, en el juego de "emboque", a tocar con la bola en la parte inferior del bolo, o sea, en la unión de su base con el pie o "estaca" que lo sostiene. El vocablo castellano se transforma en grave por modificación dialectal.

RAYA. Se dice que un bolo "hace raya" en el juego de "emboque" cuando, al ser derribado por la bola, ésta se considera "pasa".

RECORTAR LA BOLA. En el juego de bolos, lanzarla frenando el impulso.

ADRIANO GARCÍA LOMAS

RETORNEAR. Retornear la bola, en el juego de "emboque", es darla efecto, haciéndola girar por el aire. (Vid. *bornear* y *trabajar*.)

RUEDABRAZO (A). O "rodeabrazo". (Vid. *pasabolo*.)

SAQUE. "Tener buen saque", hacer en el juego de bolos con desembarazo y buen aire los movimientos, especialmente los del brazo, al arrojar la bola desde el tiro.

SEGAR. Modalidad de birle en el juego "a palma", que proviene de hallarse la bola tan cerca de los bolos que éstos se alcanzan con la mano por el jugador, o cuando se halla dentro del perímetro de la "caja", por lo que se llama "bola de caja". "Mingo, tú que tienes buen compás, amira si alcanzas a segar ésta" (*Escenas cántabras*, de H. Alcalde del Río). "Bola siega" es la que se puede "segar" con ella. Se siega de derecha a izquierda o al contrario, que se dice de "sopapo" o de "revés".

SIEGA. En el juego de bolos, acción de segar.

SUBIR. "Subir bolos", derribarlos desde el tiro o "pas". (Vid. *bajar*.)

SUCIO. "Emboque sucio". (Vid. *limpio*.)

TEMPLADA (BOLA). Se dice de la que se lanza con suavidad y poca rapidez.

TRABAJAR. "Trabajar la bola", darle efecto; "retornearla", "cantearla" o "bornearla". "Más flexibilidad en la muñeca para trabajar las bolas a la mano" (*El indiano de Valdecilla*, de Gustavo Morales).

TRONAR. Cuando truena suelen decir los montañeses que los ángeles juegan a los bolos. Y cuando oyen un trueno muy estridente, añaden: "Ya hicieron un emboque de cutión y muy escuadrado".

VEINTE (UN). Pasar a la vez dos bolos de la raya al pasabolo de losa; si son tres, vale treinta y por verdadera excepción, si son cuatro, cuarenta. (Vid. *palo-ma* y *pasabolo*.)

VISERA. La "raya de visera o de zig-zag" se exige en los concursos oficiales de bolos. Aquella coincide con la raya del medio, hasta 0,50 metros de la "caja", donde irá colocado el emboque; de ahí se desvía formando ángulo hasta encontrar en la misma banda lateral otra línea recta paralela a la primera, distante de ella 2,17 metros. Hay raya de "visera" al "pulgar" y "a la mano".

ZARZÁ. Enzarzada. Se dice "una zarzá de bolos" cuando se derriban con una bola muchos, "enredándose" unos con otros para caer.

(En *El lenguaje de la Cantabria montañesa*. Santander, 1966.)



Francisco

González, Francisco: Dibujo.

Angel Palacio García. N. en Argoños (Santander) el 16-II-1890. M. en Santander el 13-VI-1978. Publicó dos libros poéticos: Avante, Santander, 1966. Surcos, Santander, 1975.

EL DOMINGO EN LA ALDEA

Están tocando al Rosario
y llegan muchos vecinos
por las camberas y atajos...
En los pechos hay fervores
y Ave María en los labios,
con terminación de Salve,
con el mayor entusiasmo.

En tropel sale la gente
sus distracciones buscando,
después del dalle y la azada
el mitigador descanso.

Los más ancianos se quedan
en el sosiego del atrio
para reñir una "flor"
a este soluco... de mayo.

Bailan los mozos y mozas
a lo alto y a lo bajo,
que alegran pito y tambor
en idílico escenario.

Están las mujeres viejas
su juventud recordando
mientras corretean... críos
jugando al churto y al marro.

.....
Cerca está el corro de bolos
con nueve bolos pinados
y eternos admiradores
nogal, cagiga y castaño...
¡Cuántas partidas han visto
en más de doscientos años!

Entre otros vecinos llegan
Pin, Lipe, Ramón y Jandro,
para luchar contra el cura
Lecio, Felones y Nardo.
—Quien le saque le bautiza,
dice fachandoso Jandro...

Son dos rivales cuadrillas
de buen pulso... y mejor brazo.
¿Quién llevará el gato al agua,
los de arriba o los de abajo?

.....
¡Qué bien jugó el señor cura!,
que si en los bolos no es manco
es también un buen pastor
al frente de su rebaño,
que con la burda sotana,
sin ser un lince ni un sabio,
sabe edificar al pueblo
con su conducta... de santo.

.....
El cura quita el bonete,
todos la gorra quitaron;
sólo se oye en la bolera
la serenidad... del Angelus.

—¿A cuántos voy? —dice Pin
(cuando el rezo ha terminado)—;
para ganar faltan cinco
para igualar faltan cuatro;
déjame quitar la faja,
que te los ponga... amarrados.

Los bolos y bolas chocan
y cantan su himno aldeano.

ÁNGEL PALACIO

Se oye el tamboril y el pito
a lo alto y a lo bajo,
y el ijujú de los mozos
que se despiden cantando.

.....

Y a través de las cajigas
se columbra el campanario...

(En *Surcos*. Santander, 1976, págs. 68-70.)

LA PARTIDA

Una moneda al aire... unos rumores
de que llega cuadrilla forastera,
un mucho de revuelo en la bolera
y un grupo de ocho buenos jugadores.

Vienen, sin duda alguna... los mejores
y también los de aquí... tienen "madera",
pero ya, en esta mano, la primera
sacamos cuatro bolos a "mayores".

Un chico y otro chico, la partida
gananciosa, que a vino nos convida,
norma y costumbre de esta hidalga tierra.

Y cuando ya la tarde va vencida,
una frase cordial de despedida...
"Que no 'haiga' nunca paz... si esto fue guerra".

(No figura en ninguno de los libros del autor, por lo que lo consideramos inédito. Por no tener fecha el texto del manuscrito, unimos este soneto al romance *El domingo en la aldea*.)



Heredero, Antonio: Acuarela de una bolera de Liébana.

José Simón Cabarga. N. en Santander el 25-XII-1902. Aparte de su brillante y copiosa tarea en la prensa, publicó los siguientes libros: Guía de Santander, Santander, 1946. Las reales atarazanas, Santander, 1948. Daniel Alegre. Estudio y selección, Santander, 1950. Santander (Biografía de una ciudad), Santander, 1954. Manuel Salces. Estudio y selección, Santander, 1955. Marcelino Menéndez Pelayo. Selección y estudio, Santander, 1956. Santander, Sidón ibera (segunda parte de "Biografía de una ciudad"), Santander, 1957. Agustín Riancho. Selección y estudio, Santander, 1959. Historia del Ateneo de Santander, Madrid, 1963. Retablo santanderino (tercera parte de "Biografía de una ciudad"), Santander, 1964. Guía artística de Santander y su provincia, Barcelona, 1965. Santander en la guerra de la Independencia, Santander, 1968. Santander en el siglo de los pronunciamientos y las guerras civiles, Santander, 1972.

ÉRAMOS NUEVE HERMANOS

Un día, cuando todavía éramos una cosa sola y fundida en la compacta fibra de un abedul —¡Dios, qué bien suena el nombre de esa columna de plata con su dosel de corazones verdes!—, llegaron dos hombres armados de sierra y hacha y les oímos decir que nuestro nacimiento se remontaba a mucho más allá de cuando los franceses anduvieron por allí fajinando para su campamento en la pradería de junto al pueblo. Nuestra genealogía era, por tanto, de los tiempos de Maricastaña y eso constituía un timbre de nobleza. Recuerdo que aquellos hombres se relamían y hacían cruces ante la arrogancia y esbeltez del abedul, que después he visto retratado en un cuadro de un pintor pasiego llamado Riancho. No era extraño, pues, si nos envanecíamos de ser familia privilegiada. Y en tanto hablaban, metieron la sierra por el pie; no exagero si digo que no era ruido, sino música la que salía de aquel tronco que fue después troceado. Yo mismo, cuando era bolo del medio, o panojuca, hacía música al salir catapultado de un buen estacazo por una bola bien birlada. La cosa es que al caer el abedul se armó estrépito de ramaje como si todas las hojas corazonadas clamasen su desgracia mientras del montón surgía una polvareda de pidos de pájaros alocados. Como si se acabase el mundo... En una basna tirada por un par de tudancos con cuernos de lira, echamos camberas abajo hasta el estragal de una arruinada casona y allí estuvimos no sé cuántos meses curándonos al sol y al aire. Fue buena cura, pues salimos mucho más fuertes que cuando éramos árbol.

Otros hombres llegados de la ciudad nos miraron, nos olieron, nos toquitearon y nos llevaron a Santander, a formar pila en el taller de un tornero llamado Muhlac, en la casa del conde de Isla, junto y pegante con los tinglados de Becedo; el cual Muhlac hizo nueve porciones iguales y se puso a la faena. Cada porción fue pasando por el torno, que era de pisadera, y de cada una fue sacando virtutas con sus gubias, vedanos y trinchas. No me dolía; por el contrario, sentía placer porque debajo de las virtutas fueron surgiendo unas formas graciosas, a manera de hombrucos estilizados, con la cabecita en forma de bulbo bizantino, que era lo clásico, y no esas cabecitas esféricas que parecen de chorlito, como después se ha hecho. En la fragua de Maté, allí cerca, nos pusieron al pie una anilla de hierro. Formábamos ya un grupo fraterno de nueve miembros, todos exactos y todos envanecidos de nuestras líneas armoniosas. También Muhlac, bien lo recuerdo, torneó unas esferas de encina, de corazón duro como el hierro, que fueron compañeras nuestras en incontables tardes triunfales. Diríase que quedamos unidos por un destino jamás soñado en tantos años de soledad en el bosque nativo.

No podré olvidar nuestro estreno. Formamos correctamente en un corro de un pueblo precioso. Era como una alameda de plátanos que daban al sitio esa atmósfera verde parecida a un fondo submarino. El cuadrilátero bien protegido por gruesos tablones, unidos de tal manera que no había posibilidad de engañar a los efectos de las bolas por los maestros en el arte. El tiro era para brazos de acero. Bien apisonado el suelo, sobre todo en la caja y sus aledaños y la bola más pingona podía desarrollar las argucias del efecto sin quedarse así como así. A lo largo del corro, los bancos corridos y daque mesa de pino con su jarra de sangría; sentados, el cura de sotana casi verde, de vieja que era, y salpicado el pecho con motas enrojecidas por el rapé, y el boticario, con un gorrito rameado; y el alcalde, pechera blanca y sombrero de alas curvadas hacia arriba; y el indiano, luciendo sobre el chaleco de piqué una cadena con leontina de oro; y el guardia civil, brillantes los charoles del tricornio... Y la asamblea de mozos, coro entusiasta o rechiflador de los emboquistas, según fuera la jugada... ¡Vaya estampa bonita! El jugador (siempre se dijo de él que tenía la elástica y cabal figura del discóbolo ese de Mirón, que debió ser un tío modelando figuras), bien plantado en el pas, larga la galleta, sopesando primero la bola con un guiño del ojo apuntando siempre hacia mi coronilla, pues no sé por qué, desde el primer día, me eligieron para el puesto del dos. Yo creo que es porque eso de sacar emboque ha sido estrategia no sólo de ases, sino de pintureros del corro, sobre todo cuando la cosa va comprometida y se cuate mucho la partida, no sólo por el afán de subir bolos o de hacer bolada porque sí...

Claro es que hay mil maneras (según pude comprobar ya en mi debut) de jugar, y cada cual a su aire; no son pocos los inclinados al estacazo espectacular, tanto, que cuando a mí me tocaba, y salía por los aires dando volteretas y dejando tras de mí una verdadera música de timbre metálico, me ensañaba con el cache, tan chiquituco, que del testarazo iba a parar a diez metros. Y es en estos lances, a lo que presumo, si son limpios, al pulgar, a la mano o a tantas formas de trazar la parábola, cuando la cosa resulta realmente espectacular: la fuerza y la habilidad se conjugan para representar un "show" (como hoy dirían) de ballet. Los nueve hermanos estábamos tan compenetrados, que en el instante de alinearnos en la caja ya éramos un conjunto lleno de armonía, y no es por alabarme, porque lo decían los entendidos. La cuestión estribaba en hacernos bailar de una bolada, para la relampagueante desintegración de la formación, y salíamos disparados en un surtidor de volatines. Por ello sucedía a veces que los aplausos se convertían en un "¡ah!" de contrariedad cuando la bola, ambiciosa en su parábola, se quedaba clavada en la caja o pasaba vergonzosamente como un conejo atemorizado entre nuestras calles.

¿Y qué decir de los virtuosos de la segada? Había que ver al jugador hincado en tierra, coger la bola de caja, un pie no adelantado a la raya, el otro un poco retrasado; olía la bola, medía con la exactitud de un geómetra el arco preciso, la mano dispuesta al sopapo o para lanzar de revés, y el birle resultaba un abrazo total, arrancando bravos de la asamblea. Los nueve hermanos protagonizábamos la hazaña, y hasta el hermanito pequeño, con su enana apostura de mingo propiciatorio, contribuía a resolver la competición. Todo tremendamente espectacular, encendiendo la traca de los aplausos.

En fin, no es mi propósito decir todo lo grande, todo lo bello de nuestra significación. El noble juego que llenaba las tardes rurales y las crepitantes concentraciones como en las que en mis tiempos se dirimieron en las famosas boleras de

la plaza de Numancia o en las exquisitas de Puente San Miguel, pongamos por corro de prestigio (oh, la figura de don Darío, pontífice máximo en el rito del vernáculo deporte); este juego, repito, tuvo durante muchos años como coprotagonistas de postín a los nueve hermanos de larga historia. Merecíamos el destino de un museo.

Podría componer unas Memorias apasionantes, mas no puede ser, porque nací con los brazos plegados al cuerpo.

Se produjo la dispersión del fraterno grupo. No sé a dónde fueron a parar ellos. Hoy, en mi jubilación, subsisto arrinconado en el portal de una casona venida a menos, que conserva de su pasada petulancia un escudo de esquinál; es-carban las gallinas; un can, irrespetuoso con mi alcurnia, cree hacerme un honor alzando la pata para sus rociadas, y las travesuras de un chavaluco llegan a pinarme en el corral para birlarme con los cudones de un rabión que ahí cerca canta su canción líquida y espumosa. Siento nostalgias sentimentales. Mi panza, en mis tiempos ensalzada por su euritmia de vaso griego, y mi corona de panojuca, están maltratadas, pues tantas esquirilas me han arrancado a lo largo de mi existencia de colaborador de muchos triunfadores. Pero, ¡cómo me estremezco con las glorias pasadas!

Que no se pierda la tradición, porque nueve hermanos de líneas precisas, exactas, hemos compuesto (que nadie lo tome a cursi expansión) un grupo de ballet vegetal digno de los brazos de acero de los modernos discóbolos.

(En XXXII Camp. Nal. de bolos. Santander, 1973.)



Vanloo, Luis Miguel: Tapiz en el Palacio de El Pardo.

Esta reproducción, como todas las del Patrimonio Nacional, que se insertan en este libro, han sido cedidas, y autorizada su publicación, por dicho organismo.

*Jesús Salvador Cancio Corona. Sobre este escritor,
vid. nota en el año 1956.*

LOS DOS COLOSOS

Romance de una tarde de bolos

Tarde de la Virgen Grande
toda de luz y de fiesta.
En el Corro de La Lama
y entre ovaciones sin tregua
hay un viril mano a mano
que es de la raza un poema.

¡Ay, Federico Mallavia!
¡Ay, genial Zurdo de Bielva!
¡Ay, Federico Mallavia,
el de la bola en la diestra
y una pleamar infinita
de bolos en la cabeza,
el que, tras el preciosismo
de una parábola inmensa,
dibujaba como nadie
el emboque a golpe en tierra,
el que segaba seis bolos
como cambada de hierba
empapada de rocío
del alba en la primavera!

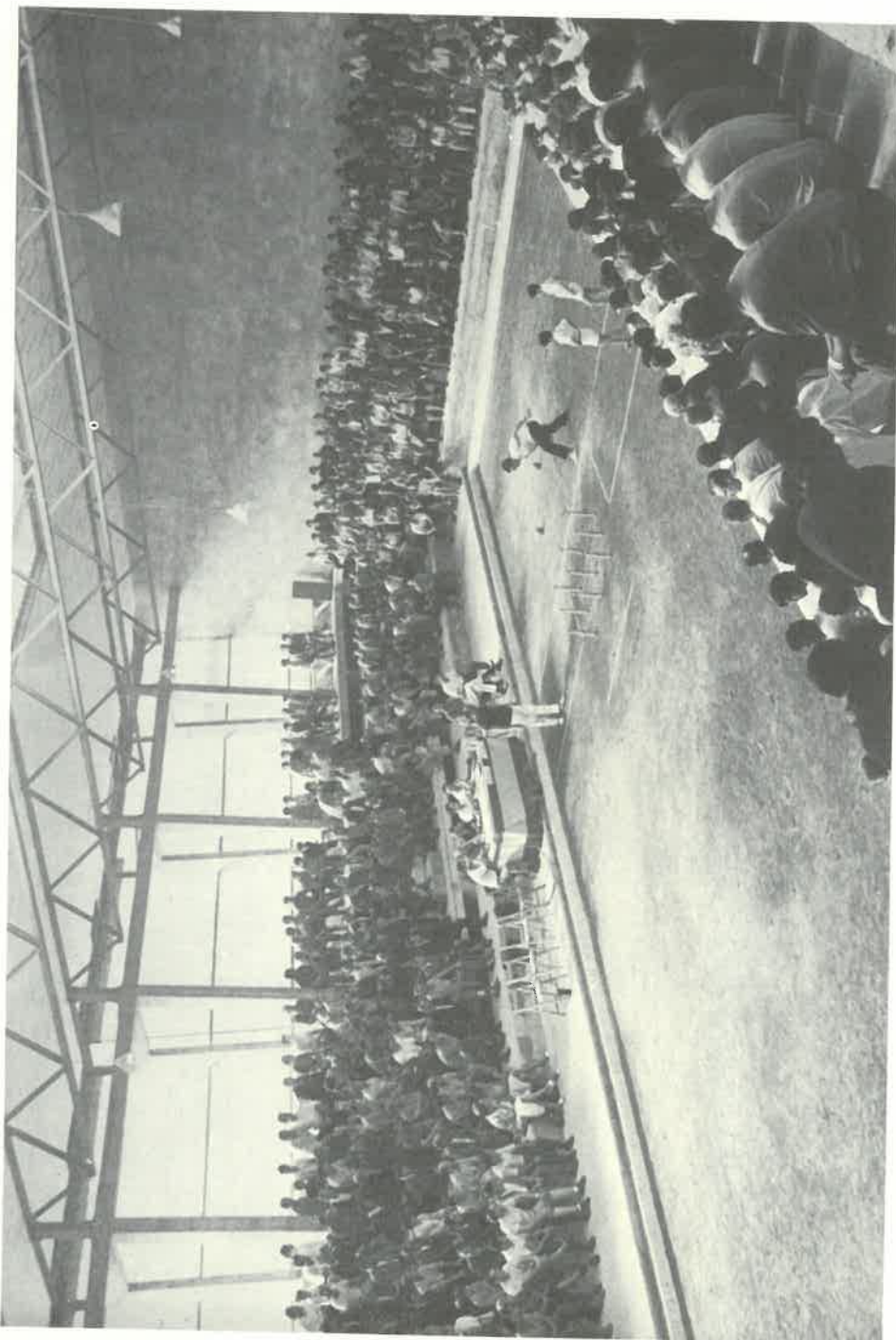
Tarde de la Virgen Grande
cuando hasta el Dobra semeja

la clave de un arco iris
todo de luz y de fiesta.
En el Corro de La Llama
cruzan en triunfo la arena
los dos colosos del juego
más castizos de mi tierra.

¡Ay, gran Rogelio González!
¡Ay, genial Zurdo de Bielva,
discóbolo redivivo
de la Olimpiada de Atenas,
el que pone en pie las masas
con su pulso de leyenda,
el de las mil embocadas,
el pasmo de las boleras!

Tarde de la Virgen Grande
toda de luz y de fiesta,
cómo agita tu recuerdo
mi corazón de poeta.
¡Ay, Federico Mallavia!
¡Ay, genial Zurdo de Bielva,
los dos colosos del juego
más castizo de mi tierra!

(En *Nuevos maretazos. Otras últimas poesías y unas más de Zutano*. Bilbao, 1974, págs. 40-41.)



Bolera cubierta. Centro social Santiago Galas. Ontoria.

Matilde Camus de Guisández. N. en Santander, el 26-IX-1922. Además de sus colaboraciones en la prensa diaria y en revistas, ha publicado ocho libros de poemas: Voces. Santander, 1969. Vuelo de estrellas, Santander, 1969. Manantial de amor, Santander, 1972. Bestiario poético, Santander, 1973. Templo del alba, Santander, 1974. Siempre amor, Santander, 1976. Cancionero de Liébana, Santander, 1977. Corcel en el tiempo, 1979.

CANTO A LOS BOLOS

Bolera de la Serna

Salta la bola y empuja
al bolo viril y quieto.
Hay un pase, dos, un reto,
con sortilegio de bruja.
En la tierra se dibuja
todo un mundo de emoción.
El jugador es pasión,
es fuerza de alta nobleza,
y a la bola mima y breza
para ponerla en acción.

En la mano, moldeada
por la curva plena y prieta,
crece un ímpetu de atleta
cuando la bola es lanzada.
En la figura lograda
de discóbolo gigante
hay plasticidad constante
desde el tiro hasta el emboque.
¡Quietos! Que nadie lo toque.
Voy a comprobar su aguante.

(En *Cancionero de Liébana*. Santander, 1977, pág. 51.)



Boleras de Bolo-Palma y Pasabolo-Tablón, en La Albericia (Santander).

Antonio Alberdi Cortabitarte. N. en Santander el 18-VII-1909. Aparte de trabajos de su Facultad (médica) y de numerosos poemas inéditos, como el que incluimos en esta colección de textos bolísticos, en la publicación Concurso XIII de Novela corta de "La hora XXV", se publicó su novela galardonada, El hombre que pescó a la muerte, Barcelona, 1966.

SOLEDAD

A la mano, al pulgar. ¡Quién no recuerda
la diestra bola de la mano izquierda!

Cuatro bolos en pie, cinco por tierra.
¡Uno para ganar! Ya solo un bolo.
¡Sólo una bola queda! ¡Ya no estoy solo!
¡Cuánta emoción la soledad encierra!

Para el alma distinta es la bolera.
Larga y horizontal, es escalera.

Del aire en el regazo de los bolos.
¡Águilas de su altura! Aletazos
que así volando y, contra el viento, solos
llenar su soledad de aldabonazos.

La bola del olvido, seca y dura,
el golpe nos devuelve en desmesura,
y hay un dolor de ausencia en nuestro pecho,
un gran rodar de olvido y de esperanza,
rectángulo de muerte y añoranza
donde siempre el ayer encuentra un lecho.

Bolera del pasado sin reencuentro.
Bolera de sentirse algo por dentro

como bolos de un pueblo sin bolera.
Quisiera ser plazuela, para aquellos
que sufren soledad, y así no fuera
mi soledad, la soledad sin ellos.

¡Soledad de bolera descuidada!
¡Soledad para el alma desgarrada!

Arenal de la lluvia casi llanto.
Barro en el lodazal. Bolera muerta.
Y yo quisiera recordarte tanto,
que pudiera decirte: ¡Anda, despierta!

ANTONIO ALBERDI CORTABITARTE

Despierta de tu sueño sin orilla,
barca en mi mar de encarenada quilla.

Sepulcro del ayer resucitado,
oasis del desierto de la vida.

Si te llevo, bolera, así a mi lado
es porque en ti se desangró mi herida.
Del juego que fue en mi sangre y bolera,
sólo volverte a ver mi adiós espera.

(Inédito.)

ÍNDICES

ALFABÉTICO DE AUTORES

	Páginas
AGUILERA Y SANTIAGO, Ignacio	III
ALBERDI, Antonio	351
ALCALDE DEL RÍO, Hermilio	31
ALONSO DE CELADA Y GÓMEZ, José	261
BARRIO OJALVO, Jaime del	I
BARRIO SEOANE, Jaime del	53
BAYÉU, Ramón	69
BOLÍVAR	239
CALDERÓN ESCALADA, José	267
CAMUS, Matilde	345
CANCIO, Jesús	167 y 339
COBO BARQUERA, Juan José	233
CORONA, Luis	301
COSPEDAL Y JORGANES, Jesús de	119
COSSÍO, Francisco de	191
COSSÍO, José María de	101, 181, 199 y 299
CUBRÍA, Francisco	109, 159 y 173
CUEVAS, Ezequiel	55
DIEGO, Gerardo	277
DÍEZ DE LA CAMPA, Luis	227
FERNÁNDEZ CRIACH, Enrique	107 y 221
FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ, Delfín	17
FERNÁNDEZ MORENO, B.	71
GARCÍA LOMAS, Adriano	309
GARCÍA VENERO, Maximiano	223
GONZÁLEZ, Francisco	171 y 321
GONZÁLEZ HOYOS, Manuel	63 y 235
GONZÁLEZ RUIZ, Antonio	77
GONZÁLEZ VINOLES, Rogelio	135
GRAN, Enrique	197
GUTIÉRREZ SOLANA, José	273 y 275
HEREDERO, Antonio	329
HIERRO, José	289
HOUASSE, Miguel Angel	253

	<u>Páginas</u>
HOYO, Francisco del	151
LLANO, Manuel	143
MATILLA, Alfredo	127
MAZARRASA, Felipe de	241
ORIZAOLA, Víctor	165
ORTIZ OBREGÓN, José María Eleuterio	45
PALACIO GARCÍA, Angel	323
PEREDA, José María de	5
PÉREZ BUSTAMANTE, José	215
PÉREZ NIEVA, Alfonso	25
POLANCO, Victoriano	3
QUEVEDO Y VILLEGAS, Francisco	1
RIANCHO, Agustín	141
RÍO SAINZ, José del	89 y 255
RIVERO GIL, Francisco	contraportada, 87 y 259
ROMERO RAIZÁBAL, Ignacio	247
SÁNCHEZ, Jesús	133 y 135
SANZ SAIZ, Julio	293 y 295
SERNA, Víctor de la	79
SIMÓN CABARGA, José	331
SOROLLA, Joaquín	125
STEEN, Jan	299
TENIERS, David	portada, 99, 189 y 287
VANLOO, Luis Miguel	337

GENERAL

	<u>Páginas</u>
Texto de Quevedo con ilustración de Jaime del Barrio Ojalvo	I
Palabras liminares	III
Antología	1
Polanco, Victoriano: "El corro de bolos" (1889)	3
Pereda, José María de: "Griegos y troyanos" en <i>El Sabor de la Tierruca</i> (1882)	5
Ilustración en el libro <i>El riñón de la Montaña</i> , de D. Fernández y Gonzá- lez	15
Fernández y González, Delfín: "Un desafío a los bolos" en <i>Cabuérniga.</i> <i>Sones de mi valle</i> (1895)	17
Bolera en los pinares de El Sardinero (1890) (fot. Duomarco)	23
Pérez Nieva, Alfonso: "Una bolera" en <i>Por la Montaña (Notas de un</i> <i>viaje a Cantabria)</i> (1896)	25
Boleras de Puente San Miguel y de Selaya (fot. J. Oria)	29
Alcalde del Río, Hermilio: "Una partida a los bolos" en <i>Escenas cánta-</i> <i>bras</i> (1914)	31
Un birle a barrer dos calles (fot. J. G. de la Puente)	43
Ortiz Obregón, José María Eleuterio: "El juego de bolos" (1917)	45
Bolera en Oruña de Piélagos, por Jaime del Barrio Seoane	53
Cuevas, Ezequiel: "Del natural. Los bolos" (1920)	55
Boleras de Ontoria y de Cabezón de la Sal (fot. J. Oria)	61
González Hoyos, Manuel: "Deportes regionales" (1924)	63
Bayéu, Ramón: Tapiz en el palacio de El Pardo	69
Fernández Moreno, B. Fragmentos de <i>Aldea Española</i> (1925)	71
González Ruiz, Antonio: Tapiz en el palacio de El Pardo	77
Serna, Víctor de la: "Los discóbolos" y "Una tertulia y una partida de bolos" (1928)	79
Rivero Gil, Francisco: Dibujo	87
Río Sáinz, José del: Aire de la calle. "El símbolo de la bolera" y "Tar- de de bolos" (1929)	89
Teniers, David: Cuadro en el Museo del Prado	99
Cossío, José María de: "Apuntaciones de bolera" (1929)	101
Fernández Criach, Enrique: Retrato de Modesto Cabello	107
Cubría, Francisco: "El juego oculto" (1935)	109

	<u>Páginas</u>
Bolera de Borleña	117
Cospedal, Jesús de: "Elogio del juego de bolos" (1935)	119
Sorolla, Joaquín: Cuadro en The Spanic Society of America	125
Matilla, Alfredo: "Romance del pasabolo" (1935)	127
Sánchez, Jesús: Estatuilla	133
González, Rogelio, y Sánchez, Jesús: "Estampa bolística" (1936)	135
Riancho, Agustín: Apunte para un cuadro	141
Llano, Manuel: "Emboques ejemplares" en <i>Monteazor</i> (1937)	143
Bolera del Seminario de Monte Corbán	149
Hoyo, Francisco del: "Desafío bolístico" (1950)	151
Boleras de pasabolo; tablón, en Ramales, y losa, en Hoz de Anero (fot. J. Oria)	157
Cubría, Francisco: "Bolos" (1954)	159
Orizaola, Víctor: Escultura de "El pasabolo"	165
Cancio, Jesús: "El jugador de bolos, Zurdo de Bielva" (1956)	167
González, Francisco: Dibujo	171
Cubría, Francisco: "Los bolos" (1956)	173
Bolera de Tudanca	179
Cossío, José María de: Palabras en la nueva bolera de Tudanca (1958) .	181
Teniers, David: Tapiz en el Museo de la Catedral de Santiago de Compostela	189
Cossío, Francisco de: "El juego de bolos" (1958)	191
Gran, Enrique: "La última partida"	197
Cossío, José María de: "Conversación de bolera" (1960)	199
Boleras de Mazcuerras y de Cos (fot. J. Oria)	213
Pérez Bustamante, José: "Los humildes también cuentan" (1960)	215
Fernández Criach, Enrique: "Juego de bolos" (óleo)	221
García Venero, Maximiano: "Un deporte de hidalgos" (1960)	223
Díez de la Campa, J.: El Zurdo de Bielva (retrato a pluma)	227
Cossío, José María de: "Recuerdo" (1960)	229
Cobo Barquera, Juan José: "Armador de bolos"	233
González Hoyos, Manuel: "¡Emboque!" (1960)	235
Bolívar: Caricatura	239
Mazarrasa, Felipe de: "Bolos en la plazuela" (1960)	241
Boleras de Los Pinares y de la Mutua Montañesa (Santander) (fot. J. Oria)	245
Romero Raizábal, Ignacio: "Elogio de los malos" (1960)	247
Houasse, Miguel Angel: Cuadro en La Granja de San Ildefonso	253
Río Sainz, José del: "Discóbolo moderno" (1960).	255
Rivero Gil, Francisco: Dibujo	259
Alonso de Celada y Gómez, José: "Ante el próximo Campeonato" (1960) .	261
Boleras de "Las Fuentes" en Reinosa y de Molledo (fot. J. Oria)	265
Calderón Escalada, José: "Todo como entre caballeros" (1960)	267
Gutiérrez Solana, José: "Juego de bolos"	273 y 275
Diego, Gerardo: "Los bolos" (1960) y "Oda a los bolos" (1961)	277
Teniers, David: Tapiz en el Palacio de Oriente	287
Hierro, José: "Dos viñetas" (1965)	289

	<u>Páginas</u>
Sanz Saiz, Julio: Acuarela	293
Sanz Saiz, Julio: "Corro de bolos" (1965)	295
Steen, Jan: Cuadro en The National Gallery, Londres	299
Corona, Luis: "Jesús Cancio y los bolos" (1965)	301
Boleras de Casar de Periedo y "La Rasilla" en Los Corrales de Buelna (fot. J. Oria)	307
García Lomas, Adriano: Vocabulario del juego de bolos (1966)	309
González, Francisco: Dibujo	321
Palacio García, Angel: "El domingo en la aldea" (1976) y "La partida" (s. a.)	323
Heredero, Antonio: Acuarela	329
Simón Cabarga, José: "Éramos nueve hermanos" (1973)	331
Vanloo, Luis Miguel: Tapiz en el palacio de El Pardo	337
Cancio, Jesús: "Los dos colosos" (1974)	339
Bolera cubierta (Ontoria)	343
Camus, Matilde: "Canto a los bolos" (1977)	345
Boleras en La Albericia (fot. J. Oria)	349
Alberdi, Antonio: "Soledad" (s. a.)	351
Índices	357
Alfabético de autores	359
General	363

